

(-II)

2734

2734
XXXIII 6

3760(I-II)







COLECCION SELECTA

DE

TROZOS EN PROSA

Y DE

COMPOSICIONES POÉTICAS EN CASTELLANO

para uso de los cursantes

DE LA 2.^a ENSEÑANZA Y DE LAS ESCUELAS,

POR EL DOCTOR EN LETRAS

DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA Y ÁLVAREZ,

PRESBITERO, CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO DE ESTA
CIUDAD Y CATEDRÁTICO PROPIETARIO POR OPOSICION
DE RETÓRICA Y POÉTICA EN EL INSTITUTO
PROVINCIAL DE LA MISMA.

2.^o EDICION

PRIMERA PARTE

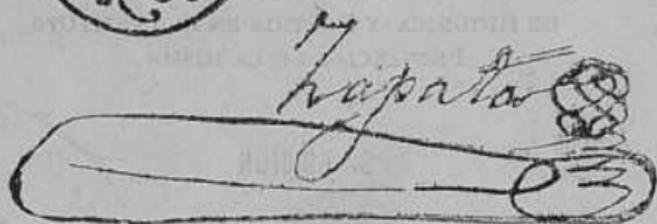
SEVILLA

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3

1878



Esta obra de Trozos es propiedad de su Colector, y se perseguirán como furtivos los ejemplares que, además de un sello, no lleven la siguiente rúbrica.



Á la tierna memoria de la Sra. D.^a María del Cármen Álvarez La-Vera de Zapata, la más heroica y amorosa de las madres, modelo de cristianas virtudes, delicia, mientras vivió, de sus desconsolados deudos, lleno de amargura por su no lejana é inolvidable pérdida, dedica esta obra su amantísimo hijo

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA
Y ALVAREZ.



ADVERTENCIA

Habiendo encontrado la primera edicion de esta obra favorable acogida en los Institutos Provinciales, en varios Colegios y Escuelas, y áun entre muchas personas ajenas á la enseñaanza, á quienes no podemos ménos de tributar la más sincera gratitud, nos hemos decidido á hacer la segunda. En ella, aspirando á la mejora del libro, hemos introducido algunas variaciones importantes en la prosa y en los versos, ya sustituyendo unos trabajos con otros, ya suprimiendo alguno de los muy extensos para nuestro propósito. Á lo que tambien nos ha movido el deseo de que esta Coleccion salga más económica y sea de más fácil adquisicion para los que reciben en las aulas de la primera y segunda enseñaanza las saludables nociones, que han de ilustrar su entendimiento y formar su corazon en bien suyo y de la patria, la que tanto espera de ellos en sus tristes y prolongadas desventuras,

INTRODUCCION

No es nuestro ánimo en esta Coleccion rivalizar con las anteriores del mismo género publicadas en España, particularmente con la que dió á luz el año de 1821, para los alumnos del Colegio de San Mateo, de Madrid, nuestro respetable y queridísimo maestro el Sr. Dr. D. Alberto Lista y Aragon, tan sabio escritor y poeta, y cuya sólida y universal reputacion puede contarse como una gloria de nuestro país, como uno de los blasones más ilustres de la moderna Escuela Sevillana. Tal presuncion, que desde luego rechazaríamos, si nos asaltase, como ridicula y vana, distaria mucho del alto aprecio y de las singulares considera-

ciones que nos merecen aquéllas, dirigidas con superior tino y aceptadas, por su provechosa influencia en los adelantos de la juventud, con general aplauso.

Tampoco nos proponemos el lucro, por lo comun reservado á proyectos y empresas de muy diferente índole, y tal vez más que nunca en el triste período que atravesamos.

Muévenos el deseo de dar á conocer á los que reciben una educacion esmerada, y especialmente á los alumnos de la clase de Retórica y Poética, cuyo desempeño se halla á nuestro cargo desde 1847, en este Instituto Provincial, además de los modelos clásicos, que tal vez por alguna de las indicadas Colecciones aprendieron de memoria en las escuelas, otros, nuevos en su mayor parte, no de ménos interés, entresacados de las mismas fuentes, tan copiosas como limpias en los mejores tiempos del idioma castellano. Tambien nos ha parecido conveniente ofrecerles algunas muestras de los distinguidos escritores que más contribuyeron, despues de la malhadada época del culteranismo, á la difícil y loable em-

presa de nuestra regeneracion literaria, inaugurada en las dos Castillas, en el último tercio del siglo anterior, por Luzan, Estalla, Montiano y Luyando, Cadalso, Melendez y D. Nicolás Fernandez de Moratin, y despues secundada en dichas provincias por Jovellanos, Quintana, D. Leandro Fernandez de Moratin y D. Juan Nicasio Gallego, entre otros, y en las de Sevilla y Granada por Forner, Arjona, Blanco, Reinoso, Lista, Roldan, Castro, Nuñez y Diaz, Búrgos y Martinez de la Rosa. Aunque el mayor número de las producciones de tan preclaros ingenios sea conocido de los amantes de las letras, no lo es tanto de la juventud estudiosa, que sólo con los años, con no escasos dispendios y con excelente guia podrá hacerse de tan útil, abundante y ameno repertorio para formar y completar su buen gusto, exquisito y depurado como el de los Herreras, Leones, Pachecos y Riojas. Con las de éstos compiten en dulzura y elegancia, en vigorosa entonacion y armonía los subidos cantares á que nos referimos; y queremos que de labio en labio se repitan, desde los círculos de la primera

enseñanza hasta aquellos en que la razon ilustrada y el maduro juicio puedan aún mejor saborear sus inimitables bellezas, ya en la sencilla narracion del Apólogo y del Epigrama, ya en las sublimes descripciones de la Oda y de la Epopeya.

Igual calificacion merecen en absoluto, y para el fin que nos proponemos, algunos escritores y poetas de América, hermanos nuestros en el idioma y en los estudios literarios, y muchos de nuestra Península, que hace poco faltaron ó aún viven; pero los estrechos límites de esta obra nos permiten insertar solamente alguna que otra muestra de tantas felices producciones como debemos á las plumas de nuestros contemporáneos. ¡Oh, si tuviésemos espacio bastante para colocar en ella las más selectas y fragantes flores de tan rico, variado y ameno pensil, segregadas las que, por espíritu de imitacion ó de moda, se debieron á la pasajera y perniciosa influencia del desatentado romanticismo, nos sería sumamente grato, porque siempre nos ha cabido extraordinaria complacencia en aglomerar los lauros sobre las doctas frentes, sin el

humano vano de la lisonja ni el vil cálculo del interés, libres de toda parcialidad y de mezquinas y bastardas pasiones, como digno tributo á la aplicacion y al genio!

Réstanos advertir que hemos dado en la presente Coleccion singular preferencia á los asuntos religiosos y morales, ya porque indudablemente, contra la opinion de un célebre crítico y preceptista francés (1), son los que mejor se prestan á todo lo sublime y magnífico, ya porque en medio de las mortíferas nieblas de incredulidad y corrupcion, en que nos lamentamos envueltos, conviene más que nunca ilustrar el entendimiento de los jóvenes y formar su corazon con los altos principios y saludables máximas del Catolicismo en toda su pureza, sin el cual no concebimos las sociedades bien cimentadas, ni la sólida y verdadera felicidad de los pueblos. ¡Ojalá que en este concepto, el principal de todos, y en la atinada eleccion de los asuntos, que no guardarán en rigor el órden cronológico, sino el gradual de las materias, hayamos podido prestar algun

(1) Boileau.

bien á nuestra querida patria, la patria de los Recaredos y Pelayos, de los Alfonsos y Fernandos, tan trabajada hoy por nuestras discordias políticas, y, lo que es más, devorada por el cáncer emponzoñado y letal del escepticismo religioso, desconocido de nuestros padres en dias bonancibles y de mayor ventura! Este es el norte que nos guia, el único premio á que aspiramos.

ASUNTOS RELIGIOSOS Y MORALES

De Santa Teresa de Jesus

INVOCACION Á DIOS (1)

¡Oh Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la misma sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber término en vuestras perfecciones! Son infinitas, sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas; una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras: la misma fortaleza. ¡Oh, váleme Dios! ¡Quién tuviera aquí toda la elocuencia de los mortales y sabiduría, para saber bien (como acá se puede saber, que todo es no saber nada) y en este caso dar á entender alguna de las muchas cosas que podemos considerar, para conocer algo de quién es este Señor y Bien Nuestro! Si, llegáos á pensar, y entended en llegando con quién vais á hablar, ó con quién estais hablando.

(1) *Camino de Perfeccion*: Madrid, 1597.

En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor; que los ángeles tiemblan delante de Él, todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar.

De la misma Santa

AL MISMO ASUNTO (1)

¡Oh Señor mio, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos quereis, porque sobre toda razon natural haceis las cosas tan posibles, que dais á entender bien que no es menester más que amaros de véras, y dejarlo de véras todo por Vos, para que Vos, Señor mio, lo hagais todo fácil. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el camino que lleva á Vos. Camino real veo que es, y no senda; camino, que quien de véras se pone en él va más seguro. Muy léjos están los puertos y rocas para caer, porque lo están de las ocasiones. Senda llamo, y ruin senda y angosto camino, el que de la una parte está un valle muy hondo á donde caer y de la otra un despeñadero. Los que en

(1) *Vida* escrita por la misma Santa: Amberes, 1630.

él se descuidan, derrúmbanse y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mio, seguro va por ancho camino y real; léjos está el despeñadero; no ha tropezado tantico cuando le dais, Señor, la mano. No basta una caída y muchas, si os tiene amor, y no á las cosas del mundo para perderse.

Los que van por el valle de la humildad, no pueden entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfeccion. El Señor, por quien es, nos da á entender cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros, como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera seguridad en procurar ir muy delante en el camino de Dios. Los ojos en Él, y no haya miedo se ponga este Sol de justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos á Él. No temen andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar un pedazo, que son las honras y deleites, y contentos semejantes que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto y diez mil querria hartarme de llorar, y dar voces á todos, para decir la gran ceguedad y maldad mia, por si aprovechase algo, para que ellos abriesen los ojos. ¡Ábraselos el que puede por su bondad, y no permita se me tornen á cegar á mí!

De San Juan de la Cruz

CAMINO Á LA UNION DE DIOS (1)

La divina Sabiduría infinita, doliéndose de los que se tornan feos, bajos y miserables por amar esto hermoso, alto y rico, al parecer, del mundo, les hace una exclamacion en los *Proverbios*, diciendo: «¡Oh varones, á vosotros doy mis voces, y mis voces á los hijos de los hombres! Entended, pequenuelos, la astucia y sagacidad; y los que sois incipientes, advertid, oid; porque tengo de hablar de grandes cosas. Conmigo están las riquezas y la gloria, las riquezas altas y la justicia. El fruto que halláreis en mí, mejor es que el oro y que la piedra preciosa; y mis generaciones, esto es, lo que de mí engendráis en vuestras almas es mejor que la plata escogida. En los caminos de la justicia ando, en medio de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman y henchir perfectamente sus tesoros.» En lo cual la Sabiduría divina habla con todos aquellos que ponen su corazón y aficion en cualquier cosa del mundo. Y llámalos pequenuelos, porque se hacen semejantes á lo que aman, lo cual es pequeño.

Bien lo habia conocido San Agustin, cuando

(1) *Obras espirituales*: Alcalá de Henares, 1618.

decia, hablando con Dios, en los *Soliloquios*: «¡Miserable de mí! ¿Cuándo podrá mi cortedad é imperfeccion convenir con tu rectitud? Tú verdaderamente eres bueno; yo malo. Tú piadoso; yo impío. Tú santo; yo miserable. Tú justo; yo injusto. Tú luz; yo ciego. Tú vida; yo muerte. Tú medicina; yo enfermo. Tú suma verdad; yo todo vanidad.» Lo cual dice este Santo en cuanto el hombre se inclina á las criaturas. Por tanto es grande ignorancia del alma concebir podrá pasar al alto estado de union con Dios, si primero no varía el apetito de las cosas naturales y sobrenaturales, en cuanto á Él por el amor propio pueden pertenecer; pues infinita es la distancia que hay de ellas á lo que en este estado se da, que es puramente transformacion en Dios. Que por eso Cristo, Nuestro Señor, enseñándonos este camino, dijo por San Lúcas: «*El que no renuncia todas las cosas, que con la voluntad posee, no puede ser mi discípulo.*»

De San Pedro de Alcántara

PETICION ESPECIAL DEL AMOR DE DIOS (1)

Dame, Señor, gracia para que te ame yo con

(1) *Libro de Oracion y Meditacion*: Alcalá de Henares, 1574.

todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis potencias, así como Tú lo mandas. ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh Esposo florido, Esposo suave, Esposo melifluo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh vida y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh hermoso y claro día de la eternidad, y serena luz de mis entrañas, y paraíso ameno de mi corazón! ¡Oh amable principio mío y suma suficiencia mía!

Hiere, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor y embriágala con el vino de tu perfecta caridad. ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva. ¡Triste del tiempo que no te amé! ¡Triste de mí, pues no te conocía! ¡Ciego de mí, que no te veía! Estabas dentro de mí, y yo andaba á buscarte por defuera. Pues aunque te hallé tarde, no permitas, Señor, por tu divina clemencia, que jamás te deje.

Y porque una de las cosas que más te agradan y más hiere tu corazón es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire: conviene á saber: ojos de paloma sencillos: ojos castos y vergonzosos: ojos humildes y amorosos: ojos devotos y llorosos: ojos atentos y discretos, para entender tu voluntad y cumplirla, para que sea de Tí mirado con aquellos ojos con que mi-

raste á San Pedro, cuando le hiciste llorar su pecado: con aquellos ojos con que miraste al hijo pródigo, cuando le saliste á recibir y le diste beso de paz: con aquellos ojos con que miraste al publicano, cuando él no osaba alzarlos al cielo: con aquellos ojos con que miraste á la Magdalena, cuando ella lavaba tus pies con las lágrimas de los suyos: finalmente, con aquellos ojos con que miraste á la Esposa de los Cantares, cuando le dijiste: «Hermosa eres, amiga mia; hermosa eres, tus ojos son de paloma;» para que, agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, le des aquellos arreos de virtudes y gracias, con que siempre te parezca hermosa.

¡Oh! si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daría y traspasaría en Tí, aunque ni esto bastaría para amarte como Tú mereces. Tú solo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque Tú solo comprendes tu incomprendible bondad, y así Tú solo la puedes amar cuanto ella merece. De manera, que en sólo ese divinísimo pecho se guarda justicia de amor.

¡Oh María, Virgen Santísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, Sagrario del Espíritu Santo, Lirio de pureza, Rosa de paciencia, Paraíso de deleites, Espejo de castidad, dechado de inocencia, ruega por este pobre desterrado y

peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima caridad!

Del Licenciado Pedro Hernandez

CREO EN UN DIOS TODOPODEROSO (1)

Haber Dios todas las generaciones de los hombres, todas las edades del mundo, la composición de los cielos, las estrellas y luminarias, signos y planetas; el concierto y regimiento y influencia de ellas, los aires y las aves, las tierras y los ganados, las plantas, rosas, yerbas y árboles con los sembrados, la mar y sus pescados; las aguas, fuentes y rios, con los vientos, montes, selvas, llanos, valles y collados lo manifiestan y confiesan. De continuo reconocen á un Dios, su criador, el cual les levantó y crió de la nada, y con su divina providencia los rige y sustenta. Esta es una verdad tan clara, que no hay hombre, que uso de razon tenga, que, si tiende los ojos por lo criado no conozca que hubo y hay Criador que lo crió, y que á éste llamamos Dios, el cual no fué hecho, ni criado. De manera que Dios Eterno, que nunca tuvo prin-

(1) *Comentarios sobre lo que el hombre debe saber, creer y hacer para aplacer á Dios: Valladolid, 1566.*

cipio, y por quien fueron hechas todas las cosas, crió las criaturas espirituales apartadas, y despues en tiempo todas las otras y las dió sér. Y no hay tal hombre de razon, que considerando esta fábrica y gran máquina del mundo, la ordenacion y concierto de él, la gobernacion y su regimiento, no confiese, sólo con la lumbre natural que de Dios recibió, que esto no lo pudo hacer, no lo puede gobernar sino el Señor con el su infinito poder, su gran saber y divina providencia. ¿Qué hombre habria, que uso de razon tuviese, que, considerando un gran templo, no confesase y creyese y afirmase que algun maestro lo haya edificado y hecho? ¡Cál diria, no puede ser estar este templo sin haber quien lo hubiese fabricado; y así mismo afirmaria y creeria ser gran oficial el maestro que tan bien, tan polida y concertadamente lo hizo y con tanta perfeccion lo vino á acabar. Pues ¿qué hombre pudo ser ó haber ó hay tan loco y tan sin saber que, viendo esta fábrica y composicion de cielos y tierra, no crea, confiese y afirme que hay Dios, Criador y Regidor y Fabricador de todo ello, que es Grande y Todopoderoso, pues todo lo crió y todo lo puede, y que es infinitamente Sabio, pues todo lo rige y sostiene? Y así es cierto, que hasta hoy no ha habido generacion de hombres, en quien alguna policia hubiese, que negase haber Dios, Criador de todas las cosas; mas

ántes aquellos que lo negaron fueron locos y bestias que carecieron de toda razon.

¡Santificado, Señor, sea tu nombre! Tu nombre santo, tu nombre glorioso, tu nombre inmortal: tu nombre á cuya voz se arrodillan todas las criaturas, los ángeles le adoran, los hombres le reverencian y los demonios le temen; los cielos por él se mueven, los aires vuelan, las nubes true nan, la tierra produce fruto, la mar se amansa: tu nombre, que nombrado en los cielos se oye en la tierra, resuena en los bosques, en los montes, en los valles, en los desiertos y en los poblados: tu nombre admirable, que á nadie fué revelado. Puesto, Señor que tu nombre (como lo es) es santo y soberanamente santo, á nosotros cuanto más lo alaban y reverencian tanto más nos parece que crece y se aumenta su santidad. Y por tanto te pido, Señor, que en nosotros sea santificado tu nombre: quiero decir, que todas las gentes lo reciban, que todas las gentes lo teman, lo honoren, lo santifiquen y lo adoren: no porque á Tí puede acrecer ni menguar honor, salvo para que, conociendo las criaturas y adorando á Tí, Tú las santifiques á ellas.

De Fr. Pedro Malon de Chaide, Agustino

DIOS.—SU PERFECCION INFINITA (1)

¡Oh Dios amabilísimo! ¿Qué belleza hay en el mundo, en el cielo, en la tierra, en la luz, en las estrellas, en los animales, en las plantas, finalmente, en toda otra cosa, que no se halle en Ti con suma excelencia y perfeccion? ¡Dios mio! ¿Quién podrá explicar esta tu belleza? Las estrellas, los ángeles, la luna, el sol, toda la naturaleza, toda alma, todo sentido, todo entendimiento en Tí y de Tí solo se espantan, porque en Tí hallan luz, claridad, hermosura, compostura, deleite, gracia, resplandor y suavidad en mil maneras. No te pueden ver ojos algunos que no se alegren, ni algunos te ven que por reverencia no teman. El verte es ser bienaventurado en el Paraiso, el no poder verte jamas es ser mísero y en mil infiernos.

Tú eres fuente de todo lo hermoso por naturaleza, por gracia, por gloria.

¡Oh Dios inmenso! ¿Quién podrá decir tus bellezas? Tu cabeza es toda de oro, tus cabellos lana blanca, tus ojos como dos soles, tu voz es un blando ruido de agua que cae de alto, tus manos hechas á torno, tus pies son de ámbar y tu rostro es

(1) *Libro de la Conversion de la Magdalena: Alcalá de Henares, 1596.*

la misma gracia. ¡Dios hermosísimo! Tu cabeza es tu divina esencia, tus cabellos son los ángeles, tus ojos la providencia, tu nariz las inspiraciones, tu boca es Cristo, tus labios los dos Testamentos, tu lengua el Espíritu Santo, tus dedos los profetas, tus pies la humanidad que tomaste, tus espaldas las criaturas, tu rostro invisible es la inaccesible luz de tu Majestad. ¡Oh hermosura sobre toda hermosura! ¿Y quién será aquel que de ella no se enamore?

Pues, alto Dios, dime: ¿y qué extraño que María te ame mucho? Eres Tú fuente de amor eterno, eres principio, medio y fin de toda hermosura, eres Tú el solo hermoso. Ámante los cielos, los ángeles, las plantas, toda la naturaleza, el sol, la luna, las estrellas, todo cuanto vive, cuanto se mueve, cuanto tiene sér. Eres sol que jamas falta, sol que no se traspone, resplandor que alegra, claridad que alumbrá é hinche de gozo el cielo. Eres Tú, Dios mio, vida; eres el que da espíritu á los hombres; eres en quien y por quien vivimos, nos movemos y somos. Eres, mi Dios, fuente de agua dulce, eres el rio que con su corriente alegra la ciudad suprema, eres mar blando de infinita gracia, eres el fresco del alma sedienta, eres el que brindas á los ángeles y santos y los embriagas con la abundancia de tus deleites. Salen de tu pecho rios caudales de sabi-

duría, de gloria, de bienes y de infinita riqueza.

De Fr. Francisco de Osuna

DEL AMOR Á DIOS (1)

Aquel cumpliría bien este precepto, que amase todas las cosas criadas que ama por el Señor de ellas, enderezándolas á este fin y contemplando cómo el amor es tierra espiritual y bendita que nos sustenta, de cuyo fruto vivimos: es el agua que nos refresca y mata la sed de nuestro deseo, criando, como pececicos, santos pensamientos: es aire que nos da resuello de vida, y nos ayuda para que volemos á Dios: es fuego donde se cria la salamandra de la caridad, que fuera de él muere. ¡Oh amor dichoso! Tú eres áncora de nuestra esperanza, que nos afirmas en Dios, como en puerto seguro, aunque andamos en el mar tempestuoso de esta vida. Tú eres báculo pastoral, con que nos defendemos de los lobos infernales y salva los pasos de peligro de esta vida. Tú eres comunicacion del Espíritu Santo, con la cual da cuanto tiene, y hace que á sí mismo se traspase á nuestras ánimas. Tú eres un don entretejido en otros dones,

(1) *Abecedario Espiritual*, 3.^a parte: Valladolid, 1537.

que primero eres dado por Dios que otra cosa alguna. Tú eres estrella de la mañana en medio de la niebla de nuestra carne mortal, que primero eres tomado en cuenta que ningunos otros servicios. Tú eres fuego enviado del cielo para inflamar los corazones sacrificados á Dios. Tú eres gusto, con que gozosamente se comienzan á sentir las cosas celestiales. Tú eres henchimiento de la ley, que hartas á Dios y á los hombres. Tú eres yugo muy suave del Señor, y carga que más alivias que reprimes. Tú eres sólo el que á Dios nos hace carísimos, aunque sin Tí seamos nada. Tú eres lavatorio de Siloe, donde se han de lavar todas nuestras ofrendas, para que pierdan las manchas nuestras injusticias. Tú eres muerte preciosa de los Santos, que haces morir en el Señor, que es vida perdurable, para que resucitemos otros de los que ántes éramos, como el ave Fénix, que para renacer muere con fuego. Tú eres nieve blanca, que cae del cielo sobre los montes altos, que son la contemplacion, para resfriar en ellos todas las pasiones carnales que los escurecen. Tú eres óleo de alegría con que se han de ungir los sumisos á Dios, mitigador de las llagas que reciben. Tú eres perdon general, que plenariamente absuelves todos los pecadores donde moras, y á los apóstoles engrandeciste, preservándolos con gracia de no poder pecar más mortalmente. Tú eres quie-

tud, que aplacas las querellas de los hijos de Israel y de Dios. Tú eres raíz de Jesé, de donde brotan todos los bienes que prendes en la tierra del buen corazón. Tú eres redención del género humano, porque escrito está que en su amor nos redimió el Hijo de Dios. Tú eres sueño de maravillosa contemplación, que das por descanso el pecho de Dios, y tanto más haces velar lo de dentro, cuanto más duerme lo de fuera, causando gran sosiego, como dice Job en los cánticos del cielo, que son los santos pensamientos, para que sin ruido venga Dios. Tú eres túnica de hermosura hasta los pies, que abrigas nuestro frío, cubres nuestra desnudez, y nos adornas maravillosamente sin te dejar partir; que no se pierde poco á poco la caridad, sino toda junta. Tú eres vía del Señor, que has de ser enderezada á Él, como dice San Juan, para que venga á nos por tí, como por escala. Tú eres celo para hacernos casa de Dios, y posada en que ha de morar. Esta declaración se concluye en que contemples todas las cosas criadas, á fin de sacar de ellas amor; pues que el amor que cada cosa tiene á sí misma la conserva. Empero porque el hombre tiene más noble sér que todas las cosas inferiores, ha menester más noble amor para lo conservar que el propio, y por esto debe buscar el de Dios, que conserva hasta hoy y para siempre la órden del cielo, cuya

razon se pone en tierra, cuando somos del mismo amor regidos.

De Fr. Diego de Estella, Franciscano

CÓMO TODO LO CRIADO NOS CONVIDA AL AMOR
DE DIOS (1)

Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame, y en cada una de ellas veo una lengua, que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, las verduras de los campos, la diversidad de las flores, variedad de colores y todo cuanto tus divinas manos fabricaron, ¡oh Dios de mi corazón y Esposo de mi alma! me dicen que te ame. Todo cuanto veo me convida con tu amor y me reprende cuando no te amo. No puedo abrir mis ojos sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría, ni puedo abrir mis oídos sin oír pregoneros de tu bondad; porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quién eres. ¿Qué son, Señor, sino brasas encendidas los elementos, aves, animales, cielos y planetas con que

(1) *Tratado de la Vanidad del mundo y Meditaciones del amor de Dios*: Salamanca, 1576.

pusiste fuego á mi helado corazon para lo disponer á amar á quien tantos dones le envia por hacerlo diestro amador? ¿Qué son el sol, la luna, cielos y tierra, sino eficaces estímulos para nos intimar tu gran voluntad y amor? Cada mañana hallarás, ánima mia, á la puerta de tu casa á todo el universo, las aves, animales, campos y cielos, que te esperan para servirte, para que tú pagues por todos el servicio de amor libre que tú sola, en lugar de todas, debes á tu Criador y suyo. Todas las cosas te despiertan al amor de tu Dios, y todas, como un procurador de su Señor, te ponen demanda de amor. Convidate á su amor el clamor grande de todas sus criaturas, así superiores como inferiores, las cuales, con voces manifiestas, te declaran su majestad, su hermosura y su grandeza. Los cielos cuentan, Señor, tu gloria, y el firmamento denuncia las obras de tus manos; y no hay hablas ni lenguajes donde no sean oidas sus voces; y tanto, que son inexcusables todos los hombres. Callando manifiestan, Señor, los cielos tu gloria, y nos dicen cuál será el aposento de tus escogidos; pues tanta hermosura dejas ver á los ojos de los mortales. ¡Oh, cuán rico eres, mi Dios, pues de tan ricas lámparas te sirves! ¿De qué trazas pudo salir labor tan prima? ¿Quién pudo hacer tan hermosa claridad y tan diversas influencias, tantos y tan diversos movimientos sin errar

un punto? Con razon pregunta Job y dice: «¿Quién contará la órden de los cielos y dirá sus movimientos?» ¡Oh pesado corazon mio, cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza no te lleva á aquellas celestiales moradas! ¡Oh cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso el lugar de su habitacion! Veré los cielos, obra de tus dedos, y la luna y las estrellas que Tú criaste. Todo lo que mis ojos ven me dicen que te ame.

De Fr. José de Sigüenza, Gerónimo

DE LA PROVIDENCIA DIVINA (1)

Cuando se vive conforme á las leyes divinas, y se ejercita la piedad, todo acude con prosperidad y Dios mira por ello. Así nos lo enseña por el profeta Oseas: «Y será en aquel dia (en el que se ejercitare la virtud y se volviere la rienda de la mala vida á la buena), en aquel mismo dia oiré, dice Dios, oiré los cielos, y ellos oirán á la tierra, y la tierra oirá al trigo, y al vino, y al aceite, y éstos oirán á Jezrahel.» No hay poesia tan elegante en los gentiles todos, que se pueda comparar con esta del Profeta. ¡Qué claro nos enseñan estas

(1) *La vida de San Gerónimo, doctor de la Santa Iglesia*: Madrid, 1595.

palabras no haber en toda la naturaleza cosa de balde y que no esté colgando de la Divina Providencia! Que aunque el peso de sus naturales los inclina á los particulares y propios fines, con todo eso no caminan á ellos sin el particular mandamiento de su Criador. ¡Quién dijera que los cielos, la tierra y las demás criaturas se hablan y se escuchan, y piden y oran á Dios que les deje producir y ejecutar sus propios efectos y oficios en favor de los hombres, para quienes fueron criados! Así pasa y así lo enseña el Espíritu Santo, aunque nosotros no entendamos sus voces, y ¿quién no ve el celestial discurso? Los hombres, dice, que desean y tienen necesidad de los mantenimientos de los frutos de la tierra, ruegan que vengan y que acudan. Los frutos tienen necesidad del temperamento y fecundidad de la tierra, y parece que la están pidiendo. La tierra desea los benignos influjos del aire y del cielo, y los pide con gritos lastimeros. El cielo está aguardando la providencia, el imperio y disposición divina, y también hace sus peticiones á Dios. Dios mira y dispone todas las cosas, según que más le conviene al hombre; conforme á sus méritos da y quita, y enfrena ó alarga la rienda á las particulares inclinaciones de toda la naturaleza. Cuando la fertilidad y el abundancia son causa de que se desmanden en vicios y ofensas suyas, y las convierten en da-

ño de sus mismos prójimos, quita el influjo á los cielos, queda desamparada la tierra, no responden los frutos, viene la escasez y la tasa al precio de los desconciertos. Cuando tornan sobre sí, abren los ojos con la pena, vuelven el paso á la carrera derecha, acude todo, suelta la rienda, corren las cosas todas, segun el ímpetu que dentro tienen, al servicio del hombre.

**Del Maestro Fr. Hernando de Zárate,
Agustino**

EXPOSICION DEL CÁNTICO DE MOISÉS:

CANTEMUS DOMINO, ETC. (1)

Cantemos á Dios la gala (2), porque glorioso se ha mostrado y engrandecido ahogando en la mar los caballos y caballeros de nuestros enemigos. Dios es mi fortaleza y el blanco de mis alabanzas, y el autor de mi salud. Este es mi Dios y á este he de dar gloria: Dios de mis padres, y á Él tengo de ensalzar con alabanzas. El Señor es como un valeroso Capitan, el Señor se ha mostrado co-

(1) *Discursos de la Paciencia cristiana*: Alcalá de Henares, 1592.

(2) El particular aplauso, obsequio ú honra que se hace á alguno en atencion á lo sobresaliente de su mérito.

mo Varon guerreador, pues aventó sus enemigos, á quien hizo sentir su valor cuando dicen: «Huyamos, que el Señor pelea por ellos.» Su nombre es el Omnipotente. Á Faraon y á sus carros deja en el agua. Los más pintados de sus príncipes quedan zabullidos en el mar Bermejo, cubiertos quedan con las aguas, en cuya hondura descendieron ligeros como piedras. La mano fuerte del Señor ha mostrado su grandeza. Ella deja herido al contrario; y con la muchedumbre de tu fortaleza derribaste, Señor, los enemigos, no tanto nuestros como tuyos. Enviaste, Señor, del cielo tu venganza, que los tragó como si fueran una paja; y con un viento que mandó tu justicia, las aguas, que para el paso de tu pueblo se habian apartado, se juntaron; porque ellas, de su naturaleza líquidas y corrientes, se habian recogido en medio del mar, dejando paso á los de tu pueblo. Dijo entónces el enemigo, viendo el prodigio: «Yo los perseguiré y los prenderé, yo repararé los despojos y cumpliré mis deseos, porque yo sacaré mi espada y no quedará de ellos hombre á vida.» Pero Tú, Señor, desataste á tu viento que soplase las aguas, y cubriólos el mar, y sumiéronse como un plomo entre las furiosas ondas. ¿Quién, Señor, quién puede compararse contigo entre los valientes del cielo y de la tierra, glorioso en santidad, terrible y digno de alabanza,

y obrador de milagros? Extendiste tu mano poderosa, y tragólos el mar como si se abriera la tierra y los tragara. Y por otra parte guiaste á tu pueblo, que habias librado y redimido, y con gran fortaleza lo llevaste á la tierra prometida.

De . **Juan Donoso Cortés**

LA CREACION ANTE LA DIVINIDAD (1)

Toda la belleza de la creacion consiste en que cada cosa es en sí como un reflejo de alguna de las perfecciones divinas; de tal manera, que todas juntas son un fiel traslado de su belleza soberana. Por esta razon, desde el globo encendido que ilumina los espacios hasta el humilde lirio que está como olvidado en el valle, y desde mucho más abajo de los valles que se coronan de lirios hasta muy por encima de los cielos en donde resplandecen los globos, todas las criaturas, cada cual á su manera, se cuentan unas á otras las grandes maravillas del Señor, atestiguan consigo mismas sus inefables perfecciones y cantan con cántico sin fin sus excelencias y sus glorias. Los cielos cantan su omnipotencia; su grandeza los mares; la tierra su fecundidad; las nubes, con

(1) *Ensayos sobre el Catolicismo*: Madrid, 1851.

sus altísimos promontorios, figuran la peana en que descansa su pie. El relámpago es su voluntad; el trueno su voz; el rayo su palabra. Él está en los abismos con su sublime silencio, y con su ira sublime en los huracanes bramadores y en los torbellinos tempestuosos. *Él nos pintó*, dicen las flores de los campos. *Él me dió*, dicen los cielos, *mis bóvedas espléndidas*. Y las estrellas: *Nosotras somos centellas caídas de su resplandeciente vestidura*. Y el ángel y el hombre: *Al pasar por delante de nosotros, su hermosísima y gloriosísima figura quedó en nosotros estampada*.

Del Maestro Fr. Juan Marquez, Agustino

PODER DE LA ORACION.—MOISÉS

LA ANTIGUA LEY (1)

Tan poderosa llave es la oracion para abrir y cerrar los cielos, y tanto dependen de ella los sucesos de las guerras cristianas, que á quien ha podido arrollar esta piel estrellada, como si revolviere el manto al brazo, y tenido en las manos poder dar y quitar la luz al mundo para sacar á tiempo la espada, se le libró la destreza en brazos ajenos. De manera, que no sólo se rinden los

(1) *El Gobernador cristiano*: Salamanca, 1612.

cielos á la fuerza de la oracion, como muestra el hecho de Elías, pero áun los brazos, á que los cielos estuvieron obedientes, lo están al ademan del Orador, que en el calor de la oracion afloja ó levanta los suyos. Acabada la guerra de Amalec y andando ya mes y medio despues de la salida de Egipto, llegó el Gobernador con el pueblo á la falda del monte Sina, donde mandó armar las tiendas en un llano. Apercibió las gentes para el dia tercero, ordenándoles á todos que lavasen las ropas, como cierta manera de preparacion para esperar con mayor decencia las órdenes divinas, y advirtiéndoles que se guardasen de llegar áun á la falda del monte, porque moriria irremediabilmente el hombre ó ganado que lá tocase. Hecha la prevencion, á la alborada del dia tercero se comenzaron á oír grandes truenos hácia la cumbre, discurrían relámpagos, saltaban centellas, caian rayos por una parte y otra, cubrían todo el monte unas nubes espesas, y subia dél grande fuego, como si saliera de un horno, de manera que ponía espanto mirarle. Oíase tambien una trompeta ronca, que poco á poco iba esforzando el sonido, y en medio de esta humareda hablaba Moisés y Dios le respondia. Tanto pretendió la majestad de nuestro Hacedor espantar al pueblo las orejas, y hacer la cama á los rigores de su ley. No obstante lo cual, al mesmo tiempo, dice Filon,

que oyó el Gobernador músicas y canciones tan celestiales, que le entretuvieron cuarenta dias sin comer ni beber en el monte. De manera que no se dió con sólo truenos la ley; pues tuvieron su lugar entre ellos las músicas para aficionar, como notó San Justino, la voluntad de los que la recibian y dar á entender que la primera pretension de Dios no era echar mano del azote, y que las amenazas habian de tener lugar cuando no hiciesen efecto los halagos. Oyóse una voz maravillosa, que tuvo las dos partes que decimos, porque fué de vihuela y de bombardas, denunciando á un tiempo el regalo y, con él, miedo. Bajó Moisés del monte al pueblo, y subió del pueblo al monte con recados de Dios y respuestas suyas. Vian todos por sus ojos la humareda, oian los truenos y tocaban las maravillas con la mano, para que, como dice San Agustin, no se entendiese que le habia creído el pueblo con el fundamento que Lacedemonia á Licurgo, el cual publicó le habia dado Júpiter sus leyes sin testigos y á solas. Recibió la ley moral del Decálogo; las ceremoniales y judiciales del Levítico; y, para mayor firmeza de la obligacion que el pueblo hacia de guardarlas con toda puntualidad, celebró con ellos el pacto ó testamento de la sangre. Y habiendo sacrificado un becerro, tomó el hisopo, que tambien tenía roja la lana, y, mojándole en la sangre de la víctima, roció la

gente, y todos los vasos del santuario, y el mismo libro ó volúmen de la Ley, diciendo: «Esta es la sangre del *concierto, testamento ó promesa* que hoy habeis efectuado con Dios;» enseñando, como declara el Apóstol, que la Ley evangélica, que abre puerta para la patria prometida, y el Testamento nuevo, cuya herencia y legados son bienes de eterna granjería, se habian de confirmar con la sangre de Jesucristo, Nuestro Señor, poderosa para rociar mil mundos, si los hubiera, y sin cuya aspersion no se perdonó jamás pecado.

**Del Maestro Pedro de Medina, natural
de Sevilla**

EFICACIA Y FRUTOS DE LA ORACION (1)

Imponderables son las maravillas que Dios ha obrado por medio de la oracion. Ella hizo que los leones no tocasen á Daniel, aunque hambrientos estaban; abrió el vientre de la ballena, cuando en él oró Jonas, y fué lanzado en la ribera del mar sin lesion; derribó con irresistible fuerza los muros de Jericó. Por ella se perdonaron á David un homicidio y un adulterio; sanó el rey Eze-

(1) *Libro de la Verdad*, donde se contienen doscientos diálogos, que entre ella y el hombre se tratan: Alcalá de Henares, 1570.

chias de una grave enfermedad; apareció fecunda la estéril Ana, madre del gran profeta Samuel; fué recibido Tobías de su mujer Sara; los niños de Babilonia no sintieron el fuego de un horno encendido, y de él salieron ilesos. Por ella se reveló á Noé la destruccion del mundo y al patriarca Abraham la de Sodoma y Gomorra, sacando á Loth de aquella degradada compañía; y por su influjo alcanzó Elías que en tres años y medio no cayese una gota de agua, mostrándose el cielo como de bronce, hasta que á ruegos del mismo inundó los campos. La oracion de éste desde lo alto del monte atrajo el fuego del cielo para abrasar á los rebeldes. Ella *pone al hombre cerca de Dios*, como dice San Agustin: «Cuando hago oracion, apártome de la tierra, huyo de mí mismo, súbome no ménos que hasta el cielo empíreo.» De manera que la oracion rasga y penetra los cielos, y entra hasta el augusto y real trono de Dios. La oracion es más firme que la tierra, más ligera que el aire, más activa que el fuego, más resplandeciente que el sol, más provechosa que el oro y aún más alta que el cielo, pues sobrepuja á los entendimientos humanos y vuela sobre los coros angélicos y aún más allá. La oracion de San Pedro derribó á Simon Mago, libró á San Pablo de sus amargas tribulaciones y al delincuente pueblo de Israel, á la voz de Moisés, el gran caudi-

llo, de una completa ruina, apagando el rayo amenazador del Omnipotente. La oracion de la humildisima Virgen María hizo al Verbo Dios y Hombre en sus virginales entrañas.

**Del Doctor Álvaro Pizaño de Palacios,
Canónigo de Córdoba**

**Á LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA
VIRGEN (1)**

¡Oh excelencia rara! ¡Oh maravilla esclarecida! ¡Oh grandeza sobremanera insigne! ¡Oh privilegio singular! ¡Oh inmunidad excelente, que siendo María de la casta de Adán, estuviese tan léjos de él, que su culpa y pecado no le alcanzase! Y convino así, porque siendo edificio hecho aposta (2), fué forzoso que estuviese fortificado, porque no le estrenase Lucifer. Y siendo altar divino y consagrado, no era razon le tocase el hierro de la culpa; y siendo monte sobrepuesto á las más altas cumbres de las terrenas y angélicas criaturas, no era razon que el pecado humillase su cima; y siendo ciudad fundada sobre la estabilidad y firmeza de la gracia, era fuerza que sus muros

(1) *Discursos en confirmacion de la Purisima Concepcion de la Virgen María*: Sevilla, 1615.

(2) De intento, de propósito.

estuviesen enhiestos. Y siendo entre las hijas de Adan la que robó el corazon á su Esposo, era decente fuese única al concebir; y teniendo gracia y justicia original, la razon dice que habia de ser de tierra léjos de pecado, como navío de mercadante que trae de léjos su mercancía; y habiendo de cobrar con su Hijo nuestra redencion, convenia que fuese sin mancha. ¿Qué leyes de príncipes, qué ordenanzas de repúblicas, qué acuerdos de comunidades fundadas en prudencia, en crianza, en política cortesía, en reconocimiento justo, no honran la madre de su rey? ¿Por qué, pudiendo, habemos de romper con los honrosos respetos que debemos al Hijo y con las obligaciones que debemos á la Madre de Dios, que es nuestro único suspiro, en quien libramos nuestras esperanzas para alcanzar de su Hijo la bienandanza eterna, y más clamando los santos y casi todo el resto de la Iglesia? Y así es bien se cante este misterio en rimas, en canciones, en sonetos, en décimas: porque la poesía la halló el cielo y la comunicó á la tierra, como aliento celestial y divino, para celebrar los misterios de Dios. Y no le parezca al príncipe y al grande que menoscaba su entono cuando en voz alta alaba á la Reina de los ángeles, abogada y personera de los hombres, porque cosas de ménos calidad las cantaban los príncipes de Israel, comenzando y dando el tono

el grande de cada familia, y les respondian por coros las doncellas, consagradas á este misterio, como dijo David. Crezca esta devocion y extiéndase su fama por todas las partes del mundo; enciéndanse en ella los hombres; propáguese cuanto es grande la tierra; persevere por siglos; den los padres noticia y doctrina de ella á sus hijos; pase con clara y eterna voz su memoria de unas generaciones en otras. No le harán injuria los años, ni la oposicion pondrá eclipse en su esplendor; ántes con ella florecerá y será más resplandeciente porque tiene sus raíces profundas. Y así no es posible que descaezca, ni ménos puede ser que con la edad caiga el edificio de esta gran celebridad, porque está vivo el cuidado de la que no se envejece, ni tiene ruga, ni mancha, que es la Iglesia.

**Del Maestro Fr. Diego de Guzman, Trinitario
Calzado, natural de Sevilla**

SINGULARES PREROGATIVAS DE LA SANTÍSIMA
VÍRGEN MARÍA (1)

El Paraiso terrenal labrado por divinas manos

(1) *Tratado de la excelencia del sacrificio de la Ley evangélica: Madrid, 1599.*

para asiento del primer hombre, lleno de árboles frutales y regado por cuatro rios caudalosos, algunos de los cuales aún en sus arenas crían oro fino, era como un desierto comparado al Vergel de las virginales entrañas. El templo de Salomon, con toda su riqueza, era una pobre cabaña junto á la grandeza de este templo, y aquel reclinatorio de oro, que él mismo hizo sobre finísimo marfil, del cual se dice que nunca en el mundo se vió ni cosa tan prima, ni tan rica, ni tan artificiosa. Y lo que es más: el cielo con todas sus estrellas y planetas, con toda la hermosura y variedad de espejos que en él relucen, ni aún con su sol y con su luna llegan á la hermosura y variedad y excelencia del nuevo cielo, que Dios hizo en las virginales entrañas para morar en ellas nueve meses. Así estaba profetizado, que criaría nuevos cielos y nueva tierra, como lo hizo el rey Asuero, el que para de nuevo mostrar su poder, levantó una riquísima casa, donde asentase el trono de Su Majestad. Porque este es aquel vellocino donde, como en tiempo de Gedeon, cayó todo el rocío del cielo junto; pues como San Jerónimo y San Bernardo dicen, á los demás Santos se les dió la santidad por partes, de manera que cada uno fué excelente en una virtud. Mas á María se le infundió plenitud de gracias y virtudes para que fuese en todas señalada. Y como á la mar

acuden para su grandeza todos los rios, así para María, que es mar de gracias, acudieron todos los dones á enriquecerla. Aquí la majestad de los patriarcas, la fe de los profetas, la esperanza de los antiguos, la caridad y fervor de los mártires, la pureza de las vírgenes, la constancia de los confesores, la limpieza de los inocentes. Aquí la pureza angélica, la obediencia de los arcángeles, el rendimiento de los tronos y dominaciones, la sabiduría de los querubines y el ardor de los serafines concurrieron, como á la mar las aguas, para que en todo se llamase llena de gracias y dones espirituales. Y así como todo Israel dió lo mejor que tenía para hacer casa y tabernáculo en que Dios morase, así para la fábrica de este espiritual templo y tabernáculo hizo Dios juntarse todo lo que en otras partes estaba esparcido. Aquí, pues, se halló la lindeza y hermosura de la primera mujer Eva; aquí la belleza y buena gracia de Saray; aquí la humildad de la graciosa Raquel, la fecundidad de Lia, la industria de Rebeca, la sabiduría de Abigail, la oracion de Esther, la fortaleza, finalmente, y buen consejo de la valerosa Judith: todo en su punto y sin mezcla de alguna imperfeccion. Por lo cual con mucha razon la llamó el excelente mártir San Ignacio, discípulo del apóstol San Juan y heredero del amor de Jesucristo, *portento de gracia*, para encarecer la

grandeza de las que en esta Santa Señora se encerraron. Á la cual el Rey Soberano amó aún más que al resto de todas las criaturas. En ella no hallaron los puros ojos de Dios mancha alguna. El Eterno Padre la escogió por hija, el Hijo la quiso tener por madre, el Espíritu Santo la recibió por esposa; y toda la Beatísima Trinidad la tuvo por templo y tabernáculo. Y si tal quiso Dios que fuese el vaso para encerrar el Maná, de oro purísimo y nuevo, sin que para otro servicio hubiese sido dedicado; y tal la mesa para los panes de la proposicion; y tal el arca del Testamento, para poner las tablas de la Ley, llena de oro dentro y fuera, ¿cuál sería la que habia de encerrar dentro de sí al que en todas estas cosas se figuraba? De esta, pues, se canta, que su cabeza es toda de oro y más hermosa que el Carmelo, y su cuello más vistoso que la torre de David. Esta se llama estrella de la mar, puerto de vida, puerta del cielo, vergel cerrado, fuente sellada, pozo de aguas vivas, lirio de los valles, ciprés del monte, cedro del Líbano, rosa de Jericó, flor de la vara de Jessé, escogida como el sol y hermosa como la luna, nube que envia su rocío, nave que trajo el pan de vida á la tierra de la esterilidad, madre del hermoso amor, mujer fuerte y terrible, como el escuadron de gente de guerra bien fortalecido y ordenado. Y lo que más es, todos es-

tos nombres y otros innumerables, que en la divina Escritura hallamos, no descubren aún del todo sus grandezas y perfecciones. Pues en este tálamo y reclinatorio entró la divina Sabiduría, cuando puso, como dice Salomon, casa en la tierra, la cual sustentó con siete columnas, que son los siete dones del Espíritu Santo.

De Fr. Pedro de Padilla, Carmelita

DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (1)

Fué el nacimiento de Cristo trescientos y veinte y dos años despues de la muerte del Magno Alejandro, habiendo ya el mundo envejecido en la edad de cuatro mil y sesenta; y sácase bien este número y cómputo de la Escritura sagrada, hasta la reedificacion de la ciudad de Jerusalem; y el remanente se saca de las olimpiadas. Porque se acabó el edificio de la ciudad en la olimpiada setenta y tres, y nació el Señor en la olimpiada ciento noventa y tres, en el año treinta y cuatro del rey Herodes Antípatro, el cual acabó en treinta y siete años, y dió lugar á Herodes Arquelao.

Era hermosísimo el Monarca eterno, cuya bel-
dad maravillosa, quanto á la divinidad, se puede

(1) *Monarquía de Cristo*: Valladolid, 1590.

en parte comprender en la creacion del universo, cuyas partes son ordenadísimas y bellas. Y que cuanto á la humanidad fuese de admirable hermosura, puédesse colegir considerando que si los angélicos espíritus que asisten á la divina presencia son de beldad increíble ¡cuánto más lo habia de ser la humanidad que estaba unida á la persona del Verbo! Eran suavísimas sus palabras, y, como dice San Juan, «de vida eterna.» Vino, aunque disimulado, como poderosísimo Príncipe, y humillando á tierra la soberbia de sus enemigos. Quitó el yugo de la espantable muerte del cuello de sus fieles; y por ser Monarquía eterna, no quiso ser unguido de uncion material, como los reyes transitorios, sino de uncion en espíritu sin fin. Abrasó todos los instrumentos bélicos con fuego del Espíritu Santo, introduciendo una paz y tranquilidad segurísima. Fué su sepulcro glorioso, porque, saliendo de él, hizo maravillosas proezas. Llamóse, por divina ordenacion, Jesus, que habia de introducir en la celestial tierra de promision á los hijos de Dios. Este fué aquel hermoso y resplandeciente Candelero con las antorchas de sus celestiales gracias. Fué llamado Consejero admirable, Dios gigante, Padre en eterno, Príncipe de paz á todos los fieles sujetos á su imperial Monarquía, á quien dió el Padre toda potestad en el cielo y en la tierra. Por Él escogió

los fieles ántes de la creacion del mundo, y los hizo herederos de todas las riquezas celestiales, y por Él fueron benditos, justificados, redimidos y libres de la muerte eterna. Por Él son á Dios nuestras obras gratas. Y Él es Abogado y único Mediador de los fieles; Hostia y Sacrificio aceptable al Padre, Unigénito suyo y Primogénito de todas las criaturas. Por Él fuimos santificados, alumbrados y consolados con eterna consolacion. Él es el Maestro que nos enseñó la verdadera sabiduría y conocimiento de Dios, y nos libró de la maldicion que por nuestros pecados merecimos. Él nos vivifica y da fortaleza con su espíritu, para poder cumplir en cuanto nos fuere posible la divina voluntad. Por Él se nos facilita la entrada al Eterno Padre, para demandarle gracias y mercedes. Él es aquel lucidísimo Espejo en quien resplandecen la bondad, la caridad, la justicia, la misericordia y sabiduría del Padre. Él es aquel Sol divino que alumbra nuestros entendimientos en la contemplacion del amor suyo. Él es cabeza de la Iglesia, Hermano de los escogidos, cordial Amigo de los fieles, superior á los ángeles y á todas las cosas criadas. Con la dulzura de su caridad dispone de nuestros corazones, para que por Él todós los placeres de este mundo nos parezcan amargos y desabridos, para que así corramos á Él con los pies de los espirituales afectos,

y con el concurso de la penitencia y el conocimiento de los cometidos delitos. Este es el glorioso Monarca, Jesucristo Nazareno, Luz, Rayo y Resplandor de la gloria de Dios y Misericordia del Padre, que en el preordinado tiempo lo envió á nosotros á vestirse de carne humana, adornado de grandezas espirituales y celestiales hermosuras.

Del Maestro Fr. Luis de Leon

JESUCRISTO ES FACES DE DIOS (1)

Decimos que Cristo-Hombre es Faces y Cara de Dios, porque como cada uno se conoce en la cara, así Dios se nos presenta en Él y se nos muestra quién es clarísima y perfectísimamente. Lo cual en tanto es verdad, que por ninguna de las criaturas por sí, ni por la universidad de ellas juntas, los rayos de las divinas condiciones y bienes relucen y pasan á nuestros ojos, ni mayores, ni más claros, ni en mayor abundancia, que por el ánima de Cristo y por su cuerpo, y por todas sus inclinaciones, hechos y dichos, con todo lo demás que pertenece á su oficio. Y comencemos por el cuerpo, que es lo primero y más descubierto; en el cual, aunque

(1) *De los Nombres de Cristo: Salamanca, 1587.*

no le vemos, mas por la relacion que tenemos de Él y entretanto que viene aquel bienaventurado dia en que, por su bondad infinita, esperamos verle amigo para nosotros y alegre, pongamos agora con la fe los ojos en aquel rostro divino y en aquellas figuras de Él trazadas con el dedo del Espíritu Santo, y miremos el semblante hermoso, y la postura grave y suave, y aquellos ojos y boca, que están nadando siempre en dulzura, muy más claros y resplandecientes que el sol, y miremos toda la compostura del cuerpo, su estado, su movimiento, sus miembros concebidos en la misma pureza y dotados de inestimable belleza. Mas ¿para qué voy menoscabando este Bien con mis pobres palabras? pues tengo las del mismo Espíritu que le formó en el vientre de la Sacratísima Virgen, que nos le pinta en el libro de los *Cantares*, por la boca de enamorada Pastora, diciendo: «Blanco y colorado, trae bandera entre millares. Su cabeza oro de Tíbar. Sus cabellos enriscados y negros. Sus ojos como los de las palomas, junto á los arroyos de las aguas, bañadas en leche. Sus mejillas como eras de plantas olorosas de los olores de confeccion. Sus labios violetas, que destilan preciada mirra. Sus manos rollos llenos de oro de Társis. Su vientre bien como el marfil, adornado de zafiros. Sus piernas columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino. El su semblante

como el del Líbano, erguido como los cedros. Su paladar dulzuras, y todo Él deseos.» Pues pongamos los ojos en aquesta acabada beldad, y contemplémosla bien, y conoceremos que todo lo que puede haber de Dios en un cuerpo, y cuanto le es posible particular de Él, y retratarle, y figurarle, y asemejársele, todo esto con ventajas grandísimas entre todos los otros cuerpos resplandece en aqueste, y veremos que en su género y condicion es como un retrato perfecto.

Del mismo Autor

JESUCRISTO ES BRAZO DE DIOS (1)

Mas decidme, Juliano, ¿prometió Dios alguna vez á su pueblo que les enviaria su brazo y fortaleza para darles victoria de algun enemigo suyo y para ponerlos no sólo en libertad, sino tambien en mando y señorío glorioso? ¿Dijoles en alguna parte que habia de ser su Mesías un fortísimo y belicosísimo Capitan que venceria por fuerza de armas sus enemigos, y extenderia por todas las tierras sus esclarecidas victorias, y que sujetaria á su imperio las gentes? Sin duda así se lo dijo y prometió, respondió Juliano. ¿Y prometióselo, por

(1) En la obra anteriormente citada.

ventura, siguió luego Marcelo, en un solo lugar, ó una vez sola y esa á caso y hablando de otro propósito? No, sino en muchos lugares, respondió Juliano, y de principal intento, y con palabras muy encarecidas y hermosas. ¿Qué palabras, añadió Marcelo, ó qué lugares son esos? Referid algunos, si los teneis en la memoria. Largos son de contar, dijo Juliano, y aunque preguntais lo que sabeis, y no sé para qué fin, diré los que se me ofrecen. David, en el salmo cuarenta y cuatro, hablando propiamente con Cristo, le dice. «Ciñe tu espada sobre tu muslo poderosísimo: tu hermosura y tu gentileza. Sube en el caballo, y reina prósperamente por tu verdad y mansedumbre, y por tu justicia: tu derecha te mostrará maravillas. Tus saetas agudas (los pueblos caerán á tus pies) en los corazones de los enemigos del rey.» Y en otro salmo, el noventa y seis, dice el mismo: «El Señor reina, haga fiestas toda la tierra, alégrese las islas todas, nube y niebla en su derredor, justicia y juicio en el trono de su asiento. Fuego va delante de Él, que abrasará todos sus enemigos.» Y Esaías en el capítulo once: «Y en aquel dia extenderá el Señor su mano para poseer lo que de su pueblo ha escapado de los asirios y de los egipcios, y de las demas gentes. Y levantará su bandera entre las naciones y allegará los fugitivos de Israel y los esparcidos de Judá de las cuatro partes del mundo. Y

los enemigos de Judá perecerán, y volarán contra los filisteos por la mar: captivará á los hijos de Oriente. Edon le servirá y Moad le será sujeto y los hijos de Amon sus obedientes.» Y en el capítulo cuarenta y uno por otra manera: «Pondrá ante sí en huida las gentes, perseguirá los reyes. Como polvo los hará su cuchillo, como astilla arrojada su arco. Perseguirlos ha, y pasará en paz: no entrará ni polvo en sus pies.» Y poco despues el mismo: «Yo, dice, te pondré como carro y como nueva trilladera con dentales de hierro. Trillarás los montes y desmenuzarlos has, y á los collados dejarás hechos polvo: aventaráslos, y llevarlos ha el viento, y el torbellino los esparcirá.» Y cuando el mismo profeta introduce al Mesías, teñida la vestidura con sangre, y á otros que se maravillan de ello y le preguntan la causa, dice, en el capítulo cincuenta y cuatro, que Él les responde: «Yo solo he pisado mi lagar: en mi ayuda no se halló gente. Pisélos en mi ira, y pateélos en mi indignacion, y su sangre salpicó mis vestidos y ensuciado mis vestiduras todas.» Y en el capítulo cuarenta y dos: «El Señor como valiente saldrá, y como hombre de guerra despertará su coraje, guerreará y levantará alarido, y esforzarse ha sobre sus enemigos.»

De D. Fr. Antonio de Guevara, Franciscano,
Obispo de Mondoñedo

LA SEGUNDA PALABRA QUE CRISTO DIJO
EN LA CRUZ (1)

¡Oh buen Jesus, oh redentor de mi ánima! ¿Tú bien ves que en prometer la Gloria y el Paraiso no prometes otra cosa sino á Tí mismo? ¿Qué es esto, ¡oh buen Jesus! ¿qué es esto? ¿De malhechores te fias, á salteadores te encomiendas, á pecadores te ofreces, y á ladrones te mandas? Si te tienes por servido y te sientes por encargado de este ladron, dale, ¡oh mi buen Señor! dale la provincia de Acaya, dale la parte de Asiria, dale el reino de Palestina, ó dale la monarquía de Asia; porque en darle como le das á Tí mismo, si lo que le das no fuese Dios como lo es, pareceria que perjudicabas á muchos. ¿Hay otro Paraiso, sino fruir (2) de Tí mismo; hay otra Gloria, sino ver tu cara; hay otro descanso, sino hallarse contigo; hay otro algun bien, sino el que viene de tu mano? *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á do me verás cara á cara, fruirás de mi esencia, morarás con mi persona, gozarás de mi gloria, morirá tu muerte y resucitará tu vida. *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á

(1) Segunda parte del libro llamado *Monte Calvario*: Valladolid, 1549.

(2) Gozar del bien que se ha deseado.

do siempre serás mio, á do siempre seré tuyo, á do siempre me sirvas, y á do sin fin te amaré; á do cesarás tú de pecar y yo no cesaré de bien te hacer. *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á do verás gozo sin tristeza, salud sin dolor, vida sin muerte, luz sin tinieblas, descanso sin sobresalto, compañía sin sospecha, honra sin infamia, abundancia sin penuria, y gloria que no se acaba. *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á do la juventud no se envejece, la senectud no aparece, la hermosura no amarillece, la sanidad no se marchita, el gozo no se mengua, el dolor no se siente, el gemido no se oye, la tristeza no se ve, el alegría nunca falta, el amor no se resfria y la muerte no espanta. *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á do irás del golfo al puerto, de la batalla al triunfo, del arroyo á la fuente, de las tinieblas á la luz, de la penuria á la abundancia, del sueño á la verdad, de la fe á la experiencia, del amar con tibieza á la caridad acabada. *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á do no sabrás llorar, sino reir; no quejarte, sino alegrarte; no pedir, sino dar; no blasfemar, sino bendecir; no suspirar, sino cantar; no aborrecer, sino amar; no te quejar, sino te alabar; no morir, sino vivir. *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á do tus pies llegarán ya á do iban, tus manos tocarán lo que buscaban, tus ojos verán lo que deseaban, tus oídos oirán lo que amaban y tus entra-

ñas poseerán por lo que suspiraban. *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á do no temerás ya los engaños del demonio, los regalos de la carne, las vanidades del mundo, las asechanzas de los enemigos, las importunidades de los amigos, los sobresaltos de cada día, las necesidades de cada hora, ni aún las ánsias que llegan al alma. *Hoy serás conmigo en el Paraiso*, á do no hay noche que se escurezca, no hay dia que se envejezca, no hay invierno erizado, ni hay verano congojoso; no hay frio que te resfrie, ni hay calor que te destemple; no hay hambre que te fatigue, no hay sed que te desequie, no hay muerte que te espante, ni aún hay vida que se te acabe. ¡Oh ánima mia, oh corazon mio! ¿no me diréis en qué estais pensando, ó en qué estais contemplando; pues no ois esto que aquí se dice, no veis quién lo dice, no mirais al que lo dice, ni contemplais á dó se dice? El que habla es el Hijo de Dios; con quien habla es un ladron; lo que habla es prometerle el Paraiso; el lugar á do le habla es el monte Calvario; la hora en que le habla es al punto que espira, y delante quien le habla es delante toda la Sinagoga.

De Fr. Luis de Granada

AL REDENTOR EN LA CRUZ (1)

Levanta los ojos á considerar quién es este Señor que padece. Mas ¿quién podrá responder á esta pregunta, pues el que padece es Dios? ¿Quién es Dios? Él solo lo sabe, y Él solo lo dijo en una palabra eterna que habló, que fué su Unigénito Hijo. De manera que cuan léjos está la criatura de ser Dios, tanto lo está de poder declarar qué cosa es Dios. Pues ¿cómo diré yo, Señor mio, quién sois Vos? Diré lo que Vos dijistes á un Profeta: «Yo soy el que soy.» Vos sois un Sér infinito, que de nadie procede sino de Vos mismo, y fuera de Vos no hay cosa que tenga sér de sí, sino de Vos, que sois el principio y fuente del sér. Todo lo que tiene sér está colgado como de un hilico de vuestra sola voluntad; de nada lo hicistes todo con vuestra omnipotencia, y sin ayuda de nadie lo conservais todo por vuestra bondad; y en nada lo volveríades todo, si os pluguiese, con sólo querer. Vos solo sois el que sois, y todo lo que es comparado con vuestro Sér no tiene sér. Las estrellas no resplandecen en vuestra presencia, los ángeles no son limpios en vuestro acatamiento, toda la hermosura ante Vos es fealdad, todo poder es flaqueza,

(1) *Memorial de la Vida Cristiana*: Madrid, 1649.

todo saber es ignorancia, toda bondad es defecto, porque no hay nadie bueno sino Vos. Vos solo sois bueno sin defecto, sabio sin error, poderoso sin contradiccion, dadivoso sin acepcion de personas, justo sin movimiento de pasion, magnífico sin detrimento y grande sin comparacion. Es tan grande vuestra hermosura, que quien os piensa alabar cumplidamente escurece vuestra gloria, y quien se compara con Vos pierde la suya. Pues ¿qué diré de vuestra grandeza y omnipotencia? Todas las cosas obráis y no os dividís, siempre obráis y siempre estais quieto donde quieto estais, y en ninguna parte faltais. Este tan gran poder declarastes Vos, Señor, al santo Job, representándole la grandeza de vuestras obras por estas palabras: «¿Dónde estabas tú cuando ponia Yo los fundamentos á la tierra, cuando la cargaba sobre sus cimientos perpétuos, cuando me alababan las estrellas de la mañana y cantaban mis alabanzas todos los hijos de Dios? ¿Quién puso puertas á la mar cuando sus aguas como de un vientre prorumpian? ¿Quién es el que derrama la luz por los aires y reparte los calores sobre la tierra? ¿Quién dió su corrida al torbellino de las aguas, y quién abrió camino para los truenos sonoros? ¿Quién es el padre del agua lluvia, y quien engendra las gotas del rocío de la mañana? ¿De cuyo vientre salieron las heladas, y quién las hace caer de lo

alto? ¿Quién suspende las aguas en las nubes para que no caigan de lleno sobre la tierra?» Por su virtud y fortaleza se ayuntaron los mares, y por su prudencia fué derribado el soberbio. Él espíritu suyo hermoseó los cielos, y entreviniendo su mano poderosa, salió á luz la culebra enroscada.

Pues ¿qué diré de la grandeza de vuestra majestad? Mirais la tierra, y hacéisla temblar; tocais á los montes, y hacéislos arder; mandais á la mar, y levanta sus ondas; llamais á las estrellas, y obedecen á vuestro llamado. Los señoríos y poderes angélicos os adoran, los más altos serafines encogen ante Vos sus alas y se tienen por unos viles gusanicos. Pues ¿qué diré, Dios mio? ¿Cómo podré decir quién sois? Confiesen os, Señor, vuestras obras, y vuestros santos para siempre os bendigan; prediquen los cielos vuestra grandeza, las estrellas vuestro resplandor, las flores del campo vuestra hermosura, la tierra vuestra providencia, la mar y sus ondas vuestra majestad.

Del mismo Autor

AL MISMO ASUNTO (1)

Levantad los ojos á considerar la majestad de

(1) *Introduccion al Símbolo de la Fé*. Barcelona, 1614.

este Señor que padece, y mirad cómo aquel Señor que, como dice San Juan, tiene escrito y broslado en su muslo y en su vestidura *Rey de los reyes y Señor de los señores*: Aquel que, según el mismo Evangelista dice, es *Alfa y Omega*, que es principio y fin de todas las cosas: Aquel que, como dice el santo Job, extiende los cielos solo, y anda sobre las olas de la mar, y manda al sol que no amanezca y así lo hace, y á las estrellas que no den luz, y así le obedecen: Aquel que, como el mismo dice, hace cosas grandes y admirables, y incomprendibles, sin cuento y sin número: Aquel á quien, como dice Daniel, sirven millares de millares de ángeles, y á quien asisten cien veces cien mil millares de aquellos espíritus soberanos: Aquel que, con una simple muestra de su voluntad crió toda esta gran máquina del mundo, ante cuyo acatamiento todo él, como dice el sabio, no es más que una gota del rocío que cae en la mañana. Pues este tal y tan grande Dios quiso, por su propia voluntad, padecer tantas invenciones y maneras de dolores é injurias para pagar todas las invenciones de deleites y maldades con que los hombres ofendieron á su Criador. Y esto tan de corazón y voluntad, que ninguna de ellas entrevino en su sagrada Pasión que Él no la quisiese, no queriendo el pecado de los que las hacían, mas sirviéndose de la malicia para nuestro remedio. De manera, que el que quiso por

nosotros ser preso como malhechor y escupido como blasfemo, y escarnecido de Herodes como loco, y coronado de espinas como rey fingido; y infamado como engañador, y acusado como alborotador del pueblo, fué sentenciado á muerte y muerte de Cruz. De modo, que aquel Señor que, como dice Isaías, tiene colgado de tres dedos el peso de la tierra, estuvo colgado de tres clavos en la Cruz: Aquel que es gloria y hermosura de los ángeles, está crucificado entre ladrones: Aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, y cuya gloria predicán los hijos de Dios, oye vituperios y blasfemias de pecadores: Aquel de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, está afeado y cubierto de llagas como un leproso: Aquel en cuyo rostro desean mirarse los ángeles, está desfigurado y escurecido con la presencia de la muerte: Aquel cuya gloria predicán los serafines en el cielo, diciendo *Santo, Santo, Santo*, blasfeman los malos en la tierra, diciendo *crucificalo, crucificalo, muera, muera*: Aquel ante cuya presencia, como dice Isaías, todas las gentes son como si no fuesen, es comparado con Barrabás y tenido en ménos que él: Aquel que es rio de todos los deleites del Paraiso, es xaropado (1) con hiel y vinagre: Aquel que viste los campos de hermosura, está en el árbol de la santa cruz

(1) Refrigerado.

desabrigado y desnudo: Aquel que es piélagos de todos los tesoros y riquezas, no tiene sobre qué reclinar su cabeza en aquel madero: Aquel ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo, está escarnecido de los soldados, los cuales, hincándose de rodillas, escupian en su divino rostro y le daban bofetadas. Pues ¿qué fué esto, sino una de las más crueles representaciones y farsas que toda la malicia humana pudiera inventar?

Del mismo Autor

AL MISMO ASUNTO (1)

La sexta palabra fué cuando, estando yá el Salvador para espirar, dijo: «Acabado es.» Levantaría entónces sus honestísimos ojos la Virgen, á ver si con esta palabra se acababa la vida de su Hijo. ¿Cuál de estas cosas deseais, Virgen? ¿Deseais, por ventura, que se acaben sus dolores? Si se acaban sus dolores, tambien se ha de acabar su vida. ¿Pues deseais que se acabe la vida? No es de madre tal deseo. ¿Pues qué deseais? Nueva manera de dolor es esta, pues no sabeis qué desear.

Pues ¿qué sentiria el corazon de la Virgen cuando levantase sus ojos á mirar la cara del Hi-

(1) *Memorial de la Vida Cristiana*: Madrid, 1649.

jo y en la amarillez y mudanza della conociese la presencia de la muerte, que ya se acercaba? ¿Qué sentiria cuando viese perderse la color del rostro, cubrirse los labios de lívidas tintas, aflarse las narices, escurecerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza y levantarse el sagrado pecho? ¿Conoceis vos, Señora mia, esta figura? ¿Conoceis cuya es esa tan enronquecida voz? ¿Cómo se ha escurecido el Rubí en que se miraban vuestros ojos? ¿Cómo se ha marchitado la Flor de la mañana? ¿Cómo es eclipsado el Sol de mediodía? ¡Oh castísimos ojos, guardados para verdugos de este día! ¿Adónde miraréis que no sea con intolerable dolor? Si mirais á lo alto, veis las insignias y los mensajeros de la muerte en la cara del Hijo. Si mirais á lo bajo, veis la tierra toda arroyada y encharcada de su sangre. Pues ¿adónde, Virgen, miraréis, cuando el cielo y la tierra parecen que han hoy conjurado contra Vos? ¿Cómo pueden estos piadosísimos ojos ver los hilos de la sangre viva correr junto á vuestros pies, y no morir?

Mas ahora descansará ya el ánima santísima de vuestro Hijo. Oid la postrera de sus palabras, que dice: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Y diciendo esto, inclinada la cabeza, dió el espíritu. ¡Oh dulce dejo, oh dulce muerte, oh dulce sangre, oh dulces llagas, oh dulce madero, oh dulce peso, oh inestimable caridad, que por llevar los

miserables desterrados al cielo mueres Tú, Señor de los cielos, en un madero!

Del maestro Juan de Avila, Predicador de Andalucía

EL SALVADOR Á LOS REDIMIDOS (1)

Yo, Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si á mí quisiédes servir, porque fuistes con grande precio comprados. Yo, Aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros á innumerables tormentos de cuerpo y mayores de ánima, para que vosotros os esforceis á pasar algunos por mí, y tengais esperanzas de ser librados, pues teneis en mí tal librador. Yo, vuestro Padre, por ser Dios, y vuestro primogénito Hermano, por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate. ¿Qué temeis deudas? Si vosotros con la penitencia y confesion pedís suelta de ellas, Yo, vuestra reconciliacion. ¿Qué temeis iras? Yo, el lazo de vuestra amistad. ¿Qué temeis enojo de Dios? Yo, vuestro defendedor. ¿Qué temeis contrarios?

(1) *Epistolario Espiritual*: Madrid, 1588.

Yo, vuestro amigo. ¿Qué teméis que os falte cuanto Yo tengo? Si vosotros no os apartáis de mí, vuestro es mi cuerpo y mi sangre. ¿Qué teméis hambre? Vuestro mi corazón. ¿Qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad. ¿Qué teméis miseria? Por accesorios son vuestros mis ángeles, para defenderos: vuestros mis santos, para rogar por vosotros: vuestra mi Madre bendita, para seros Madre cuidadosa y piadosa: vuestra la tierra, para que en ella me sirvais: vuestro el cielo, para que á él vengais: vuestros los demonios é infiernos, porque los hollaréis como á esclavos y cárcel. Vuestra la vida, por que con ella ganais la que nunca se acaba: vuestros los buenos placeres, porque á mí los referís: vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufrís: vuestras las tentaciones, porque son méritos y causa de vuestra eterna corona: vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida.

De Frey Lope Félix de Vega Carpio

EL ALMA PIADOSA AL REDENTOR (1)

Mirad, dulcísimo Padre,

(1) Traducción de los *Soliloquios amorosos de un alma á Dios*, escritos en lengua latina por el M. R. P. Gabriel Padecoepo: Madrid, 1756.— Soliloquio 2.º

Que está vuestra Madre aquí,
Y que dice que por mí
Fué vuestra Divina Madre.

Entre Vos y Ella, mi Dios,
Amor me manda poner;
Que no me puedo perder
Entre vuestra Madre y Vos.

Ahora, cuidadoso Pastor, que sé que me habéis buscado, me atrevo á pedirlos con mil suspiros y ánsias que me pongais en vuestros hombros, reduciéndome á los apriscos de vuestra Iglesia y á la comunión y junta de vuestros santos. Pienso que no será la carga nueva para vuestros hombros, amoroso Jesus mio, pues me conocen desde que mis pecados fueron su cruz. Mirad, Padre piadosísimo, que viene conmigo el mejor Padrino que yo he podido hallar en el cielo ni en la tierra, la Puerta del cielo, la Tesorera de vuestras riquezas, la Limosnera mayor de vuestras misericordias, la Enemiga de la antigua sierpe, cuyo pié poderosísimo estampó en lo más duro de su cabeza su blanca planta; la Estrella de Jacob, la vara de Israel, que rompió las cervices de los capitanes de Moab; aquella Reyna que, con el vestido de oro, cercado de variedad, asiste á vuestra presencia; aquella Ciudad de Dios, de quien tan gloriosas cosas fueron dichas, desde que los hombres tuvieron lengua, porque habia de ser ben-

dita en todas las naciones; el Arca de vuestra santificación, la hermosa y cándida Paloma á cuya venida cesó el invierno; la blanca y colorada Aurora, que se levanta con tanta hermosura de la vecina presencia del Sol; aquella Nube leve donde Vos entraste, cuando, temblando el corazón de Egipto, cayeron sus simulacros por la tierra; aquella Vara de cuyas flores de almendro tuvimos en Vos, bien mio, tan sabroso fruto; aquella perpétua Vírgen que en medio de la claridad de tanto fuego, fué verde Zarza; aquella á quien fué dada la gloria del Líbano y la hermosura del Carmelo: aquella Madre de amor hermoso, de temor prudente y de esperanza santa, que por mí fué Madre vuestra. La Vírgen, pues, dulce Jesus, viene conmigo á pedirnos que me admitais, para cuyo efecto me pongo entre Vos y Ella, donde es imposible perderme; pues por ninguna parte puede entrarme enemigo ni darme asalto. Vuestra Madre es Torre de David, Vos Leon vencedor, que sosiega las lágrimas de los que temen. Ella es Huerta cerrada, como la oriental del Tabernáculo, y Vos el que se ha de sentar sobre aquel imperio, multiplicado en el sόlio de David, que ha de durar para siempre: Ella el Monte de donde saliό la piedra sin manos, y Vos, Cristo mio, la misma Piedra: Ella el Trono de Salomon, de marfil y oro, cercado de leones, y Vos el que tiene en

su vestido escrito: *Yo soy Rey de los reyes y Señor de los señores*: Ella la Ciudad fuerte, y Vos el que la vela y guarda; pues sin Vos, en vano, Jesus mio, la guarda el hombre: Ella la Fuente sellada, para que en este cerco no me falte agua, y Vos la que vió Ezequiel, y el que llamis á los que tienen sed, con tanta voluntad de hartarlos, que aún despues de muerto, la distes de vuestro costado, que fué la última fuente que hicieron en Vos.

**Del Maestro Fr. Agustin Nuñez Delgadillo,
Carmelita**

Á LA SANTA CRUZ (1)

¡Oh árbol santo de la Cruz, de quien tantas grandezas estaban profetizadas, de quien, en su modo, se originó nuestra salud; árbol que alcanzaste á tocar al mismo Cristo y llevar por fruto al mismo Dios, habiendo sido regado con su divina sangre y honrado con la Santísima Pasion del Verbo! Tú fuiste compañero del Hijo de Dios cuando, puesto en tí, mereció que se abriesen las puertas del infierno y saliesen las almas de los santos padres que allí estaban esperando libertad; y que el cielo, hasta entónces cerrado á los hombres, que-

(1) *De la Victoria de los justos*: Granada, 1618.

dase patente. Á los enemigos causas pavor, el mundo te adora, y por tí se convirtió á la verdadera fé la real casa de Elena. Por tí la gran Roma, que en otro tiempo habia sido madre comun de los errores y de la idolatría, vino á ser metrópoli de la Iglesia.

Del Maestro Fr. Pedro de Medina, de la Órden de la Merced Calzada, natural de Sevilla

ALABANZAS DE LA CRUZ, VERSION DE ALGUNOS
SANTOS PADRES (1)

¡Oh admirable potencia de la Cruz! ¡Oh inefable gloria de la Pasion, en la cual está el Tribunal del Señor y el juicio del mundo! Por ella el Órden de los Levitas es ya más noble, y la dignidad de los Prelados más principal, y la uncion de los Sacerdotes más sagrada. Porque tu Cruz ¡oh Señor! es la fuente de todas las bendiciones, es la causa de todas las gracias, por la cual se les trueca á los creyentes la flaqueza en fuerza, el oprobio en gloria y la muerte en vida.

¿Quién ¡oh Cruz santa! puede explicarte toda, ó dignamente alabarte? Tú eres la piadosa reve-

(1) *Victoria y excelencias de la esclarecida Cruz de Jesucristo N. S.:* Sevilla, 1604.

ladora de los secretos celestiales, sagrada conservadora de los misterios de Dios, idónea depositaria de los Sacramentos de Cristo. En tí ven los ángeles sus gozos juntos, en tí conocen los hombres los derechos de su salud, en tí los infiernos reciben la justa paga de su traicion. Tú renuevas las cosas pasadas, ilustras las presentes, pronosticas las futuras. Cualquiera cosa que se puede dignamente pensar ó decir de la Redencion del mundo, se acomoda á tus alabanzas, que son las de Cristo Rey en tí crucificado.

La Cruz es la perfeccion de todas las cosas que nos aprovechan para nuestra salud. Ella convirtió la redondez del mundo y lo sanó; desterró el espanto, alzó á la verdad del destierro, hizo de la tierra cielo y convirtió los hombres en ángeles. Ella trocó los demonios, de espantables que eran para los hombres, en impotentes para su dominio. Con la Cruz la muerte perdió su brio y se convirtió en sueño; con ella todo lo que nos era contrario ya está por nosotros hollado. Nosotros, como cristianos, apartémonos de los gentiles y judíos y coronemos nuestras portadas con la preciosa y vivífica Cruz, diciendo con el apóstol San Pablo: «Guárdeme Dios que yo me glorie en otra cosa, sino es en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, porque ella es la vencedora de la muerte, la esperanza de los fieles, la luz del

mundo, la que nos abrió el Paraiso, la destructora de las heregías, el sustento de los monjes, firmeza de la fe, grande y saludable guarda, y gloria perpétua de los cristianos.

Del Maestro Fr. Luis de Granada

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO (1)

En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se halla algo que hayamos hecho nosotros, porque siempre hay en ellos algo de pena, y la pena nació de nuestra culpa, y por esto hay algo de nos. Mas este dia no es de trabajo, ni de pena, sino destierro de toda pena y cumplimiento de toda gloria, y así todo él es puramente de Dios. Pues en tal dia como este ¿quién no se alegrará? En este dia se alegró toda la humanidad de Cristo, y se alegró la Madre de Cristo, y se alegraron los discipulos de Cristo, y se alegró el cielo y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte de esta alegría. Más claro se ha mostrado el sol este dia que todos los otros, porque razon era que sirviese al Señor con su luz en el dia de sus alegrías, así como le sirvió con sus tinieblas en el dia de su Pasion. Los cielos, que, viendo pade-

(1) *De la Oracion y Meditacion*: Valladolid, 1615.

cer al Señor, se habian escurecido, por no ver á su Criador desnudo, esos agora parece que con singular claridad resplandecen, viendo cómo sale vencedor del sepulcro. Alégrese, pues, el cielo, y tú, tierra, toma parte de esta alegría, porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbrá en el cielo.

Del Maestro Fr. Pedro de Valderrama

Á LA ASCENSION DE CRISTO (1)

¿Quién podrá contar los arcos triunfales, los aderezos de esos aires y calles de los elementos y cielos por donde pasó? Estaban aquel día los aires perfumados de olor suavísimo, de la fragancia que habian robado á las flores; el sol bordaba las nubes, ellas echaban de sí cometas y relámpagos clarísimos. Apartábanse y hacian carrera los elementos á su Dios. Mas Él, no parando en ninguno de ellos, ni en alguno de los cielos celebrados por los poetas, no en el etéreo, ni en el aéreo, ni en el Olimpo, más arriba se sube, y aún no le contenta el cerco de la Luna, ni la esfera de Mercurio, ni el globo del sol, ni el fuego de Júpiter, ni el car-

(1) *Ejercicios espirituales para todas las festividades de los Santos*: Madrid, 1610.

ro de Vénus, ni Saturno; ni se paga del primer móvil el que ya no viene sujeto á tiempo ni movimiento. Aquellos raudales de luz son oscuros ante su faz divina. Al firmamento entra por ese cielo empíreo: no pára entre ángeles ni arcángeles, hasta la silla de la Santísima Trinidad, porque allí se sentó glorioso y triunfante de la muerte y del averno.

Del Licenciado Pedro Hernandez

SOBRE EL VII ARTÍCULO DE LA HUMANIDAD

DE N. S. JESUCRISTO (1)

Resta declarar el último artículo de los que nos obliga á creer nuestra cristiana fe, en el cual se contiene y se nos representa aquel temeroso final y universal juicio, que en fin de este siglo será celebrado por aquel universal Señor á quien obedecen todas las cosas, y á cuyo imperio están sujetas todas las criaturas: Aquel que sabe y le es presente todo lo pasado y porvenir: Aquel á quien todas las cosas son tan claras, y los secretos de los corazones son manifiestos: Aquel á cuyo imperio se mueven los cielos, y se sostiene la tierra, y tiembla el infierno: Aquel á quien adoran y reverencian los serafines, querubines, principados,

(1) En la obra citada.

tres jerarquías y nueve coros de criaturas celestiales: Aquel á quien honran y temen los hombres de la tierra: Aquel ante quien tiemblan los demonios del infierno: Aquel que mueve los cielos, truena en las nubes, sostiene la tierra, da claridad al dia y escurece la noche, crió los planetas, ordenó los meses, midió el año y es Señor del tiempo: Aquel que cuenta las estrellas, las gotas de la lluvia, las arenas del mar, los dias del siglo: Aquel por cuya virtud da lumbre el sol, y claridad la luna, y resplandor las estrellas, influyen los planetas, permanecen los elementos: Aquel por cuya fuerza se causaban las generaciones, crecen las plantas, fructifican los árboles, reverdecen las yerbas, y se aumentan los ganados, y se conservan las especies de todos los animales: aquel Juez de los vivos y de los muertos, Jesucristo, Hijo de Dios: aquel Juez tan justo, que no conoce injusticia, juzgará los ángeles, juzgará y sentenciará los hombres, juzgará y sentenciará y condenará los demonios. Y en aquel tan terrible dia del fin de este siglo, aquella Majestad divina, Jesucristo, Hijo de Dios, bajará en una resplandeciente y tronante nube, rodeado de aquellos tan claros y resplandecientes ciudadanos del cielo, querubines, serafines, potestades, dominaciones, tronos, principados, virtudes, arcángeles y ángeles, y todos los bienaventurados que del linaje

de Adán, del principio del mundo hasta aquel punto, allá están y estarán. Bajará en tanto poder y majestad, que las criaturas celestiales se maravillarán, los hombres se turbarán y los demonios temerán, los cielos se abrirán, los elementos se partirán, la tierra temblará y el infierno se rasgará. Y en esta no tan pensada bajada, sonará aquel ángel aquella trompeta judicial y dará una voz que se oya en todo el cielo y se entienda en todos los habitados é inhabitados lugares de la tierra, y no ménos resonará y se oirá en todo el infierno: voz terrible, voz grande, voz espantable, voz temerosa, voz que dirá: «¡Levantáos, muertos, venid á juicio!»

**Del Dr. Lúcas de Soria, Canónigo de la
Santa Iglesia de Sevilla**

SOBRE EL MISMO ASUNTO (1)

Á la manera del relámpago que sale del Oriente, se ve en el Occidente, así ha de ser la segunda venida del Hijo del Hombre. Despues de las tribulaciones de aquellos días, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y caerán las estrellas del firmamento. Las excelsas Virtudes se conmovrán,

(1) *De la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo: Sevilla, 1635.*

y entónces aparecerá en los aires el Estandarte de la Cruz. Se aterrarán los pueblos, y verán venir al Salvador en radiantes nubes con grande poder, y majestad y gloria. Enviará sus ángeles con sonoras trompetas é insólito clamor, para que recojan á sus escogidos de las regiones de los cuatro vientos, desde los primeros hasta los últimos polos de los cielos. Éstos y la tierra podrán faltar, pero nunca las palabras que tales cosas anuncian. Atended á lo que os importa. No se vicien vuestros corazones con los cuidados de esta vida, y procurad no os sobrevenga de repente aquel dia, que será como lazo que ha de tenderse á todos los que estuviesen sobre la haz de la tierra. Velad en todo tiempo, rogando que sepais libraros de las celestes iras, y que seais por vuestra limpieza dignos de aparecer ante el tribunal augusto del Supremo Juez.

De Fr. Francisco Ortiz, Franciscano

SOLILOQUIO

QUE ENTRE EL ÁNIMA Y DIOS CONVIENE HACERSE
DESPUES DE LA SAGRADA COMUNION (1)

Á TÍ, Señor, vengo, como el muy pobre al muy rico, para manifestarte mis necesidades; como

(1) *Epistolas familiares*: Alcalá de Henares, 1554.

muy llagado y enfermo al médico, para descubrirte mis dolores; como reo delante del juez, para pedir plazo y favor de gracia y misericordia ante el trono de tu clemencia. Tiempo es conveniente para alcanzarlos sin perjudicar á tu justicia, y sé ¡oh mi única esperanza! que siendo juez de espantosa majestad te hiciste nuestro abogado con inmensa misericordia, y que por muy perdido que esté mi pleito en mis manos estará ganado en las tuyas, que con esta intencion se horadaron de alcanzar perdón á los culpados, y gracia y gloria á los indignos; y que si Tú por mí quisieres responder, saldré vencedor contra cualquier poderío que pelee ó litigue contra mí. Á Tí recurro ¡oh refugio y amparo mio! como siervo á señor, para pedirte por racion cuotidiana favor para conocer y obedecer tus santos Mandamientos, ca de este manjar estoy hambriento y sin él no puedo vivir contigo. Vuélvome á Tí como el hijo pródigo á la casa de su padre; como la esposa, que aunque ha sido desleal y seguido á muchos amadores, confiando en tu palabra, con que la llamaste y prometiste recibirla, se torna á Tí, verdadero Esposo de las ánimas. No me arrojes, Señor, de tu presencia, ni apartes de mí tu Espíritu Santo; no dejes vacía de tu bendicion esta pobrecilla casa en que has entrado. Donde quiera que Tú entraste, Señor, dejaste enriquecidos á los que con amor te recibieron, y

consagrados los lugares que pisaste; no cese agora en mí la largueza de tu magnificencia. Entraste primero en el vientre de tu Sacratísima Madre y la diste el primado sobre toda pura criatura, con privilegios singulares y prerogativas más adorables que imitables. Entraste, aunque secreto, en casa de Zacharías, y santificaste á tu dichoso Adelantado San Juan y henchiste de espíritu santo á su madre y á su padre. Entraste en el pobre portal de Belem, y tornástele de establo en paraíso. Te reclinaste en el pesebre de los brutos, y dejástele consagrado en altar y real mesa, con cuya sola vista puedan tomar para siempre los ángeles y los hombres refeccion de celestial alegría y consuelo. Entraste en el templo de Jerusalem, y por esta causa de ser honrado con tu presencia fué muchos años ántes pregonada por mayor su gloria que la del otro templo primero, aunque con muy mayor riqueza y suntuosidad le habia edificado Salomon. Entraste en la tierra de Egipto, y á tu vista cayeron los ídolos de ella, y quedó en sus desiertos bendicion tuya para que fuesen poblados de gran muchedumbre de monjes, que con tan maravillosa rigidez y pureza te sirvieron, que espantan hoy dia sus ejemplos al mundo. Entraste en el rio Jordan y santificaste las aguas para nuestra regeneracion. Todos los lugares que pisabas ensalzaste tanto, que los ponemos

sobre nuestras cabezas y besamos con nuestros ojos, adorando en el lugar donde sabemos que estuvieron tus pies. Entraste convidado á las bodas en Caná de Galilea, y mudaste el agua en vino, proveyendo su falta. Entraste en la casa de San Pedro, y sanaste de calenturas á su suegra. Entraste en casa de San Mateo al convite que te hizo en su conversion, y atrajiste con tu virtud allí muchos publicanos y pecadores que Tú llamaste y sanaste como Médico de vida. Entraste en la casa del fariseo, y justificaste á la mujer pecadora y humillaste con su ejemplo la soberbia del que, habiéndote recibido, fué muy negligente en te servir. Entraste en la casa de Jairo, y resucitaste á su hija. Entraste en la casa de Marta, y dejástela por espejo de la cristiandad, poniéndola á ella, con su hermana María y Lázaro, por ejemplo de todos los estados de tu Iglesia, y dándoles luz de doctrina con que hoy dia nos alumbramos. Entraste en la casa de Zacheo, y aquel dia pusiste en concierto y en estado de salvacion toda su casa. ¡Oh misericordiosísimo Jesus! que cuando entraste á comer en casa del príncipe de los fariseos, donde estabas cercado de tus enemigos, que te acechaban, no cesaron tus beneficios; que allí sanaste al que estaba hidrópico en el cuerpo y diste medicina eficacísima para sanar á todos los que con soberbia estaban hinchados en sus almas,

predicando allí doctrina de humildad verdadera. Entraste á cenar en casa de Simon el leproso, en Bethania, y no solamente defendiste á María Magdalena de las murmuraciones de Júdas, mas prometístele memoria inmortal, hinchendo la casa del olor de la buena fama de su santa obra, como ella habia henchido la casa donde cenabas del olor del unguento que sobre Ti derramó. Por donde quiera que pasabas dejaste rastros de tu infinita misericordia, haciendo mercedes y sanando á todos los endemoniados. No solamente bendecias y sanabas á los que tocabas con tus manos preciosas, mas todos los enfermos que tocaron la orilla de tu ropa fueron luégo sanos. Entraste al fin de tu vida en el cenáculo y ordenaste allí provision de que tu Iglesia se mantuviese hasta la fin del mundo. Y no contento con dejarnos relieve ó parte de tu gran Cena, todo entero te nos dejaste en Manjar, con tan gran potencia y sabiduría y bondad y amor, que ni los de la tierra ni los del cielo bastan á saberse espantar tanto cuanto tus obras maravillosas son dignas de admiracion, y mucho ménos bastan á lo comprender. ¿Para qué diré más ¡oh Jesus dulcísimo! fuente de piedad inestimable? Tus tormentos, con tocarte, quedaron llenos de sacramentos; y hiciste adorables los azotes y espinas y cruz y clavos y lanza con que fuiste, mi Dios, lastimado y injuriado. Entró tu

Cuerpo en el sepulcro y hicístele glorioso y dignísimo de perpétua reverencia. Entró tu *Ánima* santísima en el infierno y tornástele por tres dias paraíso para tus escogidos, que allí beatificaste y de allí sacaste. Tornaste á entrar en la tierra, ya resucitado, y resucitástela con avivar la fe de tus discípulos, que habia perecido; y á quedar en ellos perdida, se perdiera el mundo que ellos habian de convertir. Entraste, finalmente, en los cielos, de donde habias primero descendido, y poblaste las sillas que estaban vacías con el nuevo despojo que traías de los infiernos; y henchiste á tus ángeles de nueva gloria, acrecentando en manera inestimable, con la presencia de tu humanidad, los deleites de todos sus santos. Estas mercedes ¡oh dulce amor de mi alma! he hallado en vuestro Evangelio que hacíades con vuestra presencia, y así enriquecíades las casas y lugares donde entrábades. Pues ¿por ventura olvidaréis os agora de vuestra acostumbrada clemencia, ó quereis contener en ira vuestras misericordias? ¿Ó tengo yo solo de quedar vacío de vuestros dones, y ha de haber en mí excepcion de la regla ordinaria que siempre mostraste? No plegue á Vos, mi Señor, consentir que tanto prevalezcan mis pecados contra mí, sino que venza en mí vuestra piedad y santifiques mi alma y derroques todos los ídolos que en ella halláredes. Sanad, mi gloria, todas sus llagas; per-

donad mis pecados, remediad todos mis males y henchidme de vuestros bienes. Mirad, suavísimo Señor, que me habeis convidado y llamado con aquella voz en que dijistes: «Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, y yo os refeccionaré.» No me dejes, mi Dios, vacío; que poco me aprovecharia, y aún mucho me dañaria haber recibido sacramentalmente vuestro precioso Cuerpo, si no participase de vuestro santo espíritu mi alma.

**Del P. Pedro de Ribadeneyra,
de la Compañía de Jesus**

DE LA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA (1)

¿Quién podrá con lengua no humana, sino de ángeles, explicar las excelencias y maravillas de nuestra santa Religion? ¿Quién declarará el tesoro riquísimo de la sagrada Escritura, que, como una mesa real, está proveida de todos los manjares para pasto y sustento de todas las ánimas santas, y para todos los ingenios y entendimientos, por elevados que sean? ¿Quién la doctrina tan pura y sincera, sin ninguna mezcla de error? ¿Quién el favor grande con que brinda á la virtud, y el dis-

(1) *Tratado de la Religion y virtudes que debe tener el Príncipe cristiano para gobernar y conservar sus Estados: Madrid, 1601.*

favor y castigo con que amenaza á los vicios? ¿Quién la felicidad que promete y da; pues no solamente hace buenos á los hombres, sino tambien bienaventurados, cumpliéndoles el deseo natural que tenemos todos del Sumo Bien y último fin? ¿Quién la pureza de vida que causa en los que la profesan? ¿Quién las mudanzas que hace en los corazones; pues torna los lobos en ovejas, los leones en corderos, las serpientes en palomas, y los árboles silvestres y estériles en árboles hermosos cargados de frutos de vida eterna? ¿Quién podrá contar la infinidad que ha habido y hay en la Iglesia Católica de tantos que, en todo linaje de virtudes, han resplandecido y resplandecen en el mundo más que las estrellas del firmamento? ¿Qué de los niños tiernos vestidos de puridad é inocencia? ¿Qué de doncellas, más limpias que el sol, adornadas con el lauro de su virginidad? ¿Qué de matronas tan continentes, que merecieron ser dechados de toda virtud y honestidad? ¿Qué de monjes, anacoretas, sacerdotes, levitas, que, siendo hombres en la naturaleza, fueron más que hombres por la gracia, y estando en la tierra con el cuerpo, fueron con el espíritu moradores del cielo? ¿Qué de los sagrados Doctores que en todas las provincias y regiones, del mundo han ilustrado la santa Iglesia Católica, de los que Tulio ó Demóstenes dignamente podrian hablar? ¿Ó qué rio de

elocuencia no se agotará en contar el número sin número de ellos, la sabiduría no humana, sino celestial, la profundidad y agudeza de ingenio, la madurez y gravedad de juicio, la excelencia y alteza de sentencias, la copia y elegancia de palabras, el orden y disposición de lo que tratan, la fuerza y evidencia de los argumentos que usan, agora sea impugnando á los enemigos de la Iglesia, agora respondiendo y defendiendo á la verdad? ¿Y, sobre todo, aquel espíritu humilde, suave, amoroso, y celoso y verdaderamente divino, con que todo lo que escriben está empapado? De manera, que así como la claridad del sol se conoce por los rayos de la luz que echa de sí, así la sabiduría incomprensible de Dios resplandece, y se echa de ver en lo que tantos y tan grandes y tan sabios Doctores, alumbrados por Él, nos enseñaron. Y todo ha sido menester para cultivar nuestros entendimientos, por una parte rudos y por sí inhábiles, y por otra confiados y atrevidos; para derribar la vana presuncion y altivez de los filósofos; para convencer la maliciosa ignorancia y deplorable rebeldía de los herejes; para declarar la majestad soberana de los misterios de la Religion cristiana y navegar seguramente por el piélago profundísimo y altísimo de la Sagrada Escritura. De los fortísimos y valerosísimos mártires, mejor es callar, y, con un casto y debido si-

lencio, honrarlos, que quererlos alabar con nuestra lengua muda; pues la de los ángeles apenas podrá contar los ejércitos sin número de ellos, la variedad de los tormentos, la atrocidad de las penas, la crueldad y linaje de muertes que sufrieron, y el esfuerzo y alegría con que padecieron.

De Fr. Pedro Manero, Obispo de Tarazona

QUE LOS CRISTIANOS NO DAÑAN Á NINGUNO
AUNQUE PUEDAN TOMAR VENGANZA (1)

Los que deben amar los enemigos ¿á quién pueden aborrecer? Los que no se pueden desagraviar (que sería igualarse con la venganza á la injuria) á quién pueden ofender?

De esta benignidad tan desusada en la naturaleza, á vosotros, que como jueces ejecutais vuestras vejaciones, os alego por testigos. ¡Cuántas veces sois con nosotros crueles, parte por recreo de vuestra inclinacion feroz, parte con pretexto del cumplimiento de las leyes! ¡Cuántas veces el vulgo alborotado, sin orden vuestra, nos ha invadido por su motivo con piedras y con fuego! ¡Cuántas en las fiestas ó furias bacanales nos aco-

(1) *Apología de Quinto Septimio Florente Tertuliano, presbítero de Cartago, contra los gentiles, en defensa de los cristianos: Madrid, 1657.*

metió el vulgo con tanta ferocidad, que, no perdonando ni á los cristianos muertos, impiamente los ultrajan; y estando yá cadáveres arraigados en la tierra, los arrancan, los despedazan, los arrastran, sacándolos del descanso de la sepultura, del asilo de la muerte! Con tan inhumanos tratamientos, decid si se descompuso jamas en algun cristiano la paciencia. Decid si conspiró á la venganza alguno. Decid si condenásteis á nadie (de estos animados á morir) por venganzas intentadas del agravio. Y no se piense que el no desagraviarnos es por falta de armas ó valor, que si nos faltáran fuerzas, no faltarian unas rajuelas de tea para tomar larga venganza en una noche, abrasando la ciudad, cuando fuera lícito al cristiano pagar un agravio con otro. Pero vaya léjos de nosotros tal error que la Religion divina se venga con fuego humano, y que el cristiano resista al tormento que lo prueba.

Si quisiéramos vengarnos, no como ocultos, sino como declarados enemigos, ¿faltaríannos, por ventura, fuerzas de numerosos soldados y de ejércitos? ¿Son más los Mauros, los Marcomanos, los Parthos que debeló Severo, que los cristianos de todo el mundo? Estos bárbaros, numerosos son, pero están encerrados en los límites de un reino: los cristianos habitan provincias sin fronteras. Ayer nacimos, y hoy llenamos el imperio, las ciu-

dades, las islas, los castillos, las villas, las aldeas, los reales, las tribus, las decurias, el palacio, el Senado, el Consistorio. Solamente dejamos vacíos los templos para vosotros. Pues ¿para qué lance de batalla no serian idóneos soldados los cristianos (áun con desiguales ejércitos), estando tan ejercitados en los combates de los tormentos, en que se dejan despedazar gustosamente, si en la disciplina de la milicia cristiana no fuera más lícito perder la vida que quitarla? También podíamos sin armas pelear contra vosotros con la resolución solamente del divorcio. Porque si tan lucida muchedumbre de cristianos, alejados de vuestra compañía se resolviesen á vivir juntos en algun seno del mundo, quedaria el imperio avergonzado con la pérdida de tan ilustres ciudadanos, y castigado con el desamparo de los buenos.

Del mismo

DE LA VICTORIA DE LOS CRISTIANOS

EN LOS TORMENTOS (1)

Perseverad en la persecucion, presidentes buenos, que seréis mejores en los aplausos del pueblo, haciéndoles esta fiesta de sacrificar cristianos.

(1) De la obra citada.

Fatigadnos, atormentadnos, condenadnos, desmenuzadnos, que vuestra maldad es la prueba de nuestra inocencia y enseñanza. Por eso sufre Dios que suframos, para que lo probemos. Porque cuando en estos dias condenásteis á aquella señora cristiana (1) á que fuese entregada, no al leon, sino al rufian, ya confesásteis en este hecho que, entre nosotros, la mancha de la pureza es más atroz que toda pena y toda muerte. No medra vuestra crueldad por engendrar tormentos exquisitos; que para vosotros la mayor pena es caricia más sabrosa, para morir mas gustosos. Segando nos sembráis; más somos cuanto derramais más sangre, que la sangre de los cristianos es semilla. Muchos hay entre vosotros que exhortan á la tolerancia del dolor y de la muerte: Ciceron en *Las Tusculanas*, Séneca en *Los Fortuitos*, Diógenes, Pyrrhon y Calinio; mas no han hallado tantos discípulos estas palabras, como han enseñado los cristianos con sus obras. Aquella misma animosa fortaleza y constante teson que zaherís es la nuestra. ¿Á quién, pues, contemplando esta firmeza, no le sacude en el pecho el corazon y le impele á investigar qué secreto puede haber dentro de esta constancia? ¿Quién, si allí le buscó, no le halló? ¿Quién, cuando llegó, no le halló? ¿Quién, si llegó,

(1) Santa Inés.

no desea padecer para redimir en el martirio toda la gracia de Dios, para sacar enteramente el despacho del perdon con la recompensa de su sangre; que todos los pecados con el martirio se perdonan? Por esta causa, en el mismo tribunal os damos las gracias por la sentencia de muerte que recibimos, en donde la crueldad humana y la piedad divina con emulacion se compiten. El Juez, con todo el conato de su ira, nos condena; y Dios, con toda su misericordia, nos absuelve.

Del Padre Fr. Francisco de Osuna

DE LA GRACIA (1)

Son nuestras obras meritorias de gloria, no por sí mismas, sino por la gracia con que están señaladas. De donde, así como el dinero de bajo metal no valdria la cosa que dan por él sino por el cuño que tiene, así nuestras obras principalmente valen por el cuño de la gracia y no por sí mismas, porque son de muy bajo metal. Y aunque esta gracia sea una y la mesma con la caridad, segun los que mejor sienten, empero, por los muchos efectos que obra en nuestra ánima, se compara en la Escritura á muchas cosas. Se llama es-

(1) En la obra citada.

píritu nuevo, porque renueva el corazón del hombre; y fuego, porque gasta los pecados; y unción, que sana las llagas espirituales; y luz, que da claridad en el entendimiento; y virtud, que conforta nuestra flaqueza; y fuente, que mata la sed de nuestra alma; y hacha encendida, que nos inflama en el amor de Dios. Llámase paz, que aplaca y pone tranquilidad entre la sensualidad y la razón; y rayo muy claro, que infunde el Sol de justicia en las tierras. Llámase también la gracia, que nos hace agradables á Dios, pan de cada día, porque siempre la hemos menester; llámase trigo, porque da seguridad de la hambre que está por venir; llámase río, que sale del lugar del deleite, porque sale de Dios para deleitar nuestras almas; llámase nube que nos antecede, por la templanza que nos causa; y porque nos es guía, se llama columna de fuego que alumbra nuestra noche. Llámase diamante, por atraernos á Dios y á las cosas celestiales; y es agua limpia, por la mundicia que causa en nosotros. Llámase mano de Dios, porque con su gracia nos levanta, cuando caemos, como con la mano. Es una simiente espiritual, que secretamente se arraiga en el alma y Dios le da crecimiento: es vino, porque alegra el corazón del hombre y lo hace olvidarse de sus fatigas. Llámase lluvia, porque penetra en la tierra de nuestro corazón para que dé fruto abundoso de buenas obras. Llámase

mase vida del justo, porque así como el alma da vida al cuerpo, así la gracia da vida al alma. Es anillo con que se desposa el ánima con Dios, y pannel en que viene á nos la dulcedumbre divina, y estola primera con que se adorna el hijo que se torna á su padre, y vestidura rica con la cual vestidos nos admiten á las bodas del Cordero, y sin ella nos desechan. Es calzado de la hija del príncipe que es nuestra alma, con que los pies de sus deseos se guardan limpios del polvo de las cosas terrenas para subir mejor á las celestiales. Llámase rocío celestial, que si entra en el alma, que como concha debe abrir para darle entrada, estando en la orilla del mar de este mundo, engendrará dentro en ella piedras preciosas de mucha virtud, como lo hace el rocío. Es flor que hermosea el alma donde está, y muestra que por ella se ha de seguir el fruto de la gloria celestial. Es llave del cielo, la que hemos de llevar si queremos entrar dentro. Es nave en que pasamos seguros el mar de este mundo, y nos lleva al puerto de la salud. Llámase tambien la gracia, que nos hace gratos á Dios, óleo porque descende de Cristo, Nuestro Redentor, de cuya plenitud la recibimos todos, el cual se llama Oliva fructífera en la casa de Dios, que es la Iglesia.

**Del P. Juan de Pineda, de la Compañía
de Jesus**

LOS ERRORES DE AQUEL TIEMPO NECESITABAN
DE LA FE Y CELO DEL SANTO REY
D. FERNANDO (1)

Hallábase en este tiempo España, mayormente la más gruesa y la más deleitosa parte de ella, la Andalucía, ¡gran dolor! poseida de muchos reyes alárabes. Profanada la tierra de esta banda del mar con su maldita secta, habíasenos entrado por la parte de Francia y de Tolosa el contagio de los Albigenses ó Waldenses, que llamaban *Los pobres de Leon*, cuyos errores, como bestia de muchas cabezas, tenían varios nombres; aunque sus blasfemias eran muchas más, como en quien revivian y se recopilaban todas las herejías antiguas, y habian de ser semilla y reclamo de las de nuestros tiempos. Injuriaban al Dios del cielo y á su Unigénito; á la Purísima Virgen su Madre; á los Sacramentos de la Iglesia. Negaban la virtud del Bautismo, la verdad de la Eucaristía, la resurreccion de la carne, que con más distincion refieren los escritores contra herejes. Los judíos, en-

(1) *Memorial de la excelente santidad y heroicas virtudes del Señor Rey D. Fernando, tercero de este nombre, primero de Castilla y Leon: Sevilla, 1627.*

tremetidos con los moros, no ménos dañosos y cautelosos contra el nombre cristiano, eran los siempre temosos y porfiados en no creer; ó si algunos habian creído, inconstantes y relapsos en sus ya inútiles y reprobadas ceremonias. La tierra, tiranizada de tantos enemigos, pedia al cielo socorro, afligida y enferma de tantos males; clamaba á voces por su rescate y remedio. No habia otro alguno, que un milagroso Príncipe, tan ardiente en la fe y aborrecimiento de toda supersticion, como poderoso en armas; tan celoso de la honra de Dios y animoso dilatador de su Iglesia, arriscado contra sus enemigos, como generoso, magnánimo, afable, manso y liberal con los suyos, compasivo y remediador de sus desconsuelos.

Tal el Santo Rey Fernando: y tal necesitaba la restauracion de España: y tales envió siempre Dios á su Iglesia, repitiendo dende aquella primera victoria de la misma contra la tirana gentilidad, y poco despues contra la violencia de la secta arriana, para cuya extirpacion nombró Dios al gran emperador Constantino, á quien á boca llena dan el glorioso título de Santo. Tal, pues, fué dado del cielo el Rey Fernando contra moros, judíos, herejes. No ya Jeremías, sino Dios-Hombre, príncipe de su Iglesia, le puso en la mano una más ardiente y cortadora espada que la que soñó el Macabeo, alargando su mano derecha con

no ménos favorecidas palabras: *Toma y empuña ésta, con que derribes á mis enemigos*. Así fué, que llovió el cielo un divino, general temor sobre toda la morisma de allende y de aquende, como lo suele Dios hacer cuando es suya la jornada y suyo el nombramiento y política del general, y como hizo en favor de su pueblo con aquellos sus antiguos capitanes, jueces, reyes, Josué, Sanson, Gedeon, David, Ezequias, Assa, Josafat. Así con el Santo Rey Fernando, que era único asombro de la gente enemiga de la fe.

Pintó grave y elegante este celestial temor que ocupó el corazon de los enemigos al nombre del Santo Rey, el poeta sevillano (1), en aquella su ilustre *Cancion á la traslacion de la Capilla y Cuerpos Reales*. Estancia, á este intento, digna de referirse:

«De tí temblaron todas las riberas,
Todas las ondas, cuantas juntamente
Las columnas del grande Briareo
Miran: y al tremolar de tus banderas,
Torció el Nilo medroso la corriente.
Y el monte Libio (á quien mostró Perseo
El rostro Meduseo)
Las cimas altas humilló rendido,
Con más pavor que cuando los gigantes,

(1) Fernando de Herrera.

Y el áspero Tiseo fué vencido.

Postráronse los bravos y arrogantes,
Temiendo con espanto y con flaqueza
El vigor de tu excelsa fortaleza.»

Del mismo autor

RESEÑA DE VIRTUDES Y SANTIDAD DEL REY

FERNANDO, EN SU MUERTE (1)

Bien dijo el padre Juan de Mariana en el libro XIII, al año de 1252, que el Santo Rey *en ningún tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte*, de que hablan igual y encarecidamente los historiadores, llamándola unos *santísima*, otros *devotísima*, otros *gloriosa*. En ella parece que se hizo general reseña de todas sus virtudes y merecimientos. Y se le cantó la gloria, mandando él mismo, por su devocion, con impulso divino, que le cantasen todos un *Te-Deum laudamus*, como un glorioso responso, cual él y los santos Obispos que le acompañaban solian con júbilos, en procesiones solemnes, entrar cantando á los nuevos templos consagrados á Dios y á su Santísima Madre, despues de purificadas y bendecidas las inmundas mezquitas. Con gran conformidad todas las historias representan un glorioso coro de virtudes, que

(1) En la citada obra.

en este paso de su muerte resplandecieron con más viveza en el Rey Santo: «La alegría y espiritual risa en el día último, propia de las almas santas, y de quien tiene buena cuenta,» como dice Gregorio: su contrición y penitencia, sin la cual, como dice Agustino, «ninguno, por santo que sea, debe atreverse á pasar de esta vida:» su encendida fe, reverenciadora de los santos Sacramentos y adoradora del Santísimo de todos: su humilde reverencia y observancia de todas las ceremonias de la Iglesia: su firme esperanza y devotísima confianza en la Cruz, Pasión y Sangre de Jesucristo: el profundo menosprecio de sí mismo y de toda real majestad y grandeza: la fiel administración del reino, que había recibido en confianza y depósito de mano del Supremo Señor; y, finalmente, el entero cumplimiento de todas sus obligaciones en el gobierno de familia y vasallos.

**De D. Fr. Diego de Yepes, Obispo
de Tarazona**

INFLUENCIA Y PODER

DE LA GRACIA EN SANTA TERESA DE JESUS (1)

En los arrobamientos es donde ordinariamente

(1) *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus: Zaragoza, 1606.*

el Señor manifiesta y descubre al alma los tesoros de su sabiduría y grandeza, porque entónces es llevada á la region celestial y de vida, donde reside el Rey de la majestad, y donde mora la pura verdad y luz, y donde se halla el original expreso de todo lo que tiene sér. Allí están los elementos puros, los mineros de las aguas vivas; allí los montes y atalayas de donde se descubren los caminos de la eternidad. Con la cual region, si comparamos aqueste nuestro destierro, no será más que comparar las tinieblas con la luz purísima, la turbacion y desasosiego con la paz y descanso eterno. Pues en esta nueva region entra el alma por medio de estos nuevos arrobamientos, donde ¿quién podrá decir lo que ve, si no es quien lo hubiere visto? Así en esta parte cualquiera gustará mucho de oír á la Santa Madre, que, como testigo de vista, nos dé nuevas de lo que ve y goza en esta region. Encendíase toda como una llama en amor, y levantada enteramente sobre sí misma, y no cabiendo en sí, espiraba amor y ternura por todas partes, y dulcemente repetía, deshaciéndose toda de sí y trasformada en su Esposo: *¿Qué se me da á mi, Señor, de mi, sino de Vos?* Veía en este tiempo su alma, como una nube que la ha envestido el sol con la fuerza de su claridad y rayos, que toda está llena de luz, y penetrada de ella de tal manera, que, por donde quiera que se mira,

parece un sol. Así, despues de este ayuntamiento con Cristo no solamente su virtud y su luz le parecia á ella estaban en su alma, sino tambien el mesmo espíritu de Cristo, en cierta manera, como mezclado con el suyo. Y como de un agua que del cielo cae en un rio, que luégo se mezcla con él, sin que se pueda discernir cuál es el agua del rio y cuál la del cielo, así despues que este rocío celestial habia venido sobre su alma y se habia juntado con ella tan estrecho ñudo y lazo de amor, no le parecia hallaba en sí su espíritu, sino en Cristo, y el de Cristo en ella.

Del Padre Martin de Roa

DE LAS VANIDADES DEL MUNDO.

EN LA CONVERSION DE D.^a SANCHA CARILLO (1)

Mucho me lastima, señora, ver tan malogradas (2) las buenas prendas que Nuestro Señor puso en Vm. Si conoce su calidad, si la nobleza de su sangre, si el lustre de su casa, si se ha pagado de su hermosura, de su entendimiento, de su discrecion, ¿de quién fia tantas grandezas? ¿Qué em-

(1) *Vida y maravillosas virtudes de D.^a Sancha Carillo*: Sevilla, 1615.

(2) El autor pone este razonamiento en los labios del V. Maestro Juan de Ávila.

pleo hace de tantas ventajas? ¿Á quién sirve con ellas? ¿Y cabe en su seso aventurarse y aventurarlas tan sin consejo? ¿Al mundo hace dueño de lo que debiera ser esclavo? ¿Y pone sobre su cabeza á quien le respetara si lo pusiera debajo de sus pies? Pero cuando lo estime como merece, ó lo que más desea, como se promete, ¿qué véras puede haber en las burlas? ¿qué constancia en la misma mudanza? Engañador es: fingir sabe: cumplir no sabe, ni áun durar en el fingimiento. No escucheis sus lisonjas, que para aborrecerlas el nombre les basta, condenado de cuantos las gustaron y las conocen; que á unos despeñaron en su perdicion y á otros tienen en peligros de ella. No crea Vm. á su hermosura; no al brio de su juventud; flores son, ó caen con el dia, ó el tiempo las coge, ó las marchita la enfermedad. No siempre las rosas, ni siempre florecen las azucenas: pasará la primavera de los años verdes y vendrá el otoño de la vejez: caeránse las hojas á la rosa y parecerán las espinas: fallecerá el jugo de la primera edad y veráse arada la frente con las arrugas de la postrera. La vida dudoso bien es y fugitivo: rocío que en breve se seca: marea que, si un poco recrea, poco dura. Pues ¿y las esperanzas? ¡Qué largas, qué inciertas, qué vanas! Y cuando llegaren á su colmo ¿qué hartura, ó qué satisfaccion podrán dar cosas que acaban primero que nos-

otros, ó con nosotros? ¡Oh vanidades, que tan peligrosamente lisonjeais á los miserables mortales, que tan locamente engañais los entendimientos, que tan perdidamente os apoderais de las voluntades, y tan cruelmente quitais la vida á los hombres!

Sepa tambien, señora, que las vestiduras profanas más son asechanzas del alma que galas del cuerpo. Piense que los aseos demasiados en éste, en aquélla son manchas. Acuérdesse que segó Dios la lozania de las damas de Jerusalem, derribó su altivez y les hizo padecer en lo mismo que se gozaban. Dióles en vez de buenos olores, pestilenciales: calva y greñas, por el cabello enrizado. En lugar de las telas y sedas, sayal y jerga: por cintura de oro, sogá de esparto: por el calzado vistoso, desnudez de los pies, y por su desenvuelta libertad, bien apretada servidumbre. No la engañen aquel lustre de la corte, ni aquel resplandor y grandezas que acompañan á los poderosos; que no por eso son ellos más bienaventurados y dichosos, que sanos aquellos cuya fiebre y gota descansan en el lecho de marfil ó de plata, cubierto de telas ó grana. Cuando en las comedias vemos al villano representando persona de rey, vestido de seda y oro, vémoslo pero no lo envidiamos; porque sabemos la pobreza que está debajo la hermosura de aquel vestido. Lo mismo piense de los que

admira el mundo por sus grandezas, en cuyos pechos, si pudieran abrirse, podrian verse los tormentos y carniceria que los escarpia. Porque como el azote al cuerpo, así la crueldad de los antojos, sus codicias, sus pretensiones les despedazan el ánimo. Rien ellos muchas veces, mas no de véras: gózanse, mas de falso: no más cierto que los condenados á muerte, presos en la cárcel, piensan jugando engañarse, y nunca se engañan. Tienen sellado en el corazon aquel temor de la muerte, y no se les cae de los ojos la imágen de ella. Abra, señora, los suyos, que corre ciega á su perdicion. De infierno me parecen los pasos que lleva. Tuerza el camino adonde el Esposo del cielo la espera, abiertos los brazos, para recibirla por su esposa y celebrar con su alma las bodas de virgen. Con Él y en Él logrará, á sus años, su hermosura, sus esperanzas; mudará estado con mil mejoras. De criada de palacio terreno, señora y reina se hará en el cielo, donde vivirá gloriosa y bienaventurada á par de Cristo su Esposo, no dias, ni años, sino eternidad sin fin. ¡Dichoso estado, á quien ni altera el tiempo ni trueca mudanza! ¡Dichoso quien lo posee! Si le asombra la muerte, corra á la vida; haga empleo de su amor en Dios, que allí será su consuelo y despues su bienaventuranza. ¿Quién no se alentará con tan ricas prendas, con tales esperanzas? Á tanto amor ¿quién no

entregará su corazón? ¿quién trocará por otro un Esposo tal, tan rico, tan poderoso, tan dulce, tan regalado, tan amoroso?

Del P. Juan Eusebio Nieremberg

LA VIRTUD (1)

Es la virtud un aseo y esfuerzo del alma, para ajustarse á la razon en sí y en sus obras. Pero conforme á la definicion que trae Santo Tomás, sacada de algunos lugares de San Agustin, es una buena cualidad del alma, con la cual se vive rectamente, de la cual nadie usa mal, la cual Dios obra en nosotros sin nosotros.

Todas las virtudes componen un cuerpo de virtud entera y perfecta, cuya cabeza y ojos son la fe y prudencia; lengua la verdad; pecho la Religion; corazón la amistad; oídos la obediencia; frente la vergüenza; entrañas la misericordia; alma la caridad; sangre la esperanza; manos la liberalidad; hombros la paciencia; brazos la fortaleza; salud y complexion la templanza; gesto la modestia; hermosura la justicia; refrigerio la abstinencia; valor la castidad; pies la perseverancia y seguridad; estatura y grandeza la humildad;

(1) *Obras y dias*: Madrid, 1629.

fausto y pompa la parsimonia. En medio de ellas hace la salva á la bienaventuranza, que por precio espera.

La virtud no puede usar de cosa que no sea acertadamente. Aun de los mismos males, que con rara maña trasforma en bienes, de los agravios que recibe, de los trabajos que padece, de los pecados que hizo, de los bienes de fortuna que á tantos fueron males, sabe usar bien el virtuoso, convirtiéndolos, con arte divina, en bienes para el cielo. Tan buena es la virtud, y tal gracia tiene de sanidad, que todo lo que por cualquier lado toca hace bueno y precioso con más verdad que las manos de Midas convertían en oro todo lo que tocaban. La virtud, en las calamidades, da fortuna; en las necesidades, riquezas; en la servidumbre, señorío; en el bajo estado, nobleza; en la humildad, alteza; en los trabajos, contento; en la debilidad, esfuerzo; en la fealdad, hermosura; en las tinieblas, resplandor; en la muerte, vida.

Finalmente, tan rica joya es, que es menester un caudal divino para ella. Por eso se dice que *Dios la obra en nosotros sin nosotros*. Significase en esto la necesidad de la gracia por los merecimientos de Cristo, sin la cual, de nuestra cosecha no tenemos fuerzas, ni de nosotros tenemos parte para ser virtuosos. La virtud es cosa divina y dón de Dios solamente.

Del mismo

DE LA HUMILDAD (1)

¡Oh humildad, virtud soberana, madre y minero de virtudes! ¡Quién tuviera vena para loarte y corazon suficiente para amarte sin fingimiento! Tú eres amable á Dios y á todos los hombres; sujetas los demonios con tu quieta sujecion; áun tu contraria la soberbia se precia de tu hábito, por parecerle más útil. Tú engrandeces el corazon y lo haces más profundo, por descubrir con más abundancia el manantial de las gracias y hacerlo más capaz de Dios. Tú sola estás segura de caídas, porque siempre eliges lo más bajo, y aunque te derriben nunca te hieres. Tú engrandeciste al mayor de los hombres, Cristo, y por no amarte el mayor ángel pereció. Tú animas los que pelean, y eres como la tierra que daba, segun dicen, fuerzas á su hijo cada vez que adrede se derribaba. Tú no tomas por injuria ser muchas veces desechada, y por eso nunca dejas de alcanzar lo que pides al que manda que le seamos importuno. Tú sola eres infatigable, porque nunca te satisfaces con lo hecho, ántes lo tienes por inútil. Tú puedes trastornar la casa de Dios y hacer de los postreros primeros y de los primeros postreros. Tú

(1) En la obra citada.

sola conoces cuánta necesidad tenga la criatura de Dios y cómo los servicios que le hacemos son más de verdad nuevas mercedes que Él secretamente nos hace. Tú te precias de ser deudora al Señor que nunca se niega. Cuando mucho recibes miras la grandeza del que te hace las mercedes y la obligacion que te carga, y cuando no recibes miras tu poquedad para juzgarte indigna y decir que por tí se corta el hilo de los favores, y procuras restaurarlo mostrando tu mengua. Tú ganaste la bendicion para Jacob y lo hiciste señor de su hermano mayor porque siete veces se le humilló. Tú alcanzaste á Saul el reino y diste la victoria de su enemigo á David. Tú hiciste que no bajase fuego del cielo sobre el tercer príncipe como sobre los otros; que éste sólo le habló humildemente. Tú hiciste cesar la ira del muy Alto, en los dias del rey Ezequías, porque se humilló al Profeta. Tú esforzaste el brazo de la Hembra (1) para cortar la cabeza del poderoso Holofernes, y diste la no esperada victoria á los que habian humillado sus ánimas á Dios. Tú hiciste graciosa á Esther ante los ojos del rey Asuero, por ser ella tan humilde que aborrecia los atavíos de reina. ¿Para qué diré más? Hoy dia no dejas de hacer en espíritu las mismas cosas, porque á los pecado-

(1) Judith.

res que se humillan alcanzas el reino del cielo y las das la victoria contra su enemigo.

**De Francisco Cervantes de Salazar, toledano,
Canónigo de Méjico**

LA PRUDENCIA (1)

Prudencia es un dón santísimo, enviado del cielo á los mortales, es sal con que todas las virtuosas operaciones toman sabroso gusto, un licor que deja las más agradables impresiones. El buen conocimiento y juicio verdadero acerca de las contingencias humanas que la acompañan, va medido y pasado por el molde de la razon, que mora en el entendimiento práctico, así como la ejecucion en la voluntad. Al prudente conocerás en algunas señales que aquí te daré. Cuando alguna cosa ha de hacer, siempre la examina por consejo de otros, aunque él sepa más que todos ellos: á ninguna cosa se determina, sino por informacion muy clara, y jamás procede de ligero. No afirma con pertinacia lo que no tiene experimentado, porque no siempre lo verosímil es verdadero. Todo lo

(1) *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, compuesto por el protonotario Luis Mexía, glosado y moralizado por Francisco Cervantes de Salazar: Alcalá de Henares, 1546.

posible imagina que puede pasar por su persona ó hacienda, y así el que tiene estado, hijos ó riquezas piensa que los puede perder. Porque es demasiado loco el que, navegando por el mar, cree que no ha de sufrir ningun contratiempo. El prudente en sus obras comienza lo que puede acabar, teniendo siempre consideracion á honesto fin. En sus palabras es circunspecto, lanza de sí todo pensamiento vano y difícil, porque se mide con la posibilidad de su persona. Proporciona todas las cosas conforme á la disposicion del tiempo, y segun el caso así provee á la necesidad del negocio, y no á la imaginacion de su apetito. Limita sus deseos, escoge vida moderada, que ni toda sea llena de negocios, ni toda llena de ociosidad; y á este norte endereza todas sus operaciones. En alabar es muy templado y mucho más en reprender, porque en lo uno se excusa de adulacion y en lo otro de murmuracion y ódio. En caso de hablar verdad no guarda consideracion con persona alguna, ni ménos tiene respeto á la autoridad con que cada uno miente. Desprecia la alabanza del torpe y del ignorante: no la estima ni la tiene por ningun género de gloria. Pone sobre sus hombros la carga que pueden llevar sin fatigarse. Si quieres saber en resúmen en qué consista esta virtud, mira aquellas dos palabras de Apolo Delfico, que decia: *Nada demasiado*; que en ellas hallarás todas

las circunstancias que debe tener y guardar el prudente.

De Fr. Domingo de Valtanás, Dominicó

DE LA ADVERSIDAD (1)

No hay indicio tan cierto de amar como sufrir trabajos por lo que amamos, ni hay toque que así descubra lo que cada uno es como la adversidad, dice San Gregorio. Cuál es cada uno en sí, la adversidad que le viene lo muestra. Y el poeta (2) dice: «Si tuvieres prosperidad donde quiera hallarás parientes y amigos; si te viniere adversidad solo te andarás y nadie se dará por tu amigo.» El fuego apura el oro y hace polvo la paja. Si oro de caridad tenemos, con la tribulacion se hará más perfecto: si paja de vanidad, con ella nos volveremos en ceniza. La tribulacion manifiesta y ilustra la virtud verdadera. Una candelilla pequeña de cera con un soplo se apaga; pero si es gran fuego, más se enciende con el viento, aunque sea grande. El que tiene poco amor de Dios con cualquiera tribulacion cae; y si el amor es grande,

(1) *Doctrina Cristiana, en que se trata de lo que debe cada uno creer, huir, temer, obrar, desear, etc.:* Sevilla. 1555.

(2) Ovidio.

con gran tribulacion grandemente crece. La adversidad compele á los hombres á volverse á Dios y pedirle misericordia con tiempo. La prosperidad hace olvidarse de Dios y descuidarse de entender en lo que debe y más le va, como son las cosas del alma y conciencia. Del mal rico dice el Evangelio que pidió á Abraham que le socorriese, no miéntras vivió y tuvo aparejo para volverse á Dios, sino cuando ya estaba en el infierno. Porque, como dice San Gregorio, los ojos que cerró la culpa los abre la pena. Y el Espíritu Santo dice por el Profeta: «El trabajo hace abrir los ojos.» Sanson, ántes que se diese á los deleites, descarrillaba los leones y quebraba las sogas con que le ataban: cuando se echó en el regazo de su amada Dalila, con nada lo prendieron. No hay en todo lo criado cosa más preciosa que el placer y el amor glorioso de los bienaventurados en el cielo, y en la tierra el amor atribulado de los justos. En la casa de Dios no hay otra mayor honra que padecer por su amor: y de aquí es que á sus más queridos da Dios mayores trabajos, en cuya figura, cuando Moisés hizo las amistades entre Dios y su pueblo, roció á éste con un hisopo mojado en sangre, y todo el resto de ella derramó sobre el altar de Dios. Ninguna cosa quiere Dios que bien nos haga, que no nos venga y pase por otra que mal nos sepa. Aparéjense los buenos, que si buenos son,

por el fuego y por el agua de los trabajos han de pasar y beber del cáliz del Señor. Esto significó Cristo cuando en la cena postrera Él bebió primero de aquél, y despues lo que quedó dió á los Apóstoles, diciendo: «Tomad lo que sobra del caliz que yo bebí y repartiadlo entre vosotros.»

De Fr. Francisco Ortiz, Franciscano

DE LA LIMOSNA (1)

Dice el rey David, en el salmo 40: «Gran bienaventurado es el hombre que se emplea en remediar al menesteroso y pobre. El Redentor, que lo fué tanto y tan humilde, que nació en un establo y murió en un lugar que ántes era hediondo, el Calvario, desnudo entre ladrones, y ni miétras vivió tuvo á donde reclinase su cabeza, ni despues de difunto mortaja ni sepultura propia; el riquísimo Dios, de cuyas migajas se sustenta el mundo, y cuya pobreza es bastante á enriquecer la nuestra, no deja por eso de declarar cuán aceptable y meritoria es la ofrenda que se le hace amparando á sus pobres. Así dice San Agustin sobre este salmo, despues de haber explicado aquellas palabras con relacion á Cristo Nuestro Señor: «Ten

(1) *Cartas familiares*: Zaragoza, 1552.

aviso de mirar por el auxilio de los pobres, que pasan por necesidades y peregrinan, sedientos y desnudos, y enfermos y encarcelados:» mira que les hagas bien, porque sonriendo á éstos socorres al que dijo: «Yo tuve hambre y sed y fui desnudo y peregrino y enfermo y encarcelado.» De este modo te librára Dios el dia de su espantoso juicio. Y cierto está, que tal conocimiento no ha de ser solamente especulativo, considerando desde léjos las necesidades ajenas; más ha de ser práctico, esto es, no en deseos solos, ni palabras, mas en obras. Y así dice San Ambrosio: «*Entendi tus santos Mandamientos, Señor, no desnudo, sino vestido y acompañado de obras; bienaventurado es el hombre que procura por el necesitado y pobre.*»

Cualquiera que cerrase las orejas y disimulase á la voz del pobre, afirma Salomon en el capítulo 21 de los Proverbios, «dará clamores y demandará y no será escuchado.» Segun dice Tobías, «la limosna limpia de los pecados y rastrea y halla la vida eterna.» En el capítulo 29 del *Eclesiástico* nos exhorta el rey (1) sabio diciendo: «Cierra y enclava la limosna en el seno del pobre, que ella dará voces á Dios y le rogará por tí.» Y segun San Agustin declara, en el secreto que ha de haber en la limosna figúrase la viuda que, cerrada su

(1) Salomon.

puerta, henchió de aceite, por mandamiento de Eliseo, todos los vasos vacíos. Y manifiesto está que este secreto de puerta cerrada no se entiende de tal manera que no vean los hombres la obra en público; mas la intencion ha de ser la oculta y derecha, sin algun siniestro de vanidad. San Pablo comunmente en todas sus epístolas no usaba poner otra salutacion sino ésta: «La gracia y la paz de Cristo sean con vos.» En las dos cartas que envió á Timoteo, siempre le dice: «La gracia, la misericordia y la paz sean con vosotros,» poniendo la *misericordia* entre la gracia y la paz, porque era Pastor de la Iglesia y en él se instituian todos los Prelados, cuyo principalísimo oficio ha de ser aquella virtud. No sepa en esto la mano izquierda lo que hace la derecha. Tal intencion escondida manda nuestro Señor por muchas causas. La primera es, porque Él se ve á sí mismo tan bueno, que solo merece ser último fin de todas las buenas obras humanas, así como es el fontal principio de ellas, y quiere que lo que de Él nació vuelva con círculo de perfecto amor á Él; y quando esto no se hace quéjase diciendo por boca de Oseas: «¿No reconoce, que yo soy el que le dí el pan y el vino y el aceite, y le multipliqué la plata y el oro que rindieron á su dios Baál?» Con todas estas cosas honran á esa divinidad mentida los que con ellas sirven al ídolo de la vanagloria. Luégo di-

ce, por el mismo Profeta: «Yo me entregaré á su tiempo de mis frutos y de mi vino, y sacaré de captiverio mi lana y mi lino.» La segunda es: por el inmenso amor que Dios tiene de nos hacer grandes mercedes, viene á mandarnos que no vendamos nuestras obras al mundo, el cual ni puede, ni sabe, ni tiene con qué pagárnoslas, porque toda su moneda es falsa y su peso engañoso; mas que se las ofrezcamos liberalmente á Él que es riquísimo y tan franco que se da á sí mismo, siendo infinito en galardón de los que le aman. Así se dice en los *Cantares* que las manos de Jesucristo, Nuestro Señor, *son de oro de martillo hechas y á torno, llenas de jacintos*, que son piedras de gran valor. Lo que á nosotros se nos habia de podrir y carcomer y apolillar, se torna más precioso que oro y de más valer que toda pedrería, y se hace celestial y de inestimable comparacion. Y por eso señal nos da del gran deseo que tiene de nos enriquecer, en mandarnos que con rectísima y secretísima intencion demos á Él nuestras limosnas en los menesterosos.

**De Fr. Gabriel de Toro, Franciscano
de Salamanca**

RASGOS DE PIEDAD Y MISERICORDIA EN ALGUNOS
REYES Y ESCLARECIDOS VARONES (1)

Apénas se halla un rey de gloriosa memoria, entre cuyas grandezas no se cuenten obras pias admirables. De los reyes cristianos y santos, claro está que las principales de sus hazañas fueron obras de misericordia. San Luis, rey de Francia, y otros santos reyes traian consigo siempre pobres y los servian, ó los hacian comer á su mesa, con mil piedades y regalos. Don Hernando el Santo, cuyo cuerpo está en Sevilla, á más de setenta pobres dicen que servia diariamente, ántes que comiese. El rey Recaredo relajaba los tributos, depositando sus riquezas en necesitados y mendigos. Los tesoros de Sisebuto eran redimir cautivos. Y D. Alonso el Tercero gastó con iglesias y pobres cuanto el rey D. Ordoño, su padre, le habia dejado. D. Alonso el Octavo hizo un hospital en Búrgos, del cual se escribe por excelencia que á cualquier hora del dia dan á cuantos peregrinos llegan limosna, sin excluir ninguno. ¿Qué diremos de la emperatriz, mujer de Teodosiõ, la cual an-

(1) *Tesoro de misericordia, divina y humana*: Salamanca, 1548.

daba en persona á visitar los enfermos en sus casas y por los hospitales, gustando lo que habian de comer los enfermos, lavando los vasos, partiendo el pan y dándoles el alimento por su propia mano? Si alguno se lo estorbaba, escribe Cassiodoro que respondia: «Distribuir dineros, oficio es imperial, pero por el mismo imperio y señorío ofrezco este servicio al que me lo dió.» No se contentaba con dar limosnas á costa del imperio, y servia en persona, por dar algo á costa suya. Trescientos y diez y ocho criados sin las mujeres tenian Abraham y su mujer, pero no por eso dejaron ámbos de servir á los peregrinos, ni se contentaron, dice San Juan Crisóstomo, con hacer la costa, ni merecer en el gasto, sino tambien en servirlos. Una de las condiciones que San Pablo pedia á las buenas cristianas, era si lavaban los piés á los santos y hacian caridad á los pobres. Si no fuera gran interes servirlos en persona, dice Alberto Magno, no sirviera Marta á Cristo, siendo señora noble y teniendo criados. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, todo su gusto y sabor era dar limosna, apiadar pobres y curarlos con sus propias manos, por llagados y enfermos que fuesen.

Del Maestro Alejo Venegas

MUTABILIDAD DE LAS COSAS TERRENAS (1)

Mirañ que pasa la figura de este mundo visible, y no es razon que vosotros os hagais fuertes en la cosa que no permanece más que el tiempo que corre con ella. La cual mutacion, al que bien la quisiere considerar, le será como un libro escrito de la mano de la naturaleza, en que halle las consolaciones de todos los males que le puedan venir. Porque no habrá mal tan grande ni tan grave, en este mundo que pasa, que sólo el pasaje no le haga muy breve y muy liviano de soportar; pues que es verdad que juntamente con la figura de este mundo visible no puede dejar de pasar aquel mal. De aquí vemos la mutacion de todos los reinos del mundo, de todas las ciudades, de todos los estados, de todas las amistades, y, finalmente, de todas las condiciones de los hombres particulares. Á los reinos mudaron las inundaciones de gentes y avenidas de extrañas naciones, como parece en las historias y anales de los griegos y los latinos. Á las ciudades mudaron las inundaciones de mares, las avenidas de los rios, las humedades de las lagunas, el aire corrupto es-

(1) *Agonia del tránsito de la muerte*: Alcalá de Henares, 1565.

tancado, la continua destemplanza de los temporales, la sequedad de los sitios, la falta del agua, la esterilidad de la tierra y otras muchas cosas contrarias á la poblacion de los hombres. Á los estados mudaron las ambiciones del mandar y la codicia de poseer. Á las amistades mudaron los falsos testimonios, las temas curiosas y la falta de caridad. Á las condiciones mudaron las herencias, los oficios, las dignidades, y, finalmente, el trascurso de la edad. Es tanta la mutacion de lo terreno, que verdaderamente diremos lo que dice Ovidio: *Todas las cosas se mudan y ninguna hay que perseverare en el mundo.* Pues ¿quién será el cuerdo que piense hallar permanencia de cosas en el golfo de las trasformaciones humanas? ¿Qué se hicieron los medos y los persianos, los asirios y los troyanos, los griegos y los romanos, los africanos y macedonios? ¿Qué es ya de ellos? ¿Qué es de las guerras y paces, los conciertos y amistades de las gentes? Las honras y las deshonras ¿cuán sepultadas están! ¿Qué aún queda, sino el olvido, de las hazañas y cobardías? ¿Quién vido á Escipion, Alejandro y Aníbal, á Pompeyo y Julio César, á Tito Nerva y Trajano? ¿Quién los vido? ¿Quién se acuerda de Alarico, del rey Wamba y Recesvinto? ¿Quién puede tener memoria de todos los que han pasado? ¿Quién concebirá con seguridad el rostro verdadero de las personas que existieron, fuera

de los nombres vanos que pronuncia? Por lo cual, pues sólo los justos estarán en la memoria eterna, sin la cual se dice olvido la historia, hará el hombre de su partido, si se embebiere en este recuerdo y recibiere á Dios en su propia morada, aposentándole en lo mejor de su alma, placiéndole con todo lo que á Él le place.

Del Maestro Fr. Juan Marquez, Agustino.

LA ESPIRITUAL JERUSALEN (1)

No es la terrena Jerusalem, dice el glorioso San Jerónimo, la ciudad que debe desearse, ni por cuya ausencia le ha de parecer al hombre que vive en destierro. Otros más vistosos muros, más alegres alcázares, más empinadas torres y más gallardos edificios le están prometidos al cristiano. Aquella se regó con sangre de profetas, y llenó de ella los vacíos de sus fosos. Y estotra la bañan las avenidas de las aguas vivas de la gracia, recreacion y alegría de los moradores del cielo. Hiciéronse las murallas de aquella de piedra tosca y mal labrada, y las de estotra tienen de esmeraldas los torreones y de rubíes las almenas. Allí estuvo como facineroso en una cruz el Autor de la

(1) *Los dos Estados de la espiritual Jerusalem: Salamanca, 1610.*

gloria; aquí la da en la silla de su trono, como juez de vivos y muertos. Allí están las ejecutorias de nuestra nobleza, las aras de nuestra adopción, mucho más honrosas y perpétuas que las que tenían los emperadores de Roma de la suya; allí la facultad real con que se vincularon los bienes de nuestro mayorazgo. En aquella piel estrellada que Dios extendió por pabellon y tienda de campo á los que en este valle de lágrimas nacimos para continua milicia, escribió Dios con letras de oro los ciudadanos de esta gran metrópoli. «En las manos que sustentan los montes, enfrenan las aguas, formaron el firmamento y plantaron en él las estrellas, tomé la pluma para escribirte,» conforme al lenguaje de nuestro Salmista. Á todos los grandes y heroicos varones, añade Nazianceno, es patria común, ciudad santa, celestial y triunfante Jerusalem, en la cual está escondida nuestra libertad, donde reconocemos nuestro domicilio; que en las que acá se llaman patrias ocupadas, tal vez por desgracia, y tal vez por tiranía, todos somos huéspedes pasajeros, aunque más nos pretendamos engañar. Á esta santa ciudad, prosigue San Agustín, debe el peregrino los requiebros, á ella ha de levantar el pensamiento, como á patria y como á madre, y á sólo el Señor que reina en ella, luz, padre, tutor y marido de los suyos, gozo sólido, alegría perdurable, casto y fuerte regalo del alma.

De Fr. Francisco Ortiz Lucio, Franciscano

AL MISMO ASUNTO (1)

Ninguna cosa hay que más nos haga vivir bien que la esperanza de la inmortalidad y de aquella vida que sólo merece ese nombre incomparable. Es mayor la gloria del alma que la del cuerpo; á ella nos enderezan los Mandamientos de Dios y por ella corrian nuestros padres y iban regocijados en los trabajos. Abraham holgaba de andar peregrinando y de morar en tabernáculos y casillas pobres con Isaac y con su nieto Jacob, porque miraba con ojos de fe esta ciudad soberana, y de léjos la saludaban y no se enojaban que no les diese Dios la tierra prometida. Porque entendian que la promesa no era de aquella tierra que manaba leche y miel, sino de la tierra que es cielo, y sabian que eran herederos de la herencia de Dios, y esperaban de ir á una ciudad de firmes fundamentos, trazada y edificada por la mano divina, y por no perder ser ciudadano de ella, tan excelente, confesaron ser peregrinos y huéspedes en este mundo. ¡Ay heredad celestial! ¡ay patria mia! ¿Qué grandezas son estas tuyas? San Pedro queda absorto pasando una gota de tu gloria por sus

(1) *Jardin de amores santos*: Alcalá de Henares, 1589.

ojos, y de sólo ver el monte Thabor vestido de claridad, bordado de resoles de los rayos que del rostro de Cristo reverberaban. ¿Qué será ver aquel monte alto del cielo, donde se agrada Dios de morar; aquellos reales palacios, aquellas resplandecientes sillas, aquel rio como cristal, aquel árbol de vida que hermosea sus riberas llevando cada mes del año mucho fruto, aquella ciudad de oro fino, semejante á un claro vidrio, aquella clara luz puesta en medio de ella, que es el Cordero de Dios, y aquellas doce puertas, cada una hecha de una margarita, y aquel número sin cuento de bienaventurados espíritus, y aquellas músicas celestiales, aquella armonía con que echan bendiciones á Dios? ¡Ea, alma mia, levanta tus pensamientos en alto, cae ya en la cuenta, sacúdete la aficion peligrosa de las cosas de este mundo, que estorban un bien tan grande y en que tanto nos va!

De Cristóbal Acosta Africano

PELIGROS DEL MUNDO: QUÉ ES LA VIDA,
QUÉ EL HOMBRE (1)

¿Qué estado hay tan seguro que no pueda caer y faltar? ¿Qué tiempo tan templado que no se en-

(1) *Tratado en contra y pro de la vida solitaria: Venecia, 1592.*

turbie y se mude? ¿Cuándo la voluntad y la razón dejaron de ser discordes? ¿Qué manjares hay tan probados que alejen en su fruición todo recelo? ¿Qué deleites que no traigan mezcla de pesares? ¿Qué sucesos en la vida humana, qué juegos, qué fiestas, qué subidas, y qué bajadas, que no sea todo juguetes de la fortuna, y aún triscas de rapaces? ¿Quién piensa defenderse de improvisos desastres y varios infortunios á hora incierta? ¿Quién, por más recatado que presuma ser, aunque siempre viva alerta, se podrá escapar de la variedad de encubiertos tropiezos y engañosos lazos que el mundo nos tiene armados, donde unos se prenden, otros se enlazan y se lastiman, otros padecen muchas afrentas y males, y otros quedan muertos? ¿Quién dirá «Salvo estoy, aquí no me podrán hallar fortuna, envidia ni malicia?» ¿Quién estará seguro en su casa, y dormirá sin el más leve temor de ningún quebranto? ¿Quién caminará en este destierro libre de peligros, de inconvenientes, de repentinos y desastrados casos? ¿Quién no halla un resbaladero, un mal paso, un atolladero, donde caiga, en que se enlode, ó se encenague? Pues desengañese el que esto leyere, y no piense que lo que ántes fué, no es agora, ni será en lo futuro.

Acuérdese que la vida es una continua guerra, donde no hay tregua; es jornada corta, bre-

ve y trabajosa; es huerta sin fruto, prado verde lleno de venenosas espinas, placer aforrado de continuos enojos, salud enferma y congojosa, camino ciego y dulzura amarga; es fábula de vanidad, risa llena de lloro y suspiros, viva fuente de cuidados, rio de tristes lágrimas, plaza de luchadores, desafío con armas desiguales, mar de miserias, laberinto de errores, peregrinacion peligrosa, desierto espantoso, paso de salteadores, camino áspero y puerto fragoso, temor continuo, solicitud perpétua, confusion pavorosa, gozo mezclado con llanto, zozobra é inquietud sin término, culpable incredulidad, yugo insoportable. Al fin, ninguno vive ni puede vivir contento en este mundo; y quien en él espera es loco, ó muy cercano á loco, porque las penalidades de esta mísera vida son comunmente tales que ni perdonan á súbditos ni á reyes.

El hombre, como dice Aristóteles, es un despojo del tiempo, una imágen de inconstancia, una burla de fortuna, un ejemplo de flaqueza y un terro-ro de desventuras y miserias. ¿Qué esperará del mundo, que á ninguno deja contento, aquel que conoce que en él está todo mal y en la huida dél á la vida quieta y contemplativa todo bien; adonde se sirve á Dios con sosiego, y llorarse pueden con mucha contricion las pasadas culpas y los mal gastados años?

Del Maestro Fr. Juan Bernal, Mercedario

EN LAS HONRAS DEL REY D. FELIPE II

EN LA CATEDRAL DE SEVILLA (1)

¿Cuál de los hombres que viven podrá escaparse de las manos largas y poderosas de la muerte? ¿Ó dónde podrá poner los ojos, que no vea rastros de ella y que en todo lugar tiene Dios puesta su horca y cuchillo? Si paseándote en tu casa pusieres los ojos en las paredes de ella, ahí verás, como otro rey Baltasar, la mano de la muerte que está escribiendo contra tí su sentencia: que como esta materia es tan odiosa, y más para reyes, y hay pocos que de ella les traten, donde las lenguas son mudas es bien que las toscas piedras de las paredes hablen. Si te sientas á la mesa á comer un bocado, en ella verás la sepultura que tuvieron los hijos del Santo Job, á quien los mantel-sirvieron de mortajas. Si sales al campo y, por desechar tristezas, te paseas por las orillas de los rios, en ellos y en sus aguas, donde nada se escribe, hallarás grabado aquel dicho tan discreto de la mujer de Thecuáth (2): *Todos morimos, y como aguas vamos corriendo al mar de la sepultura.*

(1) Sermon impreso: Sevilla; 1599.

(2) Holda, profetisa, mujer de Sellúm, hijo de Thecuáth, la cual moraba en Jerusalem.—*Paralip.*, lib. II, versíc. 22.

Ahí están en las aguas la horca y cuchillo de Dios; pues no son pocos los que mueren en ellas. Y cuando te vayas á un desierto, hallarás que las encinas son la horca donde la justicia de Dios quita la vida á los más bellos príncipes, como Absalon. Y si al cielo levantas los ojos (que al fin es tierra de vivos), áun allá parece que llega la jurisdiccion de la muerte, representada en el nacimiento y ocaso del sol; pues cada tarde parece que lo sepultan. Y si como malhechor te acoges á sagrado y te entras en la Iglesia, en ella hallarás los cuerpos de los condenados á muerte por la justicia de Dios, y entre ellos el de nuestro poderoso rey Filipo; que sobre reyes tiene jurisdiccion la divina justicia, y á reyes condena y quita la vida.

**Del Maestro Fr. Hernando de Santiago,
Mercedario**

EN LAS HONRAS DEL REY D. FELIPE II
EN LA CATEDRAL DE MÁLAGA (1)

Quisiera comenzar á predicallas con otro asombro semejante al que tuvo San Agustin un dia que entró en Roma, y llevándole á ver los sepulcros más célebres de agujas, pirámides, catacumbas,

(1) Sermon impreso: Sevilla, 1598.

columnas de gentiles emperadores antiguos, vió entre otros el de César, y con una gran voz é igual asombro á ella comenzó á decir: «¿Dónde está el cuerpo oloroso de César? ¿dónde el brillo de sus riquezas, que no bastaron á detener tal miseria? ¿dónde el aparato de regalos? ¿dónde la muchedumbre de señores de sus consejos, cámara y estado? ¿dónde el acompañamiento de los grandes? ¿los fuertes y concertados ejercitos dónde? ¿y en ellos el escuadron de la salud, dispuesto en forma inexpugnable para la persona real y para el regalo y entretenimiento de ella? ¿dónde las aves de canto, de cetrería, los sabuesos lebreles de caza y los caballos ligeros? ¿Esta mortaja rota es la púrpura real? ¿este lecho sucio es la cama de marfil? ¿y el sitial y dosel de majestad ese ataud? Para cubrir esta desnudez ¿dónde están las galas de la recámara? Mostradme aquel rostro, tan grave como hermoso, suyo, aquellos cabellos como el sol. ¿Dónde está, cuando lo que hay debajo del cielo estaba todo debajo de su mano y áun de su pie?» Y vuelto al cuerpo, le dice: «Á tí te reverenciaban los hombres, á tí temian los príncipes, de tí temblaban los reinos ¿qué es de todo esto? ¿dónde huyó? ¿dónde se fué tu grandeza, César? Hallóse á esta exclamacion la gloriosa Santa Mónica, y cuando conoció una corta pausa del afervorado afecto con que hablaba, respondió á todas las preguntas con

dos palabras, lo que hoy no sabré yo decir con muchas: «Todo se acabó junto, hijo, que era de por vida, cuando se acabó la vida.»

Para el día más apretado de la guerra parece que nació el caballo. Para eso le piensan, le enjaezan, le arman, y sobre todo eso dice Salomon: «Mas el Señor da la salud.» Aunque sea el caballo más fuerte y hidalgo, más ligero que el que pintó Job como no le pintará ningún poeta, hinchadas las narices, con más claros relinchos que los de las trompas y pífanos, saltando y escarbandando la tierra como langosta, burlando de las armas, de las picas, de las balas, de las saetas que le pasan por encima de la cabeza, y aunque parece que se quiere tragar la tierra, aguza la oreja, espiga la cola, eriza la crin, atasca el freno, no pudiendo detenerle el caballero que no acometa á romper el escuadron; cuando éste se halla más bravo y más confiado el que está en él, dice Job que se burla Dios del uno y del otro: «Se rie del caballo y del ginete.» Conforme á esto, bien dice Salomon: «No hay que asegurarse de él.» Dios es el que ha de dar la salud, y miente el caballo y aún el caballero que de otra cosa se afirma. No hay caballo tan extraordinario en la carrera que no lo sea más el en que corre la muerte; que como es exquisito en color (pues caballo amarillo gualdo nunca nadie lo vió como San Juan) lo es en ligereza. Pues ni al

blanco, ni al alazan, ni al morcillo se dió la facultad que á éste en que iba caballera la muerte con poder de dar alcance y atropellar y matar en todas las cuatro partes de la tierra. Poderosos caballos tuvieron los príncipes y reyes del mundo, y caballos fueron geroglíficos de sus imperios y monarquías, como lo dijo Zacarías cuando vió aquellas cuatro juntas de ellos que salian de entre los dos montes de metal, los alazanos. El imperio de los Persas y Medos, los morcillos: el imperio de los Caldeos y Asirios, los blancos: el imperio de los griegos, los overos: y remendados, el de los romanos. ¡Qué bravamente corrieron éstos por el mundo y sojuzgaron las partes de él! Pero ¡cuán presto los alcanzó el caballo amarillo con el poder que llevaba sobre las cuatro partes de la tierra que entre todos estotros estaban repartidas!

Veamos los trabajos del que sigue la corte y sirve á un príncipe de cerca; y aunque ninguno con el remo, azada, ni almadana (1) en la mano podrá decir de los suyos una sombra de éstos, con algunos querrá Dios que atinemos. Trabajar, padecer, sufrir, esperar sin premio, dormir sin reposo, comer con cuidado, adorar la ingratitud, alabar

(1) Instrumento, á manera de mazo, cuya cabeza es de hierro y sirve para romper piedras.

la ignorancia, lisongear al enemigo, mentir al amigo, abonar al incapaz, desacreditar al suficiente, consultar al inútil. ¿Y cuánto durará esto? Así pasaba en tiempo de los Césares, así corrió el siglo de los Alejandros, así fué ayer y así será hoy. Las dilaciones matan las esperanzas, los trabajos gastan la salud, los desdenes consumen la vida, postra el tiempo la del príncipe ó la mía; porque allí ¿qué hay que no sea quebradizo, qué seguro de peligro? Mayor es la inquietud que hay poseyendo que la que hubo esperando. ¡Cuán sin estas pretensiones, con sólo querer en un punto, puedo ser amigo de Dios! ¡Qué va de un Rey á otro y de la facilidad con que esta amistad se alcanza, á la insufrible dificultad con la que esotra se pretende! Aborreces, Señor, dice San Agustín, á los que en balde se andan tras estas vanidades, y yo en Tí solo espero.



ELOCUENCIA ACADÉMICA



**Del Maestro Fr. Juan de Pineda,
Franciscano**

INFLUENCIA PODEROSA DE LA PALABRA (1)

Esta gracia del bien hablar se alaba mucho en Antístenes, cuya conversacion era tan dulce, que llevaba las gentes en pos de sí; lo cual significaron algunos poetas entendidos, diciendo que al son del arpa de Anfion se compusieron por sí mismas las piedras en los muros de Troya, y que tras la suavidad del laud de Orfeo se iban las peñas y montes con sus árboles, y se representaban las aguas corrientes de los caudalosos rios. Á esta gracia de bien hablar llamó Diógenes lazo meloso, con el que tenía Néstor suspensos á los principes griegos en el campo de Troya, lo mismo que Ulises

(1) *Libro de la vida y excelencias maravillosas del glorioso San Juan Bautista*: Barcelona, 1596.— En el prólogo.

al rey de los Feacenses. Por este dote de bien hablar dicen muchos sabios que como el hombre excede á las bestias en el sér, así los bien hablados á los toscos en casi igual grado. Enaltecen grandemente la fuerza de las palabras de Demóstenes, la copia de Platon y de Ciceron, la jucundidad de Isócrates, el calor de Julio César, la diligencia de Quintiliano, el resplandor de Plinio, el impetu de Graco, la mansedumbre de Lelio, la gravedad de Caton, la santidad de Calvo y la division de Hortensio. Homero dice de Ulises en el libro tercero de su *Iliada* que, á la manera de los copos de nieve, sus palabras parecian pegarse y embeber en las almas de los que las oian. De Pericles, príncipe valeroso de los atenienses, dijeron Diodoro, Plutarco y Quintiliano, que cuando hacía algun razonamiento al pueblo parecia tronar, y relampaguear y conmoerlo todo, como si trajera un vivo rayo en su lengua. Por eso le llamaron Olimpico, en tanto grado, que afirmaban habersele sentado en los labios la diosa de la persuasion, como á Cetego entre los romanos, segun Ciceron en su libro del orador.

Arduas son grandemente las leyes del bien hablar, que nos ponen los maestros, y si por ellas se ha de juzgar lo que oimos, ó leemos, ó lo que hablamos, ó escribimos, pocas veces nos contentaremos con lo ajeno, y muy ménos daremos con-

tento con lo nuestro. Una ley, dice Plutarco, que puso Polieucto, que el lenguaje debe tener la condicion de la buena moneda, mucho valor y poco peso, comprendiendo muchas sentencias en pocas palabras. Otra puso Quintiliano, que tenga pública y conocida forma de estilo llano y fácil de entender, la cual sola condicion pareció á Epicuro, á Lactancio y á Suetonio, que bastaba para bien hablar.

De D. Juan Pablo Forner

DE LA ORACION APOLOGÉTICA POR LA ESPAÑA
Y SU MÉRITO LITERARIO (1)

¡Oh divina, oh amable Religion! ¡asilo cierto de la mortal angustia! ¡suave freno de la maldad! ¡consuelo, esperanza de la virtud! ¡infalible instrumento de la felicidad del hombre! ¡apoyo, columna de la justicia! adorable tributo con que la criatura racional paga á Dios en costumbres puras, en demostraciones inocentes, el inestimable don de su creacion y existencia! Cuando participándote á los mortales desde el mismo trono de la Divinidad, y ofreciéndoles los medios de hacer al hombre amigo del hombre, te ves pospuesta en la

(1) Madrid, 1786.

consideracion de los que se llaman filósofos á ocupaciones abatidas, torpes, despreciables, ó quando ménos supérfluas y de ningun momento, compadécelos: los sentimientos de todo el orbe no residen en ánimos de ceguedad tan desesperada. El engañado idólatra, el fanático musulman, miserablemente ofuscados con el objeto de la adoracion, doblan la rodilla y perfuman las aras invocando el nùmen que no conocen. La inclinacion al culto le es tan natural al hombre como el pensar; sin él sería un bruto de alguna mayor sagacidad que los fieros habitantes de las selvas.

Del mismo

SIN RELIGION NO PUEDE HABER GOBIERNO JUSTO,
ÚTIL NI DURABLE (1)

La idea de Dios y de sus atributos está ingenta en nuestro propio sér. Nacimos para ser felices; y nuestra felicidad nace y crece de aquel 'conocimiento, del cual no nos pueden desprender sino la brutalidad suma ó la suma depravacion. Por esto los filósofos, que debiendo purificar esta idea han tratado de corromperla ó borrarla enteramente de la tabla de la racionalidad, no sólo trabaja-

(1) *Preservativo contra el Atheismo*; Sevilla, 1795.

ron para desconcertar el órden de la sociedad humana, pero tambien para romper en lo posible los vínculos y trabazon en que estriba la gran máquina del universo. Desunen á los hombres entre sí; los arrancan de su Criador; desquician los apoyos de la justicia; quieren que el globo que habitamos no dependa en lo moral de aquel centro sempiterno de quien se deriva y pende la existencia y armonía de todo lo criado, desde el astro más espléndido y corpulento hasta el insecto más humilde é imperceptible. Son sediciosos contra sí mismos, contra sus semejantes, contra el órden de las cosas creadas, contra el Autor de la creacion, á cuyas leyes sirven en silenciosa y agradable obediencia los orbes todos que abarca la inmensidad del espacio, los séres todos que duran y se reengendran con inalterable progreso en el seno de la comun madre naturaleza. Ensorberbecidos con la perspicacia lóbrega de una razon cuyo caudal está reducido en la mayor parte á dudas, errores y desvaríos, piensan que ella sola basta para hacer que los hombres sean lo que deben: como si desde que hay hombres en la tierra no los acompañara igual razon, y como si no hubiese dado ésta de sí continuos é interminables escarmientos, que nos enseñan el aprecio que se debe hacer de sus dictámenes é inspiraciones. Esta razon es la que ha meditado y dictado cuantos des-

órdenes, maldades y horrores han afligido á los hombres incesantemente en todo el lamentable discurso de su propagacion desde los primeros pasos de su existencia. Ella inventó las tiranías, inflamó los ánimos para la opresion y el pillaje, turbó la paz del linaje humano, derribó los imperios, destronó las soberanías, autorizó las usurpaciones, puso el hierro y el fuego en las manos de malhechores magníficos, para devastar la tierra y reducir á ruinas y cenizas los frutos del afanado mortal. Ella es la que, tramando fraudes y perfidias horrendas, sabe cubrir sus odios, venganzas y predominio con el sagrado nombre de *amor á la humanidad*, al mismo tiempo que la destroza para esclavizarla seguramente. Ella es la que trata de hacer libres á los hombres quemando sus hogares, arruinando sus pueblos, talando sus cultivos, persiguiéndolos en los bosques y encarnizándose en ellos con más ferocidad que en los lobos y tigres, llevando al patíbulo rebaños numerosos de víctimas racionales, sacrificadas en holocausto execrable al ateísmo y á la iniquidad. Ella es la que, predicando la tolerancia y publicando altamente la santidad augusta de este principio, proscribire millares de ciudadanos, asola ciudades, abrasa provincias y las convierte en desiertos empapados en sangre y sembrados de cadáveres y esqueletos, por el justísimo motivo de no que-

rer sus moradores someterse á las opiniones de otros hombres, que se han encaprichado en que ellos solos piensan con acierto y que deben exterminarse los que se resistan á pensar como ellos. ¿Qué más? Esta razon es la que adoró en Egipto los puercos, los escarabajos y los caimanes; en Persia al fuego y al gallo; en Babilonia á la ballena; en Epidauro á las culebras; en los Druidas al visco ó liga que sirve para cazar pájaros; en Scitia á la espada; en Etiopía al perro; en conclusion, la que ha adorado hasta los brutos más asquerosos. De razon que entregada á sí misma no ha sabido producir sino extravagancias y abominaciones, ¿qué frutos podemos esperar despues de tantos escarmientos, de tantos siglos de sangre, de turbulencia, de vicios y de perversidad? Ni hay que creer neciamente que los ejemplos pasados pueden servir para que, doctri- nados los que hoy viven en tan funesta escuela, pospongan los intereses de su ambicion ó codicia á los generosos documentos de la virtud. Los hombres de hoy no ofrecen más que la copia de los vicios antiguos. En los casos presentes se ve en distintos nombres la repeticion de unas mismas maldades. No parece que nos propagamos sino para perpetuar la depravacion de la raza humana. Tales son los triunfos de la razon rebelde contra la religion. Esta puede no aniquilar los vicios (por-

que tal es el temple de nuestra menguada humanidad); pero á lo ménos los apoca, cercena y debilita: al grito de su sancion desfallece la furia de las pasiones. La razon sin freno hace pompa de sus disoluciones, sigue firme en ellas, y nada piensa que logra, si no logra llenar la ilimitada medida de sus antojos. Quien renuncia á las leyes de su propia naturaleza, da muestra de que no quiere reconocer ninguna. ¿Cómo obedecerán á otros hombres los que á sí mismos no quieren obedecerse?

¡Oh hombres! ¡Oh criaturas indefinibles, que sois en una sola especie el honor y el oprobio del universo! No os dejéis adular desatinadamente del mentido artificio con que, para satisfacer sin peligro sus facinerosos deseos, os quieren conducir los sofistas á la espantosa perturbacion del órden que expresa en vuestro sér la imágen de la Divinidad. No os engañen, no os deslumbren los falsos halagos de una sofistería traidora, que os desea rebeldes contra vuestra propia naturaleza para dominar á su salvo sobre vuestra ignorancia desadvertida. No creáis que en los soberanos ó potestades que os manden sin religion hallaréis más justicia, más bondad, más celo que en los que os dominen con ella. Nó; el ateismo no inspirará jamás sino opresiones, fraudes, perfidia, atrocidad, envidia cruenta, celos desesperados, vengan-

zas feroces, ambicion inícuca, rapiña insaciable. Comparad entre sí los mónstruos que crió la supersticion gentilica con la mansedumbre y equidad que generalmente ha morado en los tronos cristianos, y conoceréis cuál podrá ser el influjo del ateismo por lo que ha sucedido en los cultos más próximos á él y más lejanos de la verdadera y perfecta adoracion. Buscad en las naciones cristianas las procripciones malvadas de Sila, de César y de Antonio. Buscad las horrendas matanzas de Tiberio, la insensatez brutal de Calígula, la estupidez bárbara de Claudio, las execrables crueldades y rapiñas de Neron. Buscad las sillas de los imperios vendidas á la codicia de los soldados y puestas en almoneda para sentar en ellas á los que las pujasen y se las llevasen al mayor precio. Hallaréis vicios, sí, porque este es el patrimonio de nuestra corrupcion; mas no hallaréis las bárbaras y sangrientas desolaciones, las turbulencias lamentables que llevan el llanto y los gemidos hasta á la simplicidad pacifica de las aldeas, por la disoluta ambicion de corto número de mónstruos que solicitan su engrandecimiento á costa de la miseria y desórden universal. Mantened vuestros templos: conservad vuestras aras: purificad y santificad vuestros cultos. Estos establecimientos externos mantienen viva la memoria de vuestras obligaciones; os acuerdan vuestra fraternidad; el amor que

os debeis unos á otros. En ellos, unido el pueblo como en la casa de un Padre comun justísimo, amabilísimo, á quien todos sus hijos deben amar, respetar y obedecer con sencillez y cordialidad pura, se considera como una familia atada con el vínculo de un deudo sagrado; y conserva, si no el todo, á lo ménos buena parte de la benevolencia á que se creen obligados los que pertenecen á una misma generacion y linaje. En vano lidiaréis contra Dios y contra vosotros. Seréis religiosos á vuestro despecho, y adoraréis á Dios y respetaréis la virtud apesar de los empeños rebeldes de la sofistería. No podeis dejar de ser hombres, pero estais sujetos al error y al vicio. Adoraréis los asnos y las moscas, si puede tanto con vosotros la charlatanería de los sofistas que logra apartaros del verdadero culto; y vosotros mismos os forjaréis virtudes falsas, ridículas y áun detestables, si consiguen corromper en vuestro ánimo las legítimas ideas de la virtud. Tales son los destinos á que os llama la verbosidad páfida de los sofistas. Queriendo haceros ateos, pararéis en idólatras y salvajes. Vuelvo á decirlo: si deseais llenar digna y debidamente las obligaciones de vuestro sér, purificad y santificad vuestros cultos. Conoced á Dios: amadle, temedle; él es el Legislador y el Soberano del Universo. Os dictó leyes para haceros inmortalmente felices. ¿Seréis vosotros solos

en el universo las únicas criaturas que lo desconozcan! Por esto sois miserables, y habeis cubierto la tierra de horrores y congojas... ¿Quereis ver consumada la obra de vuestra perversidad?

De D. Juan Donoso Cortés

**PODERÉ INMUTABILIDAD DE DIOS.—HORRIBLES
CONSECUENCIAS DEL PECADO (1)**

Ninguna catástrofe es poderosa para poner turbacion en la Divinidad y para alterar la quietud inefable de su rostro. Vino el diluvio universal sobre las gentes, y vió Dios la tremenda inundacion, considerada en sí misma y separada de su causa, con sereno semblante, porque sus ángeles eran los que, obedientes á su mandato, abrian las cataratas del cielo, y porque su voz era la que mandaba á las aguas que encumbraran los montes y que rodearan todo el orbe de la tierra. Vienen de todos los puntos del horizonte nublados que se juntan como un negro promontorio, y el rostro de Dios está tranquilo, porque su voluntad es la que hace los nublados, su voz es la que los llama, y ellos vienen; la que les manda que se junten, y ellos se juntan. Él es el que envia los vientos que los han de

(1) *Ensayos sobre el Catolicismo*: Madrid, 1851.

llevar sobre alguna ciudad pecadora, y el que, si así cumple á sus designios, prende y ata las aguas, y detiene el rayo en la nube, y con su delgado soplo la va desvaneciendo por los aires. Sus ojos han visto levantarse y caer todos los imperios; sus oídos han escuchado las plegarias de naciones asoladas por el hierro de la conquista, por el azote de la peste, por la servidumbre y por el hambre, y su rostro ha permanecido sereno é impassible, porque Él es el que hace y deshace como vanos juguetes los imperios del mundo; Él es el que pone el hierro en la diestra de los conquistadores; Él es el que envia los tiranos á los pueblos culpables y el que oprime á las naciones descreídas con el hambre y con la peste, cuando así cumple á su justicia soberana. Hay un lugar pavoroso, asunto de todos los horrores y de todos los espantos y de todo los tormentos, en donde hay sed insaciable sin ninguna fuente, hambre perpétua sin género de hartura; en donde los ojos no ven nunca ningun rayo de luz, ni los oídos oyen ningun sonido apacible; en donde todo es agitacion sin reposo, llanto sin intermision, pesar sin consuelo. Todas son allí puertas de entrada, ninguna de salida. En su dintel muere la esperanza y se inmortaliza la memoria. Los términos de ese lugar Dios solo los conoce; la duracion de esos tormentos es de una sola hora que nunca se acaba. Pues bien: ese lu-

gar maldito, con sus tormentos sin nombre, no alteró el semblante de Dios, porque Él mismo le puso en donde está, con su mano omnipotente. Dios hizo el infierno para los réprobos, como la tierra para los hombres y el cielo para los ángeles y para los santos. El infierno denuncia su justicia como la tierra su bondad y el cielo su misericordia. Las guerras, las inundaciones, las pestes, las conquistas, las hambres, el infierno mismo son un bien, como quiera que todas estas cosas se ordenan convenientemente entre sí con relacion al fin último de la creacion, y que todas ellas sirvan de provechosos instrumentos de la justicia divina.

Y porque todas son un bien, y porque han sido hechas por el Autor de todo bien, ninguna de ellas puede alterar ni altera la inenarrable quietud y el inefable reposo del Hacedor de las cosas. Nada le pone horror, ni á sus ángeles, sino lo que Él no ha hecho: la desobediencia, el desórden, que son el supremo mal, que son la negacion del supremo bien; el pecado, que es el mal por excelencia.

El pecado vistió al cielo de lutos, al infierno de llamas y á la tierra de abrojos. Él fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo. Él fué el que cavó el sepulcro de las ciudades mas ínclitas y llenas de gente. Él pre-

sidió á los funerales de Babilonia la de los ostentosos jardines, de Nínive la excelsa, de Persépolis la hija del sol, de Mémfis la de los hondos misterios, de Sodoma la impúdica, de Aténas la cómica, de Jerusalem la ingrata, de Roma la grande; porque aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado. El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos, y todas las lágrimas que caen gota á gota de todos los ojos de los hombres; y los que es más todavía, y lo que ningun entendimiento puede concebir ni ningun vocablo expresar, él ha sacado lágrimas de los sacratísimos ojos del Hijo de Dios, mansísimo Cordero que subió á la cruz cargado con los pecados del mundo. Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reir, y los hombres y la tierra y los cielos le vieron llorar; y lloraba porque tenía puestos sus ojos en el pecado. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, y en la muerte de su amigo nada lloró sino la muerte del alma pecadora. Lloró sobre Jerusalem, y la causa de su llanto era el pecado abominable del pueblo deicida. Sintió tristeza y turbacion al poner los pies en el huerto, y el horror del pecado era el que ponía en Él aquella turbacion insólita y aquel paño de tristeza. Su frente sudó sangre, y el espectro del pecado era el que hacía brotar en su frente aquellos extraños sudores. Fué enclavado

en un madero, y el pecado le enclavó, el pecado le puso en agonía, y el pecado le dió muerte.

De D. Francisco Martínez de la Rosa

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO (1)

El sentimiento religioso es tan general, tan profundo, tan íntimo, como si la mano misma de Dios lo hubiese grabado en el corazón de los hombres.

Recorred las tribus salvajes en que apenas se divisa un embrión de sociedad, y ya descubriréis muestras é indicios de aquel sentimiento, si bien vago y confuso: entre el corto número de palabras empleadas para expresar los objetos materiales más útiles ó necesarios, encontraréis alguna destinada á expresar la idea de un Sér Supremo, ante el cual el rudo salvaje inclina respetuoso la frente.

En el estado de barbarie, el mismo sentimiento ha sido en todos tiempos y comarcas el instrumento más á propósito para adelantar en la larga y prolija obra de la civilización: sólo él ha podido amansar la fiereza de las costumbres y amansar los ánimos rudos y broncos para encerrarlos en los estrechos límites de la disciplina social.

(1) *Revista de Madrid*: tercera serie, tom. II, 1841.

Á nombre del cielo han tenido que mandar los primeros legisladores del mundo, para haber de ser obedecidos; y hasta en la antigua Roma, señora ya del Lacio, y despues que hubo demandado á la culta Grecia sus instituciones y leyes, vemos á la autoridad pública, tímida é impotente, no atreverse á reclamar en nombre de la sociedad agraviada la cabeza de los culpables, y exigirla con voz imperiosa para satisfacer á los dioses.

Empero ni el paganismo ni ninguna otra religion de los tiempos antiguos ó modernos ha tenido la virtud suma que posee el cristianismo para desarrollar *el sentimiento religioso*: y la razon es muy llana y sencilla.—Las demas religiones pueden llamarse, por lo comun, materiales, externas; se confunden casi con su culto, enciérranse en sus templos; el cristianismo, por el contrario, es más espiritual, más impalpable, más íntimo; no se contenta con regir las acciones, sino que sondea hasta los pensamientos; entabla una comunicacion misteriosa con Dios, y establece en el seno mismo del hombre una especie de tribunal, en que la propia conciencia acusa, y absuelve ó condena. Dote principalísima que da al cristianismo una preeminencia incalculable, áun cuando meramente se atienda al influjo que ejerce en las costumbres, como base á un tiempo y coronacion de la moral pública y privada.

No es fácil numerar todos sus beneficios: asómbrese la imaginacion y se replega en sí, como horrorizada y medrosa, al contemplar qué hubiera sido de la Europa si al verificarse la irrupcion de los pueblos del Norte, y al venir á tierra la caduca civilizacion del Imperio, se hubiera apagado de repente la celestial antorcha de la fe, dejando al mundo en tamaña confusion y tinieblas.

Porque es necesario no olvidar que aquellos hombres, de acero como sus armaduras, no presentaban sino un solo resquicio para llegar á su corazon. La religion únicamente pudo tener ascendiente bastante para predicar la *igualdad* á unos hombres ensoberbecidos cuya razon estaba en la punta de su lanza, y que no reconocian más derecho ni más título que la fuerza; y predicarles la *igualdad* hasta en el seno de sus hogares, al lado de sus débiles *esposas* y á presencia de sus propios *siervos*.

¡Pues qué diremos si contemplamos las continuas guerras que llenan el tristísimo cuadro de aquellos siglos de desolacion! Sólo la religion era capaz de contener algun tanto el ímpetu ciego y feroz de aquella gente; ya interponiendo la mediacion del sacerdocio, ya reclamando á nombre del cielo algun respiro ó tregua, ya, en fin, templando el furor de los combatientes, y poniendo tal cual dique á su encono y venganza.

En la historia de todas las naciones de Europa, por aquellos tiempos, se hallan pruebas y testimonios de esta verdad grata y consoladora, ensanchándose á veces el ánimo, como quien respira despues de un congojoso sueño, al ver cómo la religion iba adelantando paso á paso, en medio de tantos obstáculos y escombros, conduciendo de la mano á las naciones por la senda de la civilizacion y cultura.

Aconteció en aquellos tiempos (cual si estuviese en el signo de España no sufrir nunca una desdicha sola) la invasion de los árabes, que se enseñorearon de aquel reino: y esta circunstancia, que dió márgen á una guerra sangrienta, sin tregua ni descanso, por el trascurso de ocho siglos, no pudo ménos de ejercer grandísimo influjo en las instituciones, en las leyes, en las costumbres, en los hábitos, hasta en la lengua de aquella nacion. Formóse su carácter durante la contienda, como se temple el hierro con los golpes que recibe en el yunque, y el *sentimiento religioso*, probado y robustecido con la lucha y la resistencia, cobró necesariamente más tenacidad y pujanza.

No era ni ser podia, pacífico y contemplativo, como lo fué algun tiempo allá, en las regiones del Asia; en España tenía que ser activo, vigoroso, guerrero: las *órdenes militares*, con la cruz y la es-

pada, eran su verdadera imagen: ¡*Santiago y cierra España!* el grito natural al tiempo de trabarse la pelea.

Hermanando el *sentimiento religioso* con el amor á la independencia, contribuyó muy poderosamente al rescate y liberacion de la patria: por la fe se combatia, por la fe se triunfaba, á la fe se ofrecian los trofeos despues de la victoria; *Santa Fe* se llamó el postrer pueblo que nació como por encanto para anunciar su próximo fin al poder musulman en España.

Mientras con más atencion estudiemos los anales de aquella nación, más y más nos convenceremos de que el *sentimiento religioso* penetró, por decirlo así, hasta en las entrañas de la sociedad, dejando por todas partes estampado su sello. Rastread el origen de sus universidades y colegios, de sus escuelas y enseñanzas, de sus hospitales y hospicios, y lo hallaréis en el *sentimiento religioso*. Él abrió las puertas del saber, que tenía amuralladas la barbarie; él abrió asilos á la orfandad abandonada, á la pobreza desvalida, á la vejez débil y achacosa; hizo más, mil veces más que la decantada filosofía: ennoblecó la caridad, haciéndola bajar de los cielos. *Santo* se apellidó el hospital; ¡*hermanos* acudieron á consolar al más vil delincuente hasta el pie mismo del cadalso! *por Dios* pidió el menesteroso; y al negarle tal vez la corta

dádiva, el noble más altivo tuvo que rogar al mendigo que *por el amor de Dios le perdonase*.

Hasta en las bellas artes, si es lícito volver la vista al ornato de la sociedad cuando se trata de su cimiento y estructura, al *sentimiento religioso* es al que debe España las obras inmortales que le han dado fama y renombre. Y si no, haced la prueba: arrasad los edificios que aquel sentimiento ha levantado; destruid los mármoles á que ha dado vida; borrad los lienzos en que ha ofrecido objetos de piadoso culto á la adoracion de los fieles, y ¡contad despues lo que os queda!...

De D. Alberto Lista y Aragon

SOBRE EL MISMO ASUNTO.—NECESIDAD DE LA REVELACION (1)

No queremos nosotros degradar la razon humana hasta el punto de creer que no es capaz de elevarse por sí misma al conocimiento de la Divinidad. Lo que hicieron Sócrates y Marco Aurelio pueden indudablemente hacerlo todos los hombres, siempre que sepan dejar el uso de su inteligencia libre y desembarazado de toda preocupacion, de toda pasion, de todo interes. Pero ¿es fácil esto á todos los hombres? nó: y así es que son muy con-

(1) *Revista de Madrid*: primera serie, tomo II.

tados los filósofos, aún en los siglos más brillantes de la civilización griega y romana, que llegaron á adquirir nociones algo más exactas acerca del Sér Supremo. Pero cuando habla la revelación, se acaban las prescripciones, cesa el estímulo del interés y las pasiones se someten. Por eso la creemos necesaria; por eso creemos que, en las primeras edades del mundo, no tuvo otro medio para conservar la pureza de la religión natural: no porque la razón no pueda elevarse hasta ella, sino porque la revelación pone á todo el género humano en situación á propósito para conocer lo que sin la voz divina sólo hubiera vislumbrado un corto número de almas privilegiadas. La ley, dice San Agustín, estaba escrita en los corazones; pero como pocos hombres saben leer en su interior, Dios la escribió en las tablas. Ese es el efecto de la revelación: romper el velo que oculta al hombre el misterio de su existencia.

No podemos dejar de conocer el carácter de verdad que tiene la religión natural, cuando comparamos la revelación primitiva con los resultados que producen el estudio y los progresos de la ciencia psicológica. Esta admirable coincidencia en las nociones de la existencia y unidad de Dios, de la necesidad del culto y de la inmortalidad del alma, con el sentimiento religioso que eleva nuestros corazones hasta el Sér Supremo, y con la re-

velacion hecha por el mismo, prueba hasta la evidencia que tuvieron un solo origen los dictámenes de nuestro entendimiento, los afectos de nuestro corazon y la voz celestial que habló á los Patriarcas de la primera edad. Esta es la ocasion de decir con Racine, el hijo: *la razon conduce al hombre á la fe*. Su padre, más poeta que él, hubiera dicho: *la razon y el sentimiento*.

El sentimiento religioso prueba por sí solo la existencia del Dios que lo ha grabado en nuestras almas. Algunos han pretendido debilitar la fuerza de esta prueba moral, diciendo que no hay consecuencia del deseo ó de la necesidad que el hombre tenga de un objeto á su existencia real: y se fundan en las pasiones absurdas que nacen tal vez en el corazon humano, sin tener fuera de la fantasia objeto que les corresponda. Pigmaleon se enamoró, dicen, de una estatua; Narciso de sí mismo, y los niños quieren coger la luna.

Aquí no se trata de los caprichos, de las veleidades que suele tener una imaginacion individual, desarreglada por la demencia y áun por los vicios. Se trata de los deseos, de los instintos universales del género humano. Todos ellos se han dado para ser satisfechos, y tienen objetos que los satisfacen. Tampoco tratamos de las pasiones ficticias creadas por la sociedad, sino de los sentimientos puros inspirados por la naturaleza.

La sociabilidad, el amor, la compasion, la amistad, el deseo de la propia conservacion, el de la propagacion de la especie, el de satisfacer el hambre y la sed, el de *trabajar*, esto es, de ejercitar las facultades físicas é intelectuales; todos estos sentimientos, todas estas necesidades tienen objetos que los satisfacen en el mundo físico y moral. El instinto no engaña jamas. ¿Por qué, pues, nos habia de engañar el sentimiento de gratitud y amor al Sér independiente, sentimiento inspirado por nuestra propia independendencia? ¿Será falso é ilusorio el consuelo inefable que recibe el alma del justo luchando contra la adversidad, cuando dirige á Dios sus plegarias? ¿Será frustrada la esperanza del que confia en el Omnipotente? El pajarillo encuentra el grano y los materiales de su nido; el lirio su vestidura; ¿y sólo el hombre estará condenado á correr tras de una esperanza falaz? Más: el hombre halla la compañera que desea, el amigo que toma parte en sus penas: ¿y no encontrará nunca á su Dios? ¿Pues quién le ha inspirado ese deseo tan general, y si no tan vivo como los que se refieren á los objetos del mundo físico, mucho más constante, mucho más duradero que todos los demás?

La existencia de Dios es indudable para el hombre, pues el hombre implora su proteccion y desea ser amado de Él. El instinto religioso no exis-

tiría, si Dios no lo hubiera infundido. Hay Dios, pues todos los hombres dicen que le hay, y le adoran y respetan. Un pueblo de ateos es imposible, y áun no nos engañaremos si negamos la existencia del ateismo individual.

Otros filósofos, confesando la existencia del sentimiento religioso y admitiendo su consecuencia natural, esto es, el deber de la adoracion y del culto, creen indiferente la *forma*, es decir, el conjunto de los dogmas y prácticas religiosas, bajo las cuales se tributen el culto y la adoracion. No podemos adoptar esta indiferencia. ¿Sería lo mismo ofrecer á la Divinidad los niños criados, como á Moloc, ó la hostia inmaculada del cristianismo? ¿Sería indiferente honrar á Dios con la prostitucion y los desórdenes, como en el templo de Vénus Babilónica en las fiestas lupercales de Roma y en las pagodas del Indostan, ó con la virginidad, pureza y modestia de costumbres? ¿No hay diferencia entre sacrificar á los manes víctimas humanas, ó las viudas quemadas en honor de sus esposos, y dirigir plegarias al cielo por las almas de los difuntos? ¿Es igual someter el mundo á la violencia brutal, como los mahometanos, ó al imperio de la inteligencia y de la virtud, como el Autor del cristianismo? Pues tantos y tan grandes absurdos tienen que devorar los predicadores del indiferentismo.

El sentimiento religioso es natural y universal en el linaje humano; pero, así como los demás afectos naturales, puede degenerar, pervertirse, debilitarse con las falsas ideas, con los delirios de una imaginacion desarreglada, ó con la corrupcion del corazon. De estas fuentes han procedido las prácticas ridículas, los usos inmorales, las atrocidades monstruosas del fanatismo, que hicieron exclamar á Lucrecio:

Tantum religio potuit suadere malorum.

De D. Gaspar Melchor de Jovellanos

DEL ELOGIO DE LAS NOBLES ARTES (1)

Pasando á hablar de Sevilla, permitame V. E. que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazon oye el nombre de un pueblo cuyos ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Sí, gran Sevilla; sí, generosos sevillanos, yo voy á consagrar mi lengua en vuestro obsequio. ¡Feliz en este instante, en que la verdad me permite pagar á vuestra inclinacion el tributo de gratitud y de alabanza que os debo de justicia!

Sevilla habia cultivado las artes ántes de los

(1) Pronunciado en la Academia de Nobles Artes de San Fernando.

reyes Católicos, más como un oficio mecánico que como una profesion noble y liberal. El desgraciado Torrigiano, contemporáneo y rival de Buonarota, y los flamencos Flores y Campaña introdujeron en ella la emulacion y el buen gusto. Villegas, en cuyo favor no sólo hablan sus obras sino tambien la amistad con que le distinguió Arias Montano, y Luis de Vargas, llamado el Jacob de la pintura porque la buscó apasionado en Italia, á costa de dos viajes de siete años, fundaron en su patria aquel famoso estudio que produjo con el tiempo tan célebres artistas.

Era entónces moda en aquella culta y opulenta ciudad vestir las casas de cierta especie de tapicerías pintadas al temple, á que llamaban sargas. Como este género de pintura no dejaba lugar al arrepentimiento ni á la correccion, y era preciso para ejercitarle, sobre una grande exactitud en el dibujo, mucha destreza en el manejo del pincel, los antiguos pintores de Sevilla adquirieron en su ejercicio aquel valiente espíritu que caracteriza sus obras. Luis de Vargas y sus discípulos trabajaron en sargas con gran crédito; y en esta ocupacion se criaron tambien Luis Fernandez, artista eminente, segun el testimonio de Pacheco; los Castillos, los Vazquez, Valdivieso y el mismo Pacheco, insigne teórico, aunque no tan feliz en la práctica, más célebre por su enseñanza que por

sus obras, y mucho más célebre aún por haber sido suegro y maestro del gran Velazquez.

Este ejercicio y el de las academias de dibujo, que nunca faltaron, y fueron siempre muy frecuentadas en Sevilla, conservaron allí por mucho tiempo las buenas máximas, dando cada día un nuevo esplendor á las artes.

¡Ojalá pudiese yo hacer digna memoria de todos los insignes profesores de la Escuela sevillana! Pero ¿cómo podré olvidarme del doctor Pablo de las Roelas, del digno discípulo de Ticiano, que alguna vez se acercó en el colorido á su maestro y que le excedió acaso en la invencion, en el dibujo y en los nobles caractéres de sus figuras? ¿Cómo pasaré en silencio á Zurbarán, al imitador de Caravaggio, insigne por la fuerza de claro-oscuro, por la verdad de sus ropajes y por la facilidad de su dibujo? ¿Cómo no hablaré de Murillo, del suave y delicado Murillo, cuyo diestro pincel comunicaba al lienzo todos los encantos de la hermosura y de la gracia? ¡Gran Murillo! yo he creído en tus obras los milagros del arte y del ingenio: yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas, y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana. Tu nombre es el celebrado de todas las personas de buen gusto, pero ¡cuán más lo sería si el buril hiciese más conocidas tus obras!

De D. Manuel José Quintana

DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA UNIVERSIDAD
CENTRAL EL DIA DE SU INSTALACION
(7 DE NOVIEMBRE DE 1822)

El primer plantel de estudios generales que se conoció en Castilla se debió á aquel Alfonso que derrocó el poder agareno en las Navas de Tolosa y fué por su generosa condicion llamado el Noble. Si echamos la vista á la universidad de Salamanca se la ve halagada en sus principios y protegida á porfía por el gran Conquistador de Sevilla y por el augusto Legislador de las Partidas. El nombre para siempre ilustre de Fernando el Católico sirve de laurel á las escuelas de Valencia, miéntras que las de Alcalá se ensoberbecen de deber su fundacion á aquel varon extraordinario que, religioso primero, confesor de una reina y cortesano despues, prelado, ministro, al fin, y gobernador del Estado, tuvo todas las virtudes, reunió todos los talentos, y por la capacidad de su espíritu, por la energía de su carácter y por sus eminentes acciones se levanta igual en fama con los dos altos personajes entre quienes le presenta la Historia.

Las universidades se ostentan generalmente como los eslabones que en el inmenso vacío y lóbreguez de la Edad media enlazan la civilizacion antigua con la ilustracion moderna, como mo-

numentos que comprueban, aún en medio de aquellos tiempos feroces, el homenaje que el valor y el poderío tributaban al saber y á la razon; en fin, como la gradería que, aunque informe, ha servido de punto de apoyo al ingenio para desplegar sus alas y alzar el vuelo tan alto en las regiones de la sabiduría y de los descubrimientos. Y contrayéndome particularmente á las universidades de España, diría que, floreciendo á la par que las demas de Europa en el siglo décimosexto, quizás las aventajaron en erudicion, en gusto y en doctrina. De Salamanca, de Alcalá, de Valladolid y de Valencia salieron formados, como de excelentes talleres, los sabios que constituyen nuestra celebridad literaria en aquella edad tan ponderada. No sólo se señalaban en Teología y Jurisprudencia, en que eran eminentemente doctos, sino que acompañaron la gravedad de estos conocimientos con los estudios auxiliares de las lenguas sábias, de la erudicion antigua, de la Filosofía y de las Matemáticas. Y cuando se esparcieron por el mundo en los concilios, en las escuelas, en los concursos y en los libros, se hicieron estimar y respetar, y honraron el talento español por todos los ámbitos de Europa. Mentar los nombres célebres de Nebrija y de Brocense, de Luis de Leon y de Salinas, de Arias Montano y de Antonio Agustin, de Francisco Vallés, de Ponce y de otros ciento, no es porque

haya necesidad de recordarlos al concurso que me escucha, sino para tributar con mis palabras á aquellos hombres eminentes el feudo de respeto y gratitud que les es debido por su saber y por sus virtudes.

De D. Félix José Reinoso

SOBRE LA INFLUENCIA DE LAS BELLAS LETRAS
EN LA MEJORA DEL ENTENDIMIENTO Y RECTIFICACION
DE LAS PASIONES (1)

Desde los siglos de la literatura griega y romana está indecisa la cuestion sobre cuál contribuye más, si la naturaleza ó el arte, para hablar y para escribir bien. Demóstenes corrigió, á fuerza de estudio, los defectos en la pronunciacion y en la actitud y movimiento del cuerpo; y muchos despues de él han vencido por su aplicacion la ingratitude de la naturaleza, y triunfado de sus mayores obstáculos. ¡Tan grande es el poder que sobre ella logra el estudio! ¡Así la enseñanza del lenguaje, del estilo, de las gracias y ornato de la palabra tuvo siempre un lugar tan distinguido en los más sabios planes de educacion: así en todas las naciones civilizadas el arte de decir ha llevado so-

(1) Discurso leído en la clase de Humanidades de la Real Sociedad patriótica de Sevilla en 8 de Enero de 1816.

bre todos la primacía: así hasta los aduares errantes de los bárbaros procuran estudiar su lenguaje informe, atienden al donaire y fuerza y viveza de sus expresiones, y las escogen y ordenan para persuadir y mover. Un instinto de la naturaleza, ó más bien la experiencia con que ella los guía, hace conocer á todos la necesidad de limar y pulir el instrumento de la palabra: este cetro de oro, que dominó en Atenas y en Roma; que triunfa á un tiempo en la delicada Europa y en la feroz Tartaria; que vence, postra, avasalla, tiraniza duícemente, y fué y será siempre un déspota querido de los mortales, miéntas tuvieren entendimiento y corazon.

Porque no es menor el influjo de las Bellas Letras sobre la voluntad y sus hábitos, que sobre las percepciones del hombre. Verdad conocida por los mismos á quienes parece peligroso el estudio de la belleza; pues ningun daño pudiera temerse de él, si no se le supusiese alguna accion sobre las costumbres. En efecto, las sensaciones, que instruyen el entendimiento, en cuanto representan los objetos sensibles, esas mismas, en cuanto nos causan placer ó desagrado, son los móviles de la voluntad, y crean las pasiones con su repeticion. Ha de tener, pues, tan gran dominio sobre ellas el estudio de la belleza, es decir, el arte de buscar el placer en las sensaciones. ¿Y no podrá con ese dominio dirigirlas á la virtud?

No os sobresalteis, severos estóicos; no tembleis, moralistas rígidos, al oír el nombre, mal entendido, de placer. ¿Pretendeis privar al día de la aurora, robar al año su primavera, desnudar al campo de sus galas? ¿Osais despojar de las flores á la naturaleza, y hacerla que sólo brote espigas y racimos? He dicho mal; abrojos y espinares, pues sus frutos nos brindan un sinnúmero de delicias. La naturaleza dió al placer y al dolor el imperio sobre todos los sentimientos y operaciones del hombre; en vano intentaréis vosotros arrebatárselas: sus vasallos sois, cuando pensais haber sacudido su yugo. La honestidad, el buen nombre, su estimacion propia, la tranquilidad de su conciencia, que busca el filósofo cuando huye los deleites, lo atraen con un placer superior al que estotro le ofreceria. Si la reputacion de virtud es un placer peligroso y detestable para un asceta; si la complacencia de un interior puro y sin mancilla todavía le parece reprehensible ¡cuántos placeres no siente en obedecer la voluntad divina! ¡cuántos, cuán inmensos y perdurables no espera por cada momento de privaciones! El Dios de la naturaleza y de la gracia ha formado de tal manera el corazon humano, que jamás será atraído por el dolor, ni repulsado por el placer. Atractivos seductores nos extravian y arrastran á los crímenes; pero el crimen produce siempre conse-

cuencias dolorosas; pero el crimen nunca es bello, nunca su imagen bien trazada debe causar placer, y es una ocupacion del orador y del poeta retratar su deformidad para arredrarnos, pintar la hermosura de la virtud para atraernos. Si hay una belleza en el órden moral, como lo han mostrado tantos filósofos, ¿por qué no será ella el estudio del humanista, cuya profesion es el conocimiento de la belleza bajo todas sus formas?

Las sensaciones de placer despiertan los deseos hácia el objeto que nos le excita; y estos deseos, cuando por la reiteracion de las sensaciones se hacen permanentes, son, con más ó ménos vehemencia, los que se llaman pasiones: muelles poderosos de las acciones humanas, funestos cuando se desarreglan, utilísimos cuando se dirigen acordadamente. Tan estúpido es el desconocimiento de la utilidad de las pasiones, como vano y quimérico el propósito de destruirlas. Sólo queda un partido para evitar sus efectos perjudiciales; encaminarlas al bien. Hacer de la codicia un móvil del trabajo é industria; tornar la envidia ruin en una honrosa emulacion; convertir el orgullo en un estímulo para no envilecerse con los vicios; elevar la ambicion á la gloria de hacer felices; formar del temor un freno para los desórdenes; dirigir el odio contra la iniquidad; contener en límites justos al amor, ya que no es posi-

ble, ni debido, aniquilar esta pasión, conservadora del mundo; en una palabra, ganar el corazón del hombre para la virtud. Y si tan fuertes y sagaces son los enemigos con quienes se ha de luchar; si es tan difícil esta conquista, ¿por qué no han de emplearse en ella todos los pertrechos y máquinas del arte, todas las armas más poderosas? ¿Y cuáles son tanto como las que ofrece el estudio de la amena literatura? ¿Á quién es dado acallar el tumulto de las pasiones irritadas, encenderlas para el bien, persuadir, mover, triunfar del corazón humano, como á la elocuencia? ¿Quién puede dominarlo, arrebatarlo, volverlo á su voluntad, trasformarlo, como la poesía? ¿Cuál otra tiene tintas más negras para pintar lo horrendo del crimen; colores más vivos para copiar los desastres que le acompañan? ¿Cuál siembra más flores sobre el camino, tal vez áspero, de nuestros deberes? ¿Cuál otra puede así levantar el vuelo rápido, girar por el espacio inmenso de los orbes, seguir en su carrera los encendidos fanales que le iluminan, penetrar á la mansion eterna de la verdad y de la luz, mostrarnos la gloria del Hacedor en el firmamento, la risa de su semblante en el suave esplendor de la mañana, su voz imperiosa en el trueno, su cólera en la tempestad? Ya con más delicado pincel nos retrata

«La cándida virtud, cual pura rosa
Que, al rayo de la aurora, la cabeza
Levanta aljofarada (1);»

ya con rasgos fortísimos nos presenta la constancia inalterable del justo, á quien ni el pueblo amotinado amedrenta, ni el rostro encendido del tirano atemoriza, ni el bramido de los vientos, que revuelve los mares, le conmueve, ni el rayo le aparta de su propósito. Si se desplomase de sus ejes hecho pedazos, quedaria inmoble bajo las ruinas del universo.

De D. Joaquin María Sotelo

VINDICACION DE ESPAÑA CONTRA ALGUNOS
EXTRANJEROS, SUS DETRACTORES (2)

Un justo estimador de las ciencias respetará siempre aquella nacion que más haya cultivado las necesarias y útiles al linaje humano, y las haya reducido á sus verdaderos límites. Y ¿quién osará disputar á España esta gloriosa preferencia? Español fué San Isidoro, que en medio de la obscuridad de los siglos bárbaros supo unir el estudio de las ciencias al celo fervoroso por la religion. Español fué

(1) Melendez: tomo III, parte primera, oda 7.^a

(2) *Elogio de D. Juan Pablo Forner*; Madrid, 1798.

Cano, que, descubriendo y ordenando un plan teológico, regeneró la más sublime de todas las profesiones. Español fué Vives, que enseñó al hombre los fundamentos de su inclinacion al culto, y las razones filosóficas que acreditan la certidumbre de la fe cristiana. Españoles Cisneros y Arias Montano, cuyas políglotas contienen un portentoso monumento de su profunda instruccion en las sagradas letras y en los idiomas orientales; y españoles fueron todos aquellos eminentes varones que excitaron la admiracion de Europa en la augusta Asamblea de Trento. El primer tratado completo de moral cristiana fué obra de un dominicano español (1); y Rodriguez, Molina y Granada son los originales que han copiado los más célebres moralistas de todo el orbe católico. Raymundo de Peñafort perfeccionó el Código eclesiástico. Alfonso de Castilla y Jayme de Aragon restablecieron en Europa la ciencia legal, y formaron dos Códigos de leyes admirables á toda la posteridad. Nebrija restauró el estudio del derecho Romano, y abrió el camino allanado despues por el inmortal Arzobispo de Tarragona (2). Fernando el Católico inventó el sistema de la Milicia nacional, y formó una multitud de establecimientos más útiles al estado so-

(1) Fray Luis de Granada en el *Simbolo de la Fe*.

(2) D. Antonio Agustin.

cial que á su reyno mismo. Baltasar de Ayala dió á Grocio la primera idea de su obra sobre el derecho de la guerra, y de él y de los teólogos españoles entresacó este sabio holandés todos los materiales del primer Código universal de las naciones.

Á los españoles se debieron los adelantamientos que hizo el arte de la guerra en el siglo décimosexto, y la táctica militar se enseñó en sus universidades ántes que en ninguna academia de Europa. Las escuelas de Granada, Córdoba y Sevilla comunicaron á las demas naciones en el siglo XI los elementos de las Matemáticas, Química, Medicina, Astronomía, Botánica y demas ciencias naturales. Los españoles restituyeron la Dialéctica á su primitivo sér, desnudándola de las pueriles sutilezas con que la habia corrompido el frenesí de los comentadores. Victoria, Soto, Valencia y el restante escuadron de ilustres escolásticos convirtieron esta profesion, entónces semibárbara, en una ciencia sólida y reducida á principios ciertos. Los maestros públicos de España enseñaban en el siglo XIII la Retórica, las Matemáticas y la Astronomía, miéntras que los doctores de Boloña y París se ocupaban en métodos y disputas puramente escolásticas. El descubrimiento de la América enlazó la comunicacion entre todos los hombres, perfeccionó la ciencia de la navegacion,

abrió las fuentes de la riqueza pública, hizo comunes los dones de la naturaleza esparcidos en diversas regiones, dió el último golpe de destrucción á la anarquía, y una forma á la Medicina, á la Botánica y á la Historia natural. En España se formó el primer Código mercantil. Españoles fueron Monardes, Ledesma y Solano de Luque, que, observando las virtudes de las plantas, descubriendo remedios para enfermedades peligrosas y casi incurables, y estableciendo un nuevo sistema de pulso, disminuyeron los dolores y flaquezas de la mísera humanidad. La circulacion de la sangre y el arte de enseñar á los mudos quizás serian todavía dos verdades ignoradas, si en España no se hubieran descubierto,

Massillon, Bossuet y Bourdaloue aprendieron la elocuencia cristiana en Granada, Leon y otros ilustres españoles. La culta Europa no ha podido aún producir un digno imitador de Cervantes. Corneille y Molière no hubieran seguramente perfeccionado la poesía dramática si Calderon, Lope de Vega y Guillen de Castro no les hubieran precedido.

Á España debe la música moderna su restauracion y sus progresos. Berruguete y Herrera levantaban magníficos edificios en que se veian reunidas la elegancia griega y la grandeza romana, cuando en Francia apenas se conocia un archi-

tecto mediano. Las divinas obras de Murillo, de Rivera y de Velazquez son actualmente los dones más preciosos que pueden ofrecerse á los amantes de las Bellas Artes. La posteridad, que ha sumergido en un profundo olvido los nombres de Regnier y Bellay, ha inmortalizado los de Boscan, Mendoza y Garcilaso, sus contemporáneos. Y en fin, no hay profesion útil y agradable al hombre que no haya sido hermoçada entre las manos de los españoles; los cuales, no contentos con cultivarlas, han querido comunicar á las demas naciones los elementos del buen gusto en todos los ramos de la literatura, y dictarles las reglas de la verdadera Filosofía. El inmortal Vives investiga profundamente las causas de la corrupcion de las artes; desentraña los discursos é invenciones de todos los sabios y de todos los siglos; establece el verdadero método de enseñar las ciencias muchos años ántes que el célebre Bacon existiera entre los hombres, y enciende una luminosa antorcha, á cuyo brillante resplandor se disiparon las densas tinieblas que obscurecian el áspero y difícil camino de la sabiduría. Y ¿Europa, sin embargo, exclama Forner, no sólo olvida estos insignes beneficios que ha debido á España, sino que insulta á sus moradores con los vergonzosos epítetos de indolentes, de ignorantes y de bárbaros? ¿Cuál ha podido ser el origen de esta pérfida ingratitud, ó

quién ha inspirado á los filósofos de nuestro siglo este alto desprecio hácia la maestra y bienhechora universal de todas las naciones?

De D. Félix Maria Hidalgo

DEL DISCURSO SOBRE LA UNION QUE ENTRE SÍ TIENEN
LA RAZON Y EL BUEN GUSTO (1)

Con el hallazgo de las ideas ciertas é invariables de las cosas se establecieron de una manera positiva las reglas del Buen Gusto para todos los hombres y para todos los siglos; porque, desterrada la ignorancia, desaparecieron los crasos errores, y con ellos la impía supersticion que insulta á la Divinidad, de todo se espanta, todo la escandaliza, y por eso persigue al pensamiento y aprisiona en estrechos límites la inmensa capacidad de nuestra inteligencia. Entónces se desplegó el genio sublime y majestuoso de Cornelli hasta sobrepujar á Sófoeles; Racine inspiró á sus héroes aquella energía tierna y delicada, por la que sólo es comparable á Virgilio; Bossuet disputó la palma á los oradores antiguos, aventajó á sus contemporáneos y grangeó el renombre de Demóstenes moderno; Molière re-

(1) Leído en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Sevilla en 1833.

sució la musa de Menandro y se erigió en padre de la genuina comedia. Entre nosotros Melendez se alzó con la gloria de restaurador de nuestro Parnaso; Cienfuegos restableció á Melpómene sus aras y nos dió en sus composiciones el gusto de la verdadera tragedia; y Talía inspiró á Moratin el ridículo de las costumbres, con una diction inimitable, en un diálogo natural y encantador, superior á quanto en su clase se conoce.

El Buen Gusto es trascendental á todos nuestros conocimientos, y jamas el genio se despliega sino llevando delante esta antorcha que lo guia. Marmontel ha dicho que la razon es el ojo del genio; la imaginacion y el sentimiento sus alas. Así que, todos los ramos del saber participaron de su influjo, porque todos necesitaban de reforma, y no es la moral la que ha padecido ménos revolucion. ¿Qué son las verdades morales, sino las mismas verdades físicas consideradas abstractamente, y aplicables á las relaciones entre los hombres, que tienen por causa las necesidades de los mismos? Quanto sobre este punto habian escrito antiguos y modernos adolecia del espíritu de sistema, y ya habréis entendido que todo sistema es opuesto á la pesquisicion de la verdad; ésta se halla solamente en la naturaleza y en los hechos. Pues un genio lo hizo así, y, abarcando en toda su extension esta difícil é importante ciencia, la refundió

sobre verdades eternas, deducidas de la naturaleza humana y de los hechos esparcidos por todos los pueblos de la tierra. Sus trabajos y los de otros sabios eminentes, entre los que debemos contar á nuestro ilustre Jovellanos, han morigerado los pueblos, promovido su bienestar, reformado las legislaciones, influido en que la autoridad de los Gobiernos sea más ilustrada, conservadora y paternal, asegurado la suerte y estabilidad de los imperios, y rectificado ámpliamente y puesto en armonía el derecho de gentes.

La naturaleza, madre fecunda de todos nuestros conocimientos, nos invita con una voz persuasiva igualmente al estudio de las ciencias que al cultivo de las artes. ¿Puede pintarse sin estudiarla? ¿Y se la puede estudiar y pintar sin amarla? Instruir y agradar son dos cosas inseparables, que nunca deben perderse de vista, y de que no es posible prescindamos en un sistema de buenos estudios. *Nada hay más bello que la verdad*, ha dicho con su acostumbrado acierto Despreaux. Considere el astrónomo al sol en reposo, colocado en el centro de nuestro sistema planetario, y á los demás astros girando á su alrededor en órbitas concéntricas: calcule y determine todos los fenómenos que resultan de sus movimientos por la ley universal de la atracción. ¿Habrá por eso perdido algo el padre de la luz de su nativo esplendor, de su poder be-

néfico, de su imponderable belleza? Su inagotable calor permanecerá el mismo para reanimar y fecundar nuestro globo, vestir las selvas de su pomposo follaje, madurar los frutos que alimentan á los vivientes y tapizar la tierra de esmaltada verdura. El filósofo estudia los resortes secretos de la naturaleza, medita las leyes que arreglan su admirable y constante accion, sujeta sus efectos á peso, número y medidas; miéntras que el artista, sin traspasar la esfera de los sentidos, la imita en sus formas y nos multiplica con delicada eleccion las impresiones de agrado, de trasporte, de sublimidad que nos causa la vista y contemplacion del universo.

ORATORIA DEL FORO

De D. Juan Melendez Valdés

ACUSACION FISCAL CONTRA DON SANTIAGO DE N. Y DOÑA MARÍA VICENTA DE F., REOS DEL PARRICIDIO ALEVOSO DE DON FRANCISCO DEL CASTILLO, MARIDO DE LA DOÑA MARÍA, PRONUNCIADA EL DÍA 28 DE MARZO DE 1798 EN LA SALA SEGUNDA DE ALCALDES DE CÓRTE (1).

Llega, por último, el malvado, y ella le recibe gozosa, saliendo entónces de la alcoba del infeliz Castillo de servirle una medicina: hále dejado abiertas las puertas vidrieras para que en nada se pueda detener. Sepáranse los dos, á entretener ella sus criadas, y él á consumir la alevosía. Entónces fué cuando la fria rigidez del delito, efecto de una conciencia ulcerada y del sobresalto y el terror, ocupó apesar suyo todos los miembros de la doña María Vicenta; cuando entre las luchas y congojas de su delincuente corazon la vieron sus criadas helada y temblando, fingiendo ella un pre-

(1) *Discursos forenses*: Madrid, 1821.

ceptó de su inocente marido, insultándolo hasta el fin, para venir á acompañarlas (1). ¿Y pudo su lengua en aquel punto articular su nombre, y ser tan descarada la iniquidad? ¡oh impudencia! ¡oh perfidia! ¡oh barbaridad sin ejemplo!

Entretanto, el cobarde alevoso se precipita á la alcoba, corre el pasador de una mampara para asegurarse más y más, y se lanza, un puñal en la mano, sobre el indefenso, el desnudo, el enfermo Castillo. Éste se incorpora despavorido; pero el golpe mortal está ya dado, y apesar de su espíritu y de su serenidad sólo le quedan fuerzas, en tan triste agonía, para clamar por amparo á su alevosa mujer. *Maria Vicenta, Maria Vicenta*, repite por dos veces (2); y ella en tanto entretiene falaz á las criadas, fingiendo desmayarse, el adulterio y el parricidio delante de sus ojos, y la sangre, la venganza y las furias en su inhumano corazón.

Castillo, el infeliz Castillo, que la ha llamado en vano, hace un último esfuerzo y se arroja del lecho entre las angustias de la muerte, lidiando por defenderse del bárbaro agresor: luchan y se agarran los dos, y logra en su agonía arrancarle la máscara y descubrirle y conocerle; pero él, más y más colérico y despiadado, repite sus agudos gol-

(1) Lo declaran así las dos criadas.

(1) Así lo declaran los reos y las dos criadas.

pes y le hiere hasta once veces en el pecho y en el vientre, siendo mortales por necesidad las cinco de sus puñaladas. Cae con ellas la víctima inocente sin aliento, volviendo sin duda sus desmayados y moribundos ojos hácia la misma adúltera que le mandara asesinar; y el matador, en tanto, con una serenidad atroz y sin ejemplo, va tranquilo á buscar y coger dos doblones de á ocho, precio de su horrible atentado, de la naveta de un escritorio, y á presencia del sangriento y palpitante cadáver (1). Permita V. A. que en este instante le trasporte yo con la idea á aquella alcoba, funesto teatro de desolacion y maldades, para que lllore y se estremezca sobre la escena de sangre y horror que allí se representa. Un hombre de bien, en la flor de sus dias y lleno de las más nobles esperanzas, acometido y muerto dentro de su casa; desarmado, desnudo, revolcándose en su sangre, y arrojado del lecho conyugal por el mismo que se lo manchaba; herido en este lecho, asilo del hombre el más seguro y sagrado; rodeado de su familia, y en las agonías de la muerte, sin que nadie le pueda socorrer; clamando á su mujer, y esta furia, este mónstruo, esta mujer impía haciendo espaldas al parricidio, y mintiendo un desma-

(1) Todo el hecho resulta así de las deposiciones uniformes de los dos reos.

yo para dar tiempo de huir al alevoso (1): éste infeliz, el puñal en la mano, corriendo á recoger con los dedos ensangrentados el vil precio de su infame traicion; la desesperacion y la furia que lo cercan ya y se apoderan de su alma criminal, miétras escapa temblando y azorado, entre la oscuridad y las tinieblas, á ponerse en seguro; el clamor y la gritería de las criadas, su correr despavoridas y sin tino, su angustia, sus ayes, sus temores; el tumulto de las gentes, la guardia, la confusion, el espanto, y el atropellamiento y horror por todas partes. ¡Retira V. A. los ojos! ¡se aparta consternado! Nó, señor, nó; permanezca firme V. A., mire bien y contemple ¡qué cuadro, que objeto, qué lugar, qué hora aquella para su justísima severidad y sus entrañas paternales, para su tierna solicitud y su indecible amor

(1) Dicen las dos criadas en sus declaraciones que habiendo corrido á las voces del amo á socorrerle, y hallando cerrada la mampara de la alcoba, que solia estar abierta, y la del pasillo del recibimiento, le dió una congoja á doña María Vicenta, en cuyo tiempo, sin duda, escapó el asesino, y que vuelta en sí buscaron un cuchillo, con que rompieron la mampara; pero no viendo la luz que habia quedado ardiendo, ni á nadie, dieron voces por un balcon clamando *ladrones, ladrones*, á que acudieron en su favor todos los vecinos, añadiendo una que intentaron tirarse por dicho balcon, y las instaba á ello su ama; pero que aquéllos se lo impidieron, concurriendo despues más gentío, y los soldados del cuartel inmediato.

hácia todos sus hijos! Allí quisiera yo que hubieran podido empezar las diligencias judiciales; allí que hubieran podido ser preguntados los reos en nombre de la ley; allí, delante de aquel cadáver aún palpitante y descoyuntado, traspasado, ó más bien despedazado el pecho, caidos los brazos, los miembros desmayados, apagados los ojos, y todo inundado en su inocente sangre; allí, señor, allí, y entre el horror, las lágrimas y la desolacion de aquella alcoba; aquí á lo ménos poderlos trasladar ahora, ponerlos en frente de esas sangrientas ropas, hacérselas mirar y contemplar, lanzárselas á sus indignos rostros, y causarles con ellas su estremecimiento y agonías. Así empezaria el brazo vengador de la eterna justicia á descargar sobre ellos una parte de las gravísimas penas á que es acreedora su maldad.

Cargados día y noche con su enorme peso, en vano, señor, han intentado huirlas. La Providencia, que aunque inescrutable en sus caminos, vela sin cesar desde lo alto sobre la inocencia atropellada, tendió en derredor sus invisibles redes, tomándoles los pasos á uno y otro; y cuantos han dado por salvarse, se puede bien decir han sido todos para correr al merecido cadalso.

GENERO DIDACTICO



De Antonio de Nebrija

DE LA PRIMERA INVENCION DE LAS LETRAS
Y DE DÓNDE VINIERON PRIMERO Á NUESTRA ESPAÑA (1)

Entre todas las cosas que por experiencia los hombres hallaron, ó por revelacion divina nos fueron demostradas para pulir y adornar la vida humana, ninguna otra fué tan necesaria, ni que mayores provechos nos acarrease, que la invencion de las letras. Las cuales, así como por un sentimiento y callada conspiracion, de todas las naciones fueron recibidas. La invencion de ellas, todos los que escribieron de las antigüedades dan á los asirios, sacando á Gelio, el cual hace su inventor á Mercurio en Egipto; en aquella misma tierra á Antífelides Amenon, quince años ántes

(1) *Gramática* que nuevamente hizo sobre la lengua castellana, y dedicó á la muy alta y esclarecida princesa doña Isabel, tercera de este nombre. Salamanca, 1492.

que Foroneo reinase en Árgos, cuyo tiempo concurre con el año ciento veinte despues de la repromision hecha al patriarca Abraham. Entre los que atribuyen la invencion de las letras á los asirios, hay mucha diversidad. Epígenes, el autor más grave de los griegos, y con él Tritodemo y Beroso, hacen sus inventores á los babilonios; y, segun el tiempo que ellos escriben, mucho ántes del nacimiento de Abraham. Los escritores de España, en favor de nuestra religion, dan esta honra á los judíos, como que era la mayor antigüedad de letras. Refiérense á la edad de Moisés, en el cual tiempo ya éstas florecian en Egipto, no por figuras de animales, como de primero, mas por líneas y trazos. Todos los otros autores dan su invencion á los fenices, los que no ménos fueron inventores de otras muchas cosas, como de cuadrar piedras, de hacer torres, de fundir metales, de formar vasos de vidrio, de navegar al tino de las estrellas, de teñir el carmeso (1) con la flor y sangre de las púrpuras, de trábucos y hondas; no, como dijo Juan de Mena, los mallorqueses. Así que los judíos las pudieron recibir de aquestos, por ser tan vecinos y comarcanos que deslindaban y partian término con ellos. Ó de los egipcios, despues que Jacob descendió con sus hijos en Egip-

(1) Lo mismo que carmesí.

to á causa de aquella hambre que leemos en el libro de la generacion del cielo y de la tierra. Lo cual se me hace más probable, por lo que entre los griegos escribe Herodoto, padre de las historias, y entre los latinos Pomponio Mela, que los egipcios usan de sus letras al revés, como agora vemos que los judíos lo hacen. Y si verdad es lo que afirman Epigenes, Tritodemo y Beroso, la inventora de las letras fué Babilonia. Considerando el tiempo en que ellos escriben, pudo traerlas Abraham, cuando, por mandado de Dios, salió de tierra de los caldeos, que propiamente son babilonios, y vino en la de Canaam. Ó despues, cuando Jacob volvió en Mesopotamia y sirvió á Labán, su suegro.

Mas, así como no es cosa muy cierta quién fué el primero inventor de las letras, así entre todos los autores es cosa muy constante que de Fenicia las trajo á Grecia Cadmo, hijo de Agenor, cuando, por la forzosa condicion que su padre le puso de buscar á Europa, su hermana, la cual Júpiter habia robado, vino á Boecia, donde pobló la ciudad de Tébas. Pues ya ninguno duda que de Grecia las trajo á Italia Nicostrata, que los latinos llamaron Carmenta, la cual, siguiendo el voluntario destierro de su hijo Evandro, vino de Arcadia en aquel lugar donde agora Roma está fundada, y pobló una ciudad en el monte Palatino, donde

después fué el palacio de los reyes y emperadores romanos. Muchos podrian venir en esta duda, quién trajo primero las letras á nuestra España, ó de dónde las pudieron recibir los hombres de nuestra nacion. Aunque es cosa muy semejante á la verdad que las pudo traer de Tébas, las de Boecia, Baco, hijo de Júpiter y Semeles, hija de Cadmo, cuando vino á España, cuasi doscientos años ántes de la guerra de Troya, donde perdió un amigo y compañero suyo, Lisias, de cuyo nombre se llamó Lisitania, y despues Lusitania, todo aquel trecho de tierra que está entre Duero y Guadiana. Pobló á Nebrisa, que por otro nombre se llamó Veneria, puesta, segun Plinio en el libro tercero de la natural historia, entre los esteros (1) y albinas de Guadalquivir, la cual se llamó Nebrisa de las nebrides, que eran pellejas de gamas de que usaban en sus sacrificios, los cuales él instituyó allí, segun escribe Silio Itálico en el tercero libro de la segunda guerra púnica. Así que, si queremos creer á las historias de aquellos que tienen autoridad, ninguno me puede dar en España cosa más antigua que la poblacion de mi tierra y naturaleza; porque la venida de los griegos de la

(1) Laguna ó balsa que se forma con las aguas del mar en las tierras inmediatas á él, que están más bajas. Llámase tambien albina de marisma,

isla de Zacinto y la poblacion de Sagunto, que ahora es Morviedro, ó fué en este mismo tiempo, ó poco despues, segun escriben Boco y Plinio en el libro diez y seis de la natural historia. Púdolas así mismo traer, poco ántes de la guerra de Troya, Hércules el Tebano cuando vino contra Geriones, rey de Lusitania, el cual los poetas fingieron que tenia tres cabezas. Ó poco despues de Troya tomada, Ulises, de cuyo nombre se llamó Olissipo la que agora es Lisbona. Ó Astur, compañero y regidor del carro de Menon, hijo del Alba, el cual tambien, despues de Troya destruida, vino en España y dió nombre á las Astúrias. Ó en el mismo tiempo, Téucro, hijo de Telamon, el cual vino en aquella parte de España donde agora es Cartagena, y se pasó despues á reinar en Galicia. Ó los moradores del monte Parnaso, los cuales poblaron á Cazlona, nombre sacado del de su fuente Castalia. Ó los mismos fenices, inventores de las letras, los cuales poblaron la ciudad de Caler, no Hércules ni Espan, como cuenta la general historia. Ó despues los cartagineses, cuya posesion por muchos tiempos fué España. Mas yo creeria, que de ninguna otra nacion las recibimos primero que de los romanos, cuando se hicieron señores de ella, cuasi doscientos años ántes del nacimiento de Nuestro Salvador. Porque si alguno de los que arriba dijimos trajera las letras á

España, hoy se hallarian algunos momos (1), á lo ménos de oro y de plata, ó piedras cabadas (2) de letras griegas y púnicas, como agora las vemos de letras romanas, en que se contienen las memorias de muchos varones ilustres que la rigieron y gobernaron desde aquel tiempo hasta quinientos y setenta años despues del nacimiento de nuestro Salvador, quando la ocuparon los godos. Los cuales no solamente acabaron de corromper el latin y lengua romana, que ya con las muchas guerras habia comenzado á desfallecer, mas áun torcieron las figuras y trazos de las letras antiguas, introduciendo y mezclando las suyas, cuales las vemos grabadas en los libros que se escribieron en aquellos ciento y veinte años que España estuvo debajo de los reyes godos. La cual forma de letras duró despues en tiempo de los jueces y reyes de Castilla y de Leon, hasta que despues, poco á poco, se comenzaron á concertar nuestras letras con las romanas y antiguas; lo cual en nuestros dias, y por nuestra industria, en gran parte se ha hecho. Y esto abasta para la invencion de las letras y de dónde pudieron venir á nuestra España.

(1) Gesto, figurada, ó mofa.

(2) Lo mismo que cóncavas.

Del Maestro Francisco de Medina

NECESIDAD DEL ESTUDIO Y ACRECENTAMIENTO DE NUESTRA LENGUA (1)

Siempre fué natural pretension de las gentes victoriosas procurar extender, no ménos el uso de sus lenguas, que los términos de sus imperios. De donde antiguamente sucedia, que cada cual nacion tanto más adornaba su lenguaje cuanto con más valerosos hechos acrecentaba la reputacion de sus armas. Porque, dejadas aparte las primeras monarquías que tan luengo discurso de años ya casi tiene sepultadas en el olvido, ¿quién sabe cuántos ejércitos y poblaciones salieron de Grecia á buscar, ó nuevas ocasiones de proezas militares, ó más fértiles y seguros asientos para su vivienda, que así mesmo no sepa cuán extendida se derramó por el mundo aquella lengua, entre las profanas la mejor y más abundante? Notoria es á todos la grandeza del imperio romano, pues, cuando fallara el testimonio de tantos escritores, los destrozos solos de sus ruinas la manifestaran; pero más notorio es cuán anchamente se esparció el lenguaje de Roma, pues hoy dia parecen infinitos rastros suyos, conservados en las hablas de tantas y tan diver-

(1) Prólogo de las *Anotaciones á las obras de Garçilaso de la Vega*, por Fernando de Herrera; Sevilla, 1580.

sas gentes. Crecieron, por cierto, las lenguas griega y latina al abrigo de las victorias, y subieron á la cumbre de su exaltacion con la pujanza del Imperio. Y fueron tan prudentes ámbas naciones, que, pretendiendo con ardor increíble la felicidad de sus repúblicas para la vida presente, y la inmortalidad de su fama para los siglos venideros, entendieron que con ningun medio podian conseguir mejor lo uno y lo otro que con el esfuerzo de sus brazos y con el artificio de sus lenguas. Con aquél adquirian y conservaban las cosas de que á su parecer tenian necesidad para vivir dichosos; de éste se servian para el mismo efecto, y no ménos para perpetuar la memoria de sus hazañas. Por lo cual me suelo maravillar de nuestra flojedad y negligencia; porque, habiendo domado con singular fortaleza y prudencia casi divina el orgullo de tan poderosas naciones, y levantado la majestad del reino de España á la mayor alteza que jamas alcanzaron fuerzas humanas; y fuera de esta aventura, habiéndonos cabido en suerte una habla tan propia en la significacion, tan copiosa en los vocablos, tan suave en la pronunciacion, tan blanda para doblalla á la parte que más quisiéremos, ¿somos, diré, tan descuidados, ó tan ignorantes, que dejamos perderse aqueste raro tesoro que poseemos? Gastamos inmensas riquezas en labrar edificios, en plantar jardines, en ataviar los trajes;

y no contentos con estos deleites, permitidos á gente vencedora, cargamos las mesas de frutas y viandas tan dañosas á la salud cuan várias y desconocidas. Inventamos estos y otros regalos de excusados entretenimientos, engañados con una falsa apariencia de esplendor; y no hay quien se condolezca de ver la hermosura de nuestra plática tan descompuesta y mal parada, como si ella fuese tan fea que no mereciese más precioso ornamento, ó nosotros tan bárbaros que no supiésemos vestilla del que merece. No negaré que produce España ingenios maravillosos; pues á la clara se ve su ventaja en todas las buenas artes y honestos ejercicios de la vida. Mas osaré afirmar, que en tan grande muchedumbre de los que hablan y escriben romances, se hallarán muy pocos á quienes se deba con razon la honra de la perfecta elocuencia. Bien es verdad, que en nuestros tiempos han salido en público ciertas historias llenas de erudicion y curiosa diligencia, y de cuyos autores, por la antigüedad y eminencia de sus estudios, esperábamos un estilo tan lleno y adornado quanto lo pedia la dignidad del sugeto. Mas, leidos sus libros con atencion, vimos nuestra esperanza burlada, hallándolos afeados con algunas manchas, que, áun miradas sin envidia, son dignas de justa reprehension. Concedo tambien haber criado en pocos años la Andalucía cuatro ó cinco escrito-

res muy esclarecidos por las grandes obras que compusieron; los cuales, ó porque fueron de los que comenzaron aquesta empresa, y las que son tan difíciles no se acaban en sus principios, ni con las fuerzas de pocos; ó porque no supieron cumplidamente la arte de bien decir, ó al ménos no curaron de guiarse por ella, admitieron algunos defectos, que no dejaron de oscurecer la claridad de sus escritos. Alguno de ellos pudiera colmar nuestro deseo con el ardor de un amor divino en que se abrasan sus palabras y sentencias, sin comparacion artificiosas, con las cuales se inflaman los corazones de los lectores, moviéndolos poderosamente al sentimiento que quiere. Fray Luis de Granada, digo, á quien nombro en honra de la Andalucía, maestro incomparable de discrecion y santidad.

**Del Doctor Bernardo de Aldrete,
Canónigo de Córdoba**

PRINCIPALES FUENTES DE LA LENGUA CASTELLANA
SU DIGNIDAD Y EXCELENCIA (1)

Comunmente he oído, que el romance, que ahora usamos, y en que esto se escribe, se derivó

(1) *Del origen y principio de la Lengua castellana ó Romance que hoy se usa en España: Roma, 1606.*

de la lengua latina, ó romana, y de ella tuvo su principio y nombre. Este sentimiento comun tuvo sin duda muy buenos originales, porque habiéndolo mirado y considerado despacio, hallo que es muy cierto. La causa de esto fué que muchos años en España fué vulgar la lengua latina, en el tiempo que pacíficamente la poseyeron, poblaron y vivieron los romanos. Con la venida de los vándalos y godos, como se mudó el imperio, tambien la lengua; pero no del todo, sino sacando de ella la vulgar que usamos, variándose con los tiempos.

Grande alabanza del romance es que sin haberlo procurado cultivar, ántes desamparado, haya florecido con tanta excelencia; evidencia manifiesta que si lo hubieran con artificio dispuesto, y con lo mismo que tiene lo hubieran enjoyado, estuviera mucho más adelante. Poco debe á los suyos, pues ni de su industria ni solicitud nada le ha venido y todo es de su cosecha lo que tiene. Porque como campo fértil, sin que nadie le haya puesto la mano, se viste y esmalta de lo más hermoso y lindo que tienen los jardines donde la destreza acompaña con el plantar el órden y disposicion, dando á cada cosa su lugar, todo lo cual falta en esotro; pero en lo que tiene no puede ser ni es más apacible, ni vistoso. Este es el estado de nuestra lengua, muy falta de arte y artificio, y muy llena de todo lo bueno, que cualquiera otra tie-

ne muy digno de estima, y que nos preciamos de ella. Si buscamos suavidad y dulzura, ella la ostenta, acompañada de gran sér y majestad, conveniente á pechos varoniles y nada afeminados. Si gravedad, tiénela tan apacible, que no admite arrogancia ni liviandad. Si candidez y pureza, hállase en ella con tanto primor y compostura, que no sufre cosa lasciva ni descompuesta. Si agudeza, la suya es con tal viveza que pica sin lastimar. Si modos de decir, en ellos ninguna lengua le hace ventaja, tan proporcionados y ajustados, que sin afectacion declaran y contienen gran énfasis y significacion. Si donaire y gracia, excede á las demás, con tan buen gusto, que todos lo reconocen, sin exceptuar los que de ella no son partidarios. Si copia y abundancia, alcánzala tan grande que no mendiga, como algunos piensan, sino ántes como riquísima describe, pinta y enseña con variedad y buen adorno de palabras una gran multitud de cosas que en otras lenguas no se hallan. Corresponde á manifestar con propiedad, sin límite ni tasa, todo lo que el entendimiento humano concibe y alcanza y en lo criado se conoce. En la oratoria no deja requisito á que cumplidamente no satisfaga con elocuencia; hinche todo lo que las reglas de ella piden, tiene gran fuerza y energía en persuadir y disuadir, siendo en el mover vehementísima. En la poesía es admirable, no liviana

ni licenciosa: corta, alarga y abrevia cuanto se requiere para que el verso sea sonoro, limpio, terso, sin que le falte número. Los que esto no guardan á nadie agradan, y sirven sólo de lo que el Lírico (1) dijo: de papel para cubiertas en las especerías. En la historia, con grandeza y majestad todas sus partes abraza y áun las colma: es fácil y graciosa en el decir, aguda y facunda en las sentencias; discurre con libertad modesta, de suerte que todo lo hinche sin que por ella quede. En la filosofía y medicina á todas las cosas acude y da gran punto. En la facultad de ámbos Derechos en nada es corta; ni de la una ni de la otra sus términos particulares la impiden para que con facilidad no se explique, con tanta destreza y cortesanía, que parece que en ella fueron nacidas y criadas. Á lo más alto de la sagrada Teología, cuanto nuestra capacidad sufre, se encumbra y se levanta sin que se muestre torpe ó muda; en todo habla despiertamente, sin tropiezo ni impedimento. Testigo son de aquesto los libros que de esta soberana materia han sacado varones insignes en santidad y doctrina de nuestros tiempos dichosos en esto, que así los ilustra é ilustrará en los venideros, con que claramente muestra, que para las alabanzas divinas, ora sea en prosa, ora en verso, es muy á propósito; y si todo

(1) Horacio.

lo bueno que con vivo sentimiento y espíritu venido del cielo se ha cantado y dicho se hubiera recogido y puesto en orden, como vemos lo griego y lo latino, no fuera á éstos inferior, ni de ménos estima. ¿Qué lengua admite las chanzonetas y villancicos con que las Navidades se regocijan? Lo más delgado, lo más acendrado de los santos y sus conceptos, y otros nuevos, los cifran y ciñen en dos palabras, con tanto donaire y gracia, que causan una gustosa devocion y un devoto consuelo.

GÉNERO HISTÓRICO

NARRACIONES Y DESCRIPCIONES

Del Obispo D. Fr. Bartolomé de las Casas

CONTRA LA ESCLAVITUD DE LOS INDIOS (1)

Todos los indios que se han hecho esclavos en las indias del mar Occéano, desde que se descubrieron hasta hoy, lo han sido injustamente; y los españoles poseen á los que hoy son vivos, por la mayor parte con mala conciencia, aunque sean de los que hubieron de aquéllos. Yo no encuentro motivos para tan censurable apropiacion, ni por injurias que los indios les hubiesen hecho, ni porque les persiguiesen, impugnasen ni inquietasen, porque nunca los vieron ni conocieron, segun hacen los turcos y los moros de África; ni porque detuviesen nuestras tierras, que en otro tiempo hubieran sido de cristianos, porque nunca lo fue-

(1) *Tratado comprobatorio del Imperio soberano y principado universal que los reyes de Castilla y de Leon tienen sobre las Indias: Sevilla, 1552.*

ron, ó, á lo ménos, no hay noticia de ello, como África lo fué en tiempo de San Agustin, y el reino de Granada, y lo es el imperio de Constantinopla y el reino de Jerusalem. Ni tampoco porque sean enemigos capitales de nuestra santa fe, que trabajasen en destruilla, ó por abiertas persecuciones, ó por cultas persuasiones, prodigando dádivas y dones, ó por otra cualquiera manera, forcejeando porque los cristianos la renegasen, con intencion de encumbrar la suya; como quiera que teniendo noticia de ella, con grande jubilacion aquellas gentes indianas la recibian. Pues por sola la ampliacion y predicacion de la fe entre zonas y tierras de gentiles, como son aquéllas, nunca hubo ley divina ni humana que guerra consintiese ni permitiese; ántes la condenan todas, si no queremos afirmar que la ley evangélica, llena toda de dulzor, ligereza, blandura y suavidad, se deba de introducir como la suya introdujo Mahoma. Otra causa, que podria ocurrir, conviene á saber, por razon de auxiliar á los inocentes; en este caso, de ella agora no es menester tratar. Lo uno, porque nunca por nuestros españoles tal guerra se ha pretendido, sino matar, despojar y robar los inocentes, usurparles sus tierras, sus haciendas, sus estados y señoríos. Lo otro, porque esta guerra habia de ser al modo de las civiles ó particulares, donde no son esclavos los que se prenden en ellas. Y habríanse pri-

mero de mirar y considerar muchas circunstancias que la justificasen, y que no fuese con más injusticia que las otras guerras. Así como si por ella podrian padecer más inocentes en cuerpos y en ánimas, que librarse pretendian, y seguirse mayores daños y escándalos, infamia, odio, y aborrecimiento de la fe y impedimento de la conversion de infinitos pueblos, con muchos más inconvenientes. Pues como por ninguna de las dichas causas, y no hay otras, y si las hay á éstas serán reducibles, los españoles no pudieron hacer contra los indios justa guerra.

Del Maestro Pedro de Medina

DE LA GRAN BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA,
MUY SEÑALADA ENTRE CRISTIANOS Y MOROS (1)

El rey don Alonso VIII de Castilla, teniendo aplazada la batalla con Miramamolín de Marruecos y con los moros de España, éste se puso con grandes huestes en el campo llamado de las *Navas de Tolosa*, que es encima de Jaén, á la parte de Castilla; donde mandó hacer un corral cercado de cadenas, en que puso dentro y en derredor de él

(1) *Libro de las grandezas y de las cosas memorables de España*: Sevilla, 1548.

cien mil moros armados para guarda de su persona. Entre los cuales habia muchos de á pie, que estaban atados unos con otros de entrámbas piernas, porque no tuviesen esperanza de huir y peleasen con todo esfuerzo. Fuera del corral ó pallenque estaban grandes hileras de caballeros moros del linaje de los almohades, tantos y tan armados, que era espanto de ver. Á la parte derecha é izquierda muchas filas de ginetes alárabes, muy ligeros, y además de estos otros infinitos moros de á pie. El rey don Alonso de Castilla estaba en Toledo recibiendo las gentes que á él venian de todas las partes de Europa con deseo de hallar en esta batalla, porque fué cruzada que otorgara el Sumo Pontífice, bendiciendo á todos los que en ella peleasen. Y así venian todos armados y distinguidos con la señal de la Cruz, como los que pasaban á conquistar la Tierra Santa, y por eso la victoria de esta lucha fué atribuida á la gloriosa Cruz. Así, llámase hasta hoy el *Triunfo de la Cruz*, porque estando para romper la batalla apareció en el cielo una muy hermosa, de muchos colores, y cuando los cristianos la observaron viéronla por muy buena señal y dieron muchas gracias á Dios por ello. Y aunque para la contienda se juntaron tantas gentes de muchos reinos, Dios, que ordena todas las cosas conforme á su voluntad, quiso que entre ellos no hubiese discor-

dia ó turbacion alguna que pudiera detener ni embargar el negocio y ejecucion de la pelea; y así, cada dia se aumentaba el número de los que venian á la cruzada y traian sobre sí la señal de la Cruz. Allí se oyeron altos nombres de muchas partes; todas estas gentes estuvieron á las expensas del Rey hasta el tiempo de la batalla. Allí vino el rey don Pedro de Aragon, amigo muy fiel del rey don Alonso, segun el prometimiento que le hizo sobre la ciudad de Cuenca, teniéndola el rey don Alonso cercada á los moros, trayendo mayores jornadas que á rey pertenecian. Y como quiera que las costumbres de los extranjeros desacordaban mucho á las de la tierra, así satisfacía el Rey á todos, para que no hubiera ninguno descontento; porque con la virtud y discrecion, que es maestra de todas las cosas, templaba las costumbres de cada cual con mucha sabiduría y cumplida avision. Partiendo, pues, las huestes de Toledo, llegaron á Alárcos y asentáronse sobre el castillo, que luégo fué tomado con otros lugares vecinos. Allí llegó don Sancho, rey de Navarra, el cual, como quiera que al comienzo mostraba no ser su voluntad venir á la batalla, no quiso en su nobleza hacerse ajeno del servicio divino. Y movidos de allí los tres reyes, y llegados los cristianos á vista de los paganos, á la media noche comenzáronse á oir voces de alegría y de confesion en el real de

aquéllos y decir por el pregon en alta voz que se aparejasen todos para la batalla del Señor. Dichas misas y hecha la confesion, y recibida la absolucion y el Santísimo Sacramento de Nuestro Señor Jesucristo, tomadas las armas, salieron al lugar del combate: alzadas las manos al cielo, y enderezados los ojos á Dios, y encendidos los corazones en el deseo del martirio, y tendidos los pendones de la fe, llamando al nombre Santísimo del Rey perdurable. En esto fueron ayuntadas las huestes. Un Domingo Pascual, canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, llevaba ante aquel Arzobispo la Cruz de que él suele siempre ser precedido. Entra con ella por medio de las falanjes de los moros, y pasó heróico sin ningun tropiezo y prodigiosamente sin recibir herida. En el pendon del Rey estaba pintada la imágen de la gloriosa y muy bienaventurada Virgen Santa María, defensora y patrona del reino de Toledo y de toda España. Al contemplarlo, toda aquella compañía espantosa y sin cuento de moros, que hasta allí se habian detenido muy reciamente, fué derribada, y la mayor parte de ellos muertos, y otros huyeron. Fueron los cristianos siguiendo á su alcance por tres dias. Cuenta el arzobispo don Rodrigo, que de ochenta mil de á caballo que los moros eran, fueron allí muertos treinta y cinco mil, y de peones doscientos mil. Muchos ménos de los cristianos, por singular

portento. Fué esta batalla á veinte de Abril del año del Señor de mil y doscientos y doce. Despues de la victoria en ella, los cristianos cogieron el despojo del real de los moros, que fué muy grande á maravilla, porque hallaron en él sumas considerables de oro y plata, paños ricos, caballos, armas y otras muchas cosas, y aquéllos en pasmoso número fueron captivos. La tienda del Miramamolín era de seda bermeja, muy rica y ostentosa, de la cual él huyó con muy pocos que le siguieron. El rey don Alonso mandó á don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, que partiera todo el despojo del campo como quisiese. Éste, conociendo la liberalidad y franqueza del rey don Alonso, dijole: «Señor, todo lo que está en el corral que el Miramamolín habia cercado de cadenas, sea de los reyes de Aragon y de Navarra, y todo el haber ó despojo hallado fuera del corral, resérvelo cada uno como lo alcanzó; y á vos, señor, dé la honra de la batalla, que á vos es debida.» El Rey túvolo por bien y confirmó lo que hiciera. Los reyes de Aragon y de Navarra juzgaron que don Diego fué muy discreto en hacer esta particion, y que supo bien guardar la honra del rey don Alonso, su señor.

**Del muy magnifico caballero Pedro
Mexia, vecino de Sevilla**

**BATALLA Y VICTORIA DE CÉSAR CONTRA
POMPEYO (1)**

Entrando César por España adelante, vino hasta la provincia Bética, que es el Andalucía, donde estaban Sexto Pompeyo y Cneo Pompeyo, su hermano, con las legiones y gentes que tenía juntas, y se comenzó entre ellos una muy reñida y sangrienta guerra. El remate della fué que cerca de la ciudad de Munda (2), César y Cneo Pompeyo, porque Sexto Pompeyo su hermano estaba en Córdoba, vinieron á batalla: la cual fué una de las más porfiadas y crueles que hubo en el mundo. Porque con ser Julio César el capitan, y la gente que traia muy valiente y acostumbrada á vencer, fué tanta la determinacion y ánimo de Pompeyo y los suyos, y de tal manera pelearon, que las batallas de César comenzaron á retraerse, y estuvieron para desamparar el campo y muy en riesgo de ser vencidos totalmente. Llegó la cosa á término, que escriben Suetonio y Eutropio, que Julio César estuvo á punto de matarse él propio por no verse vencido; y que tomó un escudo á un sol-

(1) *Historia imperial y cesárea*: Sevilla, 1564.

(2) Junto á Ronda.

dado, y se metió peleando entre los enemigos, dando grandes voces á los suyos, diciendo, como cuenta Plutarcho: «Si no teneis vergüenza, entregadme y dejadme en poder de estos mozos; que hoy será el fin de mi vida, y el de vuestra honra y caballería.» Con las cuales palabras y con la obra que hacía, su gente tornó sobre sí de tal manera, que, recobrando el lugar perdido, volvióse á igualar la batalla, la cual afirma Apiano que duró la mayor parte de un dia sin declararse la victoria, pareciendo á veces inclinarse á una parte y á veces á la otra; hasta que tales cosas hicieron César y los suyos, que, venida la tarde, sus enemigos enflaquecieron, y comenzaron á huir, y quedó la victoria conocida por él, habiendo muerto de los vencidos más de treinta mil hombres en esta jornada, y de la otra parte de César de hombres señalados mil, sin la otra mucha gente de ménos cuenta. Estimó tanto César esta victoria, y encareció tanto el peligro en que se habia puesto, que, acabando de vencer, dijo que aquel dia sólo habia peleado por la vida, y en las otras jornadas siempre por la victoria. Quedando, pues, él por señor del campo, Pompeyo, su contrario, que ningun punto habia faltado de valiente y buen capitan, desde que no vió otra esperanza se escapó huyendo. Y andando por diversas partes, fué preso y muerto por los de Julio

César, y su cabeza traída ante él, y lo mismo le acaeció á Labieno. Sexto Pompeyo, su hermano segundo, desamparó huyendo á Córdoba, y al cabo hubo de desamparar á España. Julio César cobró las ciudades de Córdoba y Sevilla, y todas las demas; y ordenadas todas las cosas á su voluntad en España, se volvió á Roma. Y entró triunfando de la guerra de España en ella. Fué el quinto y último triunfo suyo, y en este lugar cuentan todos los que alcanzó Lucio Floro y Beleyo Patérculo. Vino, pues, César el más poderoso, temido y estimado hombre de cuantos hasta aquel dia el mundo habia visto, habiendo domado y conquistado la mayor parte dél con ejército y fuerza de armas, que en igual tiempo parece que otro pudiera andar en buenas jornadas. Siéndole, pues, todo obediente y sujeto, se hizo dictador perpétuo de Roma. Y así acabó de hacerse señor y monarca sin contradiccion del imperio romano, habiendo poco ménos de cinco años que lo comenzara, y éste fué el origen de los emperadores.

De Fernando de Herrera

DEFENSA DEL NOMBRE ESPAÑOL (1)

No sé qué ánimos se puedan hallar tan pacientes que toleren los oprobios y denuestos con que vituperan á los españoles los escritores de Italia. Antigua costumbre suya, y heredada de los romanos, fué alabar con grande exceso las hazañas de sus gentes, y cansar en esto con importunacion molestísima á los que leen sus escritos, y olvidarse de las cosas bien hechas de las otras naciones. Aunque las que pueden calumniar en algun modo, no se oscurecen tanto en olvido que no salgan por su juicio á ser vituperables y siempre dignas de infamia. Y parece por sus historias que nunca engendró España hombres valerosos para merecer la inmortalidad de la gloria por la nobleza de sus hazañas; porque ó esconden en el sepulcro y en las tinieblas del silencio á todos los que pudieron tener algun nombre de fortaleza, ó descubren tales vicios que estuviera mejor á su reputacion no haberse acordado de ellos. ¿Quién hay tan olvidado de su naturaleza, del respeto que se debe á la cortesía y á la misma verdad, que sufra sin indignacion en aquella magnífica y abundosa historia

(1) *Anotaciones á las obras de Garcilaso de la Vega*: Sevilla, 1580.

de Jóvio las injurias con que afrenta á los españoles, las cosas ilustres tuyas que deja de tratar, y las infames que con tanta insolencia trae á la memoria? ¿Por ventura es ley histórica publicar los delitos y callar las cosas bien hechas? ¿Quién considera con sufrimiento el odio con que el Guiciardino condena á toda la nacion española en el vituperio que piensa que hace al Marqués de Pescara? ¿Qué razon permite que llamen Bembo y Sabélico bárbaros á los españoles, siendo de una religion, de unas letras y casi de una lengua? No se disculpa Bembo con la imitacion antigua, que ya no tiene ahora lugar esta respuesta; sino porque le parece más elegante modo de hablar, y por eso nombra al Turco rey de Tracia, que es la menor parte de su imperio. ¿Por qué ha de osar Sabélico, perpétuo adulador de Venecia, llamar bárbaro al rey don Alonso de Portugal, siendo capital enemigo de infieles, y sus venecianos confederados con ellos? No son los españoles tan inhumanos y apartados de la política y del trato de las gentes, que merezcan este apellido por aspereza y horror de costumbres, ni se criaron tanto en las entrañas de la ignorancia que carezcan de la noticia de las buenas letras; pues nunca faltan ni faltaron en España hombres doctos y de singular erudicion y elocuencia por todas las edades. Pero en lo que toca á la milicia, ninguno podrá

decir con verdad alguna cosa que oscurezca el resplandor clarísimo de su gloria. ¿Quién ha ejercitado las armas con tanto valor contra tan poderosos y porfiados enemigos? ¿Quién ha levantado con tan desigual número, en tan breve espacio, un imperio tan extendido? ¿Quién ha servido tantos años á la religion con no cansado estudio, acrecentando en ella tantos reinos grandísimos, ajenos de su conocimiento? Para demostracion de esto traeré, por ejemplo, algunos de los muchos varones incomparables que crió España, aprovechándome solamente de la poca memoria que tengo. Y así volveré de principio á la antigua queja que tiene España, no comun á la queja de las otras provincias sujetas al imperio de Roma. Porque ninguna fué más tratada y conocida, ninguna más ocupada en la milicia romana, ninguna más provechosa, ó en riquezas ó en hombres belicosos y ejercitados en la guerra, y ninguna (si conviene decirse así) más ignorada de los historiadores romanos, que pasan sus hechos en tanto silencio que parece que nunca tuvieron noticia de ella, ó que nunca crió ánimos valerosos y merecedores de gloria. ¿Cómo así? ¿Por ventura engendró Italia, cuando más floreció, corazones más generosos y constantes? No fué España, ántes que conociese sus fuerzas, vencida de Roma. Levantóse toda contra ella. Juntó su poder todo para imperar ó defender-

se. ¿Pudiera Roma domar las rebeldes cervices de aquellos antiguos españoles, hórridos y feroces en la guerra, si quisieran conservar su libertad juntamente? ¿No fueron éstos aquellos hombres que enseñaron á Aníbal y Sertorio la milicia? ¿No son éstos aquellos mismos que fueron juzgados por indomables y despreciadores de los peligros, con perpétua abnegacion de la vida? ¿No fué llamada esta provincia belicosa y fortísima? ¿No fué siempre campo de Marte? ¿Qué nos dejaron, pues, en la memoria de sus historias los escritores romanos de las hazañas de esta gente, tan de continuo ejercitada en las armas, y tan celebrada por su fortaleza? Quédanos sólo un rastro del resplandor despedido de su lumbre con indignacion de la envidia, que no puede sufrir que salgan del sepulcro del olvido las pocas cosas que la fuerza de la verdad compelió, con vergüenza de la elocuencia latina, que se contasen desnudamente entre las muchas tan encarecidamente alabadas de los romanos. En éstas tendrá perpétuo nombre la maravillosa lealtad y constancia de Sagunto y la afrentosa remision de Roma. Y no se oscurecerá en las nieblas de la ignoracion aquella singular y generosa valentía de los numantinos. Mas ¿qué alabanza no será inferior á la gloria de aquella ciudad que, sin muros y sin torres, pequeña en sitio, en número, resistió y contrastó en tantos años á los

grandes ejércitos de Roma, y los trajo compelidos á concierto vergonzosos? No fué vencida Numancia, sino muerta; no rota, sino acabada. No pudo el poder romano, vencedor de las naciones; la fortuna y destreza del expugnador de Cartago, deshacer á Numancia. La hambre, los fosos, el hierro, el veneno, el fuego y las manos de los numantinos se emplearon en el ministerio de su muerte, sin que bastase fuerza contraria para presumir esta honra. ¿Qué capitán romano, si se atiende sólo á los méritos de la desnuda fortaleza y valor, alcanzará en igualdad á las hazañas y victorias de Viriato? ¿No es admirable gloria de este hombre, que de tan humildes principios creció tan altamente y con tanta opinion, que pareció siempre invencible, y que si no era con traicion no podia ser vencido en justa guerra? ¿Quién otro osara oponerse en aquella sazón á las fuerzas que no pudieron repugnar Cartago, Antioco, Tigranes, Mitrídates y todo el poder y riquezas de la tierra? ¿Qué emperador hubo tan bueno, tan grande y acrecentador del Imperio como Trajano, cuya majestad se extendió á donde ántes ni despues se vieron las banderas vencedoras de Roma? ¿Quién igualó en valor, en fe y piedad al excelente y admirable y cristianísimo Teodosio, que en los miserables y calamitosos tiempos de la declinacion del Imperio sostuvo la reputacion y grandeza de su nombre?

¿En qué region se hallaron reyes tan fuertes, tan guerreros, tan religiosos como los que sucedieron á Pelayo? ¿Quién mereció la gloria, el nombre y opinion traida de la famosa antigüedad, como Bernardo del Carpio? ¿Quién puede exceder á la fortaleza y piedad del conde Fernan Gonzalez, esclarecido capitán de Cristo? ¿Quién fué tan beligerero y bien afortunado como el Cid Rui Diaz? ¿Qué ánimo y fe tendrá comparacion con el esfuerzo y amor de aquel generoso don Diego Ordoñez? ¿Quién puede conferirse con la heróica valentía de Garci Perez de Vargas y su hermano, y con Garci Gomez Carrillo? ¿Á quién no deja inferior con grande intévalo la grandeza de valor, las hazañas, la fe y seguro pecho de don Alonso Perez de Guzman? ¿Quién habrá tan osadamente confiado, que no se rinda á la sublime y no turbada fortaleza de su corazon? ¿Qué jornada de algun príncipe se puede parangonar con la terrible y espantosa batalla del Salado? Pues ya la felicidad, prudencia y valor del Rey Católico son tan grandes, y sobran con tanto exceso á los hechos de los otros reyes, que no sufren se les compare otro alguno. Porque los despojos ganados de Italia y Francia, la reduccion de toda España á la religion de Cristo y las victorias de África son hazañas maravillosas, pero semejantes á otras de los grandes príncipes. Mas comenzar á levantar la cabeza contra la grandeza de Francia y quebrantar su

soberbia, teniendo tantos contrarios y quejosos en España, y crecer en tanta reputacion y en tanto imperio con perpétuo curso de dichosos sucesos y penetrar sus banderas en lo más encubierto de la tierra, por mares no conocidos, es hecho mayor que todos los que se saben de algun rey cristiano. El Marqués de Cádiz es tan excelente y aventajado en generosidad y alteza de ánimo, en felicidad, en opinion, en valor y en grandeza de hazañas y clarísimas victorias, que ninguno de los que fueron ántes de él le excedió y pocos de los que sucedieron despues merecieron venir á comparacion con él. Y no es ménos admirable y espantosa la fortaleza y osadía del Conde don Manuel que la de los antiguos varones y fortísimos que resplandecen eternamente con los despojos de la antigüedad. Don Alonso de Aguilar, don Luis Portocarrero, el Conde de Cabra, el Duque don Enrique, y aquel grande y valeroso Maestre de Calatrava son tan esclarecidos por la excelencia de sus hechos, que no se valdrá de ellos el olvido, fatal calamidad de la grandeza humana. Mas ¿qué capitan crió Italia de mil años á esta parte, y todo el resto de Europa, que no fuese inferior al Gran Capitan en prudencia, en liberalidad, en autoridad, en valor, en felicidad, en gracia, en opinion y en excelencia de ánimo no vencido y sin temor? ¿Y quién sucedió igual en militar dis-

ciplina y expedido juicio y fortuna á Antonio de Leiva; á la industria de Pedro Navarro; al gobierno y prudencia de Fernando de Alarcon? ¿Quién puede esperar comparacion con las robustas y terribles fuerzas y ánimo nunca espantado, y siempre sin algun temor, de García de Paredes? ¿Quién osará igualarse á Juan de Urbina? ¿al maravilloso valor y atrevimiento y prudencia de Fernando Cortés, que atravesando regiones espantosas y montes insuperables, quitando á los españoles la esperanza de todo refugio humano fuera de la que podian tener en la fortaleza de sus brazos, se metió en una tierra grandisima, llena de gente no conocida, y sobrepujando las fuerzas de los hombres con su industria y valentía, domó á aquellas poderosas regiones, y espantó con la grandeza de aquel hecho, sin proporcion mayor que todos los de los antiguos, todo el término de las tierras? Y no merece ménos gloria, aunque rompió últimamente la fortuna con la miseria de su muerte el curso de sus grandes hechos, aquel fortísimo y robusto Conde de Alcaudete, temor y estrago de África. Mas ¿para qué me alargo con tanta demasia de estos ejemplos? Pues sabemos que no faltaron á España en algun tiempo varones heróicos. Faltaron escritores cuerdos y sabios, que los dedicasen con inmortal estilo á la eternidad de la memoria. Y tuvieron mayor culpa de esto los prínci-

pes y los reyes de España, que no atendieron á la gloria de esta generosa nacion, y no buscaron hombres graves y suficientes para la dificultad y grandeza de la historia; ántes escogieron los que les presentaba el favor, y no sus letras y prudencia. Y hasta ahora sentimos esta falta con profunda ignorancia de las hazañas de los nuestros. Porque no hay entre los príncipes quien favorezca á los hombres que saben y pueden tratar verdadera y elocuentemente con juicio y prudencia las cosas bien hechas en paz y guerra. Y así pareciera excusable el olvido de los italianos, pues nosotros les entregamos los despojos de la memoria de aquellos invencibles caballeros, que recobraron con la fortaleza de sus brazos, en tan prolijo discurso de tiempo, su reino perdido, si ellos no tuvieran tan clara noticia de ochenta años á esta parte, de los españoles, y no hubieran descubierto ja malicia de sus ánimos y el odio que les tienen, manifestando las cosas que no merecian vida.

De Diego Rodriguez de Almela

LA PEÑA DE MARTOS, EN LA PROVINCIA DE JAEN (1)

Despues que el rey don Fernando III de Cas-

(1) *Valerio de las Historias*: Salamanca, 1587.

tilla hubo tomado la Peña de Martos, dióla en tenencia al conde don Alvar Perez de Castro, el cual en tanto que fué á Castilla al Rey, para que enviase bastimentos á la frontera, dejó en Martos á la Condesa, su mujer, y á don Tello, su sobrino, que con cincuenta y cinco caballeros entró á hacer cabalgada en tierra de moros. En esto vino el Rey de Granada con gran poder de moros sobre Martos, y combatió la Peña muy recio, que por poco la hubiera entrado. Porque en ella no estaba varon ninguno, salvo la Condesa con sus dueñas y doncellas, y dejaron las tocas, y vistiéronse en armas, y tomaron lanzas en las manos, y anduvieron por los andamios tirando esquinas (1) y piedras. Y como en esto los moros estuviesen combatiendo la Peña, llegó don Tello, que venía con los caballeros que habian ido con él á hacer cabalgada; y como vieron tan gran poder de moros al derredor de la misma, fueron en gran cuita. Lo uno, porque era llave de toda aquella tierra, donde el rey don Fernando tenía esperanza que por ella habia de cobrar gran parte de la poseida por los moros. Lo otro que sería captiva la Condesa con todas sus dueñas. Y como estuviesen en esto, don Diego Perez de Vargas, que ganó por sobrenombre

(1) Piedra grande sin labrar, que se arrojaba á los enemigos desde lugares altos.

Machuca en la batalla de Xerez, dijo: «Caballeros, ¿qué estais aquí pensando? Hagamos de nos un tropel, y metámonos por medio de los moros, y probemos si podremos acorrer á la Peña, y bien fio en Dios que lo acabaremos: y si lo comenzáremos, no puede ser que alguno de nos no pase á la otra parte: y si la Peña pueden subir, defenderla han á los moros, y los que no pudiéremos pasar y muriéremos, salvaremos nuestras ánimas, y haremos nuestro deber y aquello que todo hijodalgo debe cumplir.» Y como esto hubo dicho, hicieronse todos un tropel, y entraron por medio de la hueste de los moros, de guisa que pasaron por ellos y allegaron á la puerta del castillo; que nunca los moros pudieron matar sino á algunos que se apartaron de los otros. Y desdeque allí llegaron, abriéronles las puertas y subieron por la Peña y entraron en el castillo, y los moros, cuando vieron que aquellos caballeros arrostraron tal peligro, por guardar aquella fortaleza, entendieron que eran tan buenos que la defenderian. Y luego dejaron de combatir, y se fueron. Las romanas se leen haber defendido en hábito de hombres la ciudad de Roma, por lo cual son y fueron dignas de ser loadas. No ménos esta Condesa y sus dueñas, que tan gran muchedumbre de gentes vieron sobre sí, y se defendieron dellos. Así que podemos decir que fueron dignas de ser loadas de fortaleza. Y

cuánto es de loar Diego Perez de Vargas del buen consejo y esfuerzo que aquí demostró, no debe ser callado, ántes es digno de memoria. Lo cual no cesará hasta la fin del mundo.

De D. Diego Hurtado de Mendoza

DESCRIPCION DE GRANADA (1)

Es puesta parte en monte y parte en llano: éste se extiende por un cabo y otro de un pequeño rio que llaman Darro, que la divide por medio. Nace en la sierra *Nevada*, poco léjos de las fuentes del Xenil, pero no en lo nevado; de aire y agua tan saludables, que los enfermos salen á repararse, y los moros venian de Berbería á buscar sanidad en su ribera, donde se coge oro. Entre los viejos hay fama que el rey de España don Rodrigo tenía minas riquísimas debajo de un cerro que dicen del Sol. Está lo áspero de la ciudad en cuatro montes: el Alhambra á Levante, edificio de muchos reyes, y San Francisco, sepultura del marqués don Íñigo de Mendoza, primer alcaide y general; humilde edificio más nombrado por esto; fuerza hecha para sojuzgar la parte de la ciudad que no descubre la Alhambra, con el arrabal y la

(1) *Guerra de Granada*: Lisboa, 1627.

calle de los Gomerés, que todo se continúa con la sierra de Guejar. El Antequeruela y las torres Bermejas, que llaman Manror, á Mediodía. El Albaizin, que mira al Norte, con el Haxariz, y como vuelve por la calle de Elvira, la ladera que llaman Zenette, por ser áspera. El Alcazaba casi fuera de la ciudad, á mano derecha de la puerta Elvira, que mira al Poniente. Con estos dos montes, Albaizin y Alcazaba, se continúa la sierra de Cogollos y la que decimos del Puntal. En torno de estos montes, y á la falda de ellos, se extienden los edificios por lo llano hasta llegar al rio Xenil, que pasa por de fuera. Al principio de la ciudad, la plaza Nueva sobre una puente; casi al fin, la de Bibarrambla, grande, cuadrada, que toma el nombre de la puerta. Ámbas plazas juntas con la calle de Zacatin; ántes, la iglesia mayor, templo el más suntuoso despues del Vaticano de San Pedro, la capilla en que están enterrados los reyes don Fernando y doña Isabel, conquistadores de Granada, con sus hijos y yernos. El Alcaicería, que hasta agora guarda el nombre romano de César (á quien los árabes en su lengua llaman Caizar) como casa de César. Dicen las historias árábigas y algunas griegas, que por encerrarse y marcarse dentro la seda que se vende y compra en todo el reino, la llaman de esa manera, dende que el emperador Justino concedió por privilegio á los árabes scenitas que

solos pudiesen crialla y beneficialla. Mas extendiendo debajo de Mahoma y sus sucesores su poder por el mundo, llevaron consigo el uso de ella, y pusieron aquel nombre á las casas donde se encontraba, en las que despues se recogieron otras muchas mercaderías, que pagaban derechos á los emperadores; y, perdido el imperio, á los reyes. Fuera de la ciudad, el hospital Real, fabricado por los reyes don Fernando y doña Isabel; San Gerónimo, suntuoso sepulcro del Gran Capitan Gonzalo Hernandez, y recuerdo de sus victorias. El rio Xenil, que casi toca los edificios, dicho de los antiguos Singylia, que nace en la sierra *Nevada*, á quien llamaban Solaria, y los moros Solaira, de dos lagunas que están en el monte cuasi más alto, de donde se descubre la mar, y algunos presumen ver de allí la tierra de Berbería. En ellas no se halla suelo, ni otra salida, sino la del rio, cuyas fuentes tienen los moradores por religion, diciendo que horadan el monte por milagro de un santo que está sepultado en otro monte contrario, dicho *Sanct Alcazarén*. Va primero al Norte y pequeño, mas en corto camino; grande con las nieves, cuando se deshacen, y arroyos que se le juntan. Á una y otra parte moraban pueblos, que agora áun el nombre de ellos no queda: illiberitanos ó liberinos, en tiempo de los antiguos españoles, lo que decimos Elvira, en cuyo lugar entró

Granada: ilurconeses, pequeños cortijos, la torre-cilla y la torre de Roma, recreacion de la Cava romana, hija del conde Julian el traidor. Todo poblaciones de los soldados que acompañaron á Bacho en la empresa de España, segun muestran los nombres y muchos letreros y imágenes, en que se ven esculpidas procesiones y personajes que representan juegos y ceremonias del mismo Bacho, á quien tuvieron por Dios; todo esto en la Vega. Despues Loxa; Antequera, dicha Singylia del nombre del mismo rio; Écija, dicha Astygis: colonias de romanos antiguamente, hoy ciudades populosas en el Andalucía, por donde pasa hasta que, haciendo mayor á Guadalquivir, deja en él aguas y nombre.

De Mateo Aleman

DESCRIPCION DE UNA TEMPESTAD (1)

Podria decir con verdad haberme sucedido en esta empresa (2) lo que á los navegantes que habiendo salido de abrigado puerto, ya cuando engolfados en medio de algun piélago van á viento

(1) *Ortografia castellana*: Méjico, 1609.

(2) Alude á la dificultad y oposicion en las reformas de la Ortografia hechas por él en tan raro y precioso libro.

en popa corriendo mar bonanza, suele de improviso levantarse muy léjos una pequeñuela marañita que brevemente se cuaja, y, haciéndose nube, poco á poco se les viene acercando y creciendo, y en espacio breve soplan los vientos, queda el sol eclipsado, el cielo cubierto, el aire oscuro y negro, que, roto por mil partes, con rayos espesos y truenos espantosos amenaza de muerte por momentos. Ábrense los cielos, despéñanse de ellos al mar torrentes de aguas, que, todas mezcladas, locas y furiosas, encrespando las olas, bramando se levantan en alto formando en pocos trechos muchas altas montañas y profundos valles. Arrebatan la nave, y, como á fácil corcho, ya la sepultan en las hondas arenas, que del suelo descubren, ya en el instante mismo la levantan, que parecen tocar las gavias con el cielo. Y de estos impulsos vários y soberbios, los maderos crujen, rechinan las tablas, los clavos aflojan, el mástil se quiebra, rómpense las velas; destrozada la jarcia, el timon perdido y desesperanzados de humano remedio, los unos lloran, los otros gritan, allí se prometen, acullá se confiesan, rezan y buscan tablas en que salvarse. Mandan los pilotos; cruzan los marineros, de proa corren á popa, de babor á estribor á las escotas; bajan y suben á la gavia, sin que algun ministro de todos obedezca ni entienda. Estos dan á la bomba, esotros largan, izan y cian, pereciendo

juntos. Cuando inopinadamente, al punto que aguardan el postrero suyo siendo sorbidos y anegados de las fieras aguas, las del cielo cesan y las del mar se aplacan; pasa la espesa nube y con ella los vientos; el sol se aclara, vuelve risueño el día, y los navegantes alegres, con favorable tiempo, llegan al puerto que desean; donde, saltando en tierra, besan las arenas al primer paso en señal de amor y deseo, instimulados de la tormenta y trabajos padecidos.

De D. Diego Clemencin

LA TOMA DE GRANADA (1)

¡Día memorable aquel en que á vista de los muros de Baza, puestas las tropas sobre las armas, tendidos al viento los pendones tantas veces victoriosos, la Reina, á caballo, servida del Rey su marido y acompañada de su hija doña Isabel, dió gallarda muestra de sí á los ojos y más todavía á los corazones castellanos; y, atravesando entre alegres vivas las filas y escuadrones, al sonido marcial y alborozado de los trompetas y atabales, iba recogiendo en las demostraciones, ademanes y lá-

(1) *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*: Madrid, 1820.

grimas de ternura de sus vasallos, mezcladas con las suyas propias, el delicioso néctar que sólo es dado probar á la virtud y al mérito sublimes! Allí viste, ¡oh Princesa augusta! allí viste reunidos en corto espacio los instrumentos de tu gloria: allí estaban los varones esforzados que honraron el nombre español y lo cubrieron de lauros inmortales: allí estaban los vencedores de Toro, de la Albuhera y de Málaga; allí estaban, el rayo de la guerra, Marqués de Cádiz, terror de Granada y caudillo principal de su conquista; el que defendió á Alhama con murallas de pintados lienzos; el que venció la de Lucena, haciendo prisionero al Rey moro; el otro que finalizó gloriosamente en Sierra-Bermeja una vida que fué un tejido de proezas ilustres; el Alcaide de las Hazañas, á quien dió este apellido lo singular y casi increíble de las suyas en una nacion y en un tiempo de héroes; el señor Alarcon, que en sus tiernos años aprendia á ser lo que mostró despues en Italia; el que añadió la corona de Navarra á la de Castilla; el vencedor de las jornadas de Cerinola y del Garellano; el que arrebató á todos los generales antiguos y modernos el título de Gran Capitan. Todos te saludaron aquel dia; todos se dieron la enhorabuena de vivir bajo tu imperio, y todos juraron ilustrar la memoria de tu reinado con sus acciones y virtudes.

Los guerreros de Baza, testigos del triunfo de Isabel, llegan á conocer el desaliento. Entrégase la ciudad, y su caída arrastra la de las fortalezas y castillos de las comarcas. Almuñécar, Purchena, Salobreña, las Alpujarras imitan su ejemplo. Guadix y Almería, no pudiendo resistir al impulso general, abren sus puertas; y la Reina, atravesando en lo más crudo del invierno las altas y nevadas sierras del reino de Granada, recibe el homenaje de ámbas ciudades, y toma posesion de los nuevos dominios con que su esfuerzo engrandece los de sus antepasados.

Granada, privada de todos sus apoyos y reducida á sus propias fuerzas, es ya como valiente fiera que, acosada de los cazadores, rodeada de generosos lebreles, puede, sí, retardar, pero de ningun modo evitar su perdicion y vencimiento. Isabel y Fernando se acercan. Si los ginetes agarenos se atreven á arrostrar el peligro y á medir la lanza, es para ceder al valor y ardimiento castellanos; si la casualidad incendia la tienda de la Reina y devora los albergues de sus soldados, este fuego se mira como las luminarias del próximo triunfo; si los cercados se lisonjean de que el rigor de la estacion obligará á desistir del glorioso intento, los Reyes edifican á su vista una ciudad nueva. Granada, al fin, se rinde; las torres de la Alhambra enarbolan el pendon de Castilla, y cesa para siem-

pre en España la dominacion de los mahometanos. Cumpliéronse los votos de ocho siglos; está vengada la jornada de Guadalete, y aplacados los manes de la gente goda. Los Pelayos, los Ramiros, los Fernandos y los Alfonsos oyeron desde la tumba los ecos de la victoria, y sus sombras macilentas y austeras se sonrieron.

RETRATOS HISTORICOS



De Pedro Mexía, vecino de Sevilla

EL EMPERADOR CONSTANTINO (1)

Habiendo conseguido este insigne emperador contra el tirano Maxencio una completa victoria, fué recibido en Roma con increíble fiesta y alegría, predicando y publicando sus loores con aclamaciones y cantares, con oraciones muy ordenadas del Senado. Pero ninguna cosa aceptaba, ni atribuía á sí, refiriéndolo todo á la virtud y al poder de la señal de la cruz. Así, en las estatuas é imágenes, que por decreto del Senado romano le fueron mandadas poner, en la mano derecha de todas ellas hizo labrar y esculpir la señal de la cruz, con aquel mote que él oyó por voz de los ángeles, ó, segun otros autores, vió en los aires escrito con letras de oro en torno de ella: «En esta señal vencerás.» Entónces mandó, por edicto

(1) *Historia Imperial y Cesárea*: Sevilla, 1564.

público, que ninguno fuese condenado á muerte de cruz. Lo cual hasta su tiempo se usaba y tenía por muy ignominioso. Pacificando y ordenando Constantino las cosas de Roma con leyes santas y justas, en agradecimiento de lo que Cristo, Dios y Redentor nuestro, habia obrado por él, hizo grandes bienes á los cristianos, con muchos favores y mercedes, edificándoles iglesias y casas de oracion, dotándolas de rentas y bienes necesarios para la sustentacion de los sacerdotes y ministros dellas, y para el culto y los ordenamientos del altar y de los divinos sacrificios. Concertándose tambien por cartas y embajadores con Licinio emperador, su cuñado, ámbos de comun consentimiento dieron sus provisiones y cartas generales para todas las tierras al Imperio sujetas, mandando que en todas partes fuesen libres y desagaviados los cristianos, y admitidos á los cargos y honras. En las cuales provisiones mandaron poner, segun Eusebio cuenta, grandes loores de Cristo, recontando las victorias que en virtud de su nombre y de su cruz habia alcanzado Constantino. Tales decretos fueron enviados á Oriente, donde Maximino César gobernaba, el cual los obedeció como á mandamiento de emperador. Estando, pues, en esta prosperidad Constantino, siendo señor de todas las provincias de África, y de las Españas y Gallias y Allemaña, en-

tiéndose toda la parte della que obedecia al Imperio, y tambien de Italia, y las islas de Sicilia y Britania, en todas estas tierras mantenia paz y justicia, porque la prudencia y saber de este príncipe fueron muy grandes, y no menor su ánimo y esfuerzo. De manera, que así como fué esforzado y venturoso en la guerra, así era prudentísimo y sabio en la paz. Hizo y ordenó leyes nuevas contra las calumnias é invenciones de los malos hombres, entendió y trabajó mucho en perfeccionar todas las artes, honrando y procurando singulares artífices, principalmente las artes liberales y estudios y ciencias, que habian venido en disminucion, sustentaba y preciaba en grande manera. Y él por su persona se ocupaba en ejercicios muy virtuosos y honestos, leyendo y escribiendo, dictando y oyendo las embajadas y querellas, que le venian de todas las provincias. Con todos era afable, muy manso y liberal, guardando en todo su bondad y limpieza.

De D. Diego Saavedra Fajardo

EL REY D. FERNANDO EL CATÓLICO (1)

Las niñeces de este gran Rey fueron adultas y

(1) *Empresas políticas*: Valencia, 1660.

varoniles. Lo que en él no pudo perfeccionar el arte y estudio, perfeccionó la experiencia, empleada su juventud en ejercicios militares. Su ociosidad era negocio, y su divertimento atención. Fué señor de sus afectos, gobernándose más por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció de Dios su grandeza, y su gloria de las acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar más por oficio que por sucesion. Sosegó su corona con la celeridad y la presencia: levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la afirmó con la religion y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio, y la dejó perpétua con fundamentos é institutos verdaderamente políticos. Fué tan rey de su palacio como de sus reinos, y tan ecónomo en él como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad y la clemencia con la justicia. Amenazó con el castigo de pocos á muchos, y con el premio de algunos cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas á la persona; pero no á la dignidad real. Vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre de ellos. Antes aventuró el Estado que el decoro. Ni lo ensoberbeció la fortuna próspera ni le humilló la adversa. En aquélla se prevenia para ésta, y en ésta se industriaba para vol-

ver á aquélla. Sirvióse del tiempo, no el tiempo de él. Obedeció á la necesidad y se valió de ella reduciéndola á su conveniencia. Se hizo amar y temer. Fué fácil en las audiencias. Oía para saber y preguntaba para ser informado. No se fiaba de sus enemigos, y se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia; su parentesco, razon de estado; su confianza, cuidadosa; su difidencia, advertida; su cautela, conocimiento; su recelo, circunspeccion; su malicia, defensa; y su disimulacion, reparo. Ni á su majestad se atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja. Se valió sin valimiento de sus ministros. De ellos se dejaba aconsejar, pero no gobernar. Lo que pudo obrar por sí no fiaba de otros. Consultaba despacio y ejecutaba de prisa. En sus resoluciones ántes se veian los efectos que las causas. Respetó la jurisdiccion eclesiástica y conservó la real. No tuvo corte fija, girando, como el sol, por los orbes de su reino. Trató la paz con la templanza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Ni afectó ésta, ni rehusó aquélla. Lo que ocupó el pie, mantuvo el brazo y el ingenio, quedando más poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas. Lo que pudo vencer con el arte no remitió á la espada. Ponia en ésta la ostentacion de su grandeza, y su gala en lo feroz de los escuadrones. En las guerras dentro de su reino se

halló siempre presente. Obraba lo mismo que ordenaba. Se confederaba para quedar árbitro, no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos, y murió para sí, quedando presente en la memoria de los hombres, para ejemplo de los príncipes, y eterno en el deseo de sus reinos.

De Bartolomé Leonardo de Argensola

EL MISMO REY (1)

Era de mediana estatura. Robusto y bien trabado de miembros y de alta cerviz. El rostro con decencia colorado, pero adusto. La cabeza calva, y en la parte que no lo era criaba largo cabello. La barba traía rasa. Era la boca pequeña, los labios de vivo carmesí, y los dientes menudos. La voz suave y fácil para cualquiera plática. Fué aficionadísimo á la caza y á fatigar caballos, en cuyo ejercicio adquirió particular destreza. Esta agilidad le dió y conservó la salud, y tal, que siempre se halló dispuesto para llevar sin pesadumbre las descomodidades de la guerra. Era muy afable, y

(1) Primera parte de los *Anales de Aragon*: Zaragoza. 1630.

por otra parte severo. No se dió mucho á las letras; pero escuchaba de buena gana á los hombres doctos, y en las historias inquiria los hechos de sus predecesores. Gustaba de la libertad con que le hablaban los labradores, y alguna vez gracejaba con ellos, sin disminucion de la majestad ni del semblante. Fué la exaltacion de la Fe católica su fin principal, y así mereció de nuevo el título de *Católico*. La grandeza de su espíritu bien probada queda en el valor con que sostuvo los sucesos de ámbas fortunas, y su constancia en todas. Y dejando otras arduas acciones, que á vueltas de sus victorias ponderan los historiadores españoles y los extranjeros, considérense dos grandezas. La primera el haber domado la altivez y poderío de la corona de Castilla, que no reconoció rey sin orgullosas repugnancias, ni la veneracion de sus leyes en tiempos pacíficos, ni abrazó la quietud hasta que este gran héroe tomó las riendas. La otra, el haber mezclado el rigor con la suavidad, en el cierto punto que fué menester para moderár el brioso espíritu de la *reina doña Isabel*, la cual (como ella decia) se enamoraba tanto de la severidad del Rey como de su dulzura.

De Juan Perez de Moya

DOÑA ISABEL, REINA DE CASTILLA Y DE LEON (1)

Doña Isabel, reina de Castilla, fué hija de don Juan, rey de Castilla y de Leon, segundo de este nombre, y de doña Isabel, reina de Portugal. Fué coronada por legítima sucesora de los reinos de Castilla y Leon en Segovia, año de mil cuatrocientos setenta y cuatro, despues de la muerte de don Enrique su hermano. Casó con el Católico don Hernando, rey de Sicilia y príncipe de Aragon y quinto de este nombre de Castilla; con el cual enlace reportaron estos reinos grande acrecentamiento y ventajas muy considerables, juntándose con ellos el reino de Aragon, y el de Nápoles, y el de Sicilia, y el condado de Rosellon, y las islas de Mallorca y Menorca. Era tan valerosa, que á su esfuerzo, industria, diligencia y consejos se debe la victoria de la guerra de Granada y el gobierno de los reinos de España, ayudando tanto al rey su marido con su buen término de proceder y deshaciendo agravios, previniendo peligros, allanando rebeldías, que podemos creer haberlos Dios juntado para el universal remedio de España. Asistia en

(1) *Varias Historias de santas é ilustres Mujeres*: Madrid, 1583.

el campo, estando en la guerra de Granada, con sus damas; animaba á los soldados, siempre á la mira de ellos en observacion de cómo peleaban.

¿Quién podrá contar el gobierno que esta Católica Reina tuvo en su casa y persona, durante su bienaventurado matrimonio? Era muy devota y gran cristiana. Edificó quince monasterios muy suntuosos en Toledo, Roma, Zaragoza, Málaga, Segovia, Ávila y Granada, así como en esta ciudad el magnífico hospital de la Puerta de Elvira y la suntuosa capilla en la iglesia Mayor, con varios capellanes. Á ella se deben otros muchos monasterios en Loja, Almería, Guadix y otros diferentes lugares del reino de Granada, dotados, como los anteriores, de cuantiosas rentas.

Era en el mirar grave y honesta, templada en la comida: no bebia vino. Agradábale tener consigo mujeres ancianas de buena fama y linaje. Ponia gran diligencia en que sus damas estuviesen muy guardadas; tratábalas como hijas y hacía les grandes mercedes para sus casamientos. Aborre- cía en gran manera las malas mujeres. Amaba mucho al rey su marido. Era muy discreta y sá- bia, y de tan excelente ingenio, que entre tantos y tan grandes y arduos negocios como tenía la go- bernacion de sus reinos, se dió al estudio de la lengua latina, y alcanzó en un año á saberla tan- to, que entendia y hablaba cualquiera cosa de es-

critura latina. Hacía grandes limosnas á viudas de linaje y á otros pobres. Honraba mucho y visitaba las casas de oracion, principalmente los monasterios que veía adornados de honestidad. Aborrecia mucho los hechiceros y todas las supersticiones. Placiale mucho la conversacion de personas religiosas y de vida honesta. Era muy amiga de justicia mezclada de misericordia. Sucedióle todo bien, porque la obra la encomendaba á Dios, y hacía ayunos y oracion.

El rey Católico y esta piadosa reina entraban en consejo secreto. Tenía avisado á los de su consejo que cuando hubiese algun negocio arduo se quedasen allí con ella hasta que el rey fuese ido, y les tornaba á decir: «Mirad que os encargo las conciencias, que mireis estos negocios como si fuesen propios míos y de mis hijos.» Siempre la veían inclinada al provecho de los prójimos y del reino. Quitó esta cristianísima reina las herejías de Castilla y de Aragon y de todos sus reinos, y echó á los judíos y moros de ellos. Proveía los obispados y arzobispados con tan estricta justicia, que posponia toda aficion. Quisieron algunos caballeros poner discordia entre ella y el rey, diciendo que éste, como varon, habia de gobernar. Conociendo ámbos la malicia de aquéllos, se conformaron tanto, que viendo el rey la grande habilidad que la reina tenía en la gobernacion,

todas las cosas graves remitía á su buen saber y juicio, porque estaba persuadido de su gran entendimiento natural. Traía consigo personas que le avisasen y advirtiesen de lo que convenia proveer en sus reinos.

Tuvo esta cristianísima reina cuatro hijas y un hijo. Las hijas todas fueron reinas: las dos de Portugal, y las otras de Inglaterra y de Castilla. El hijo, que fué el príncipe don Juan, casó con madama Margarita, hija del emperador Maximiano. Y aunque esta serenísima reina tenía grandes desasosiegos por las guerras y por el gobierno de sus reinos, no se descuidó en criar sus hijos con la mayor vigilancia, dándoles maestros de vida, para que todos saliesen vasos de eleccion, y para ser reyes en el cielo.

De D. Diego Clemencin

INVOCACION RELIGIOSA.—ISABEL LA CATÓLICA SU ACENDRADA PIEDAD (1)

Alma religion, dádiva inestimable del cielo, concedida misericordiosamente á los mortales en compensacion de los males que por todas partes los rodean; tú, que ofreces motivos de consuelo á la

(1) *Elogio* anteriormente citado.

desgracia, de moderacion á la prosperidad, estímulos á la virtud, remordimientos al delito; tú, que elevando al hombre hácia la Divinidad le haces superior á los accidentes y á la fortuna; tú, que nivelas al desvalido y al poderoso, al rey y al vasallo, dejando á todos igualmente libre el campo de la felicidad y del mérito; tú, tú eres la fuente universal de los verdaderos bienes. Tú eres la única guia que con paso cierto conduce á la tranquilidad y reposo interior, la única regla que está al alcance comun de los hombres, el único apoyo seguro de que tanto necesita nuestra flaqueza. Todos los que le presta fuera de tí la razon, son fallidos y deleznales, expuestos á vacilar como la razon misma: tú sola das principios inmutables y eternos como tu celeste origen: tú sola los proporcionas á todos los entendimientos, á todas las condiciones, á todas las circunstancias: tú sola bastas; sin tí nada basta para formar y acrisolar las virtudes privadas y públicas; y tú sola fuiste la que creaste las grandes que hicieron de Isabel un dechado de mujeres y de príncipes. No las aprendió, ciertamente, tan augusta reina en la escuela de una vana filosofía, que sin la antorcha y arrimo de la religion es todo sombras y tropiezos; no en la de las córtés y palacios, que ordinariamente es todo corrupcion y maldad, sino en la del Evangelio, que así alumbra como hermo-

sea, así ilustra el entendimiento como adorna la voluntad y la perfecciona.

Mas la religion de nuestra princesa no fué, cual suele en otras personas, una cadena de prácticas y menudencias fáciles, poco dignas de la majestad del Omnipotente, á quienes con ofensa de la misma religion se atribuye la virtud de allanar la expiación de los crímenes más atroces; y que sin sanar el corazon humano le adormecen é inspiran una confianza fútil. La piedad de Isabel fué sincera, sus obras correspondieron á su creencia. Isabel se presentaba delante de la Divinidad como ante una llama donde trataba de purificar las miserias comunes de nuestra condicion, de acendrar sus virtudes, de adquirir el temple necesario para defenderse del tedio de los negocios, del desprecio de los inferiores, de la impunidad y licencia del poder supremo. Allí estudiaba, y allí aprendia los deberes y cargas del estado real, el celo del provecho ajeno, el desprendimiento del personal suyo, el sacrificio de comodidades, inclinaciones y afectos á la prosperidad general de los pueblos. Allí aprendia que si la Providencia la habia colocado en paraje más eminente, tambien le habia impuesto mayores y más pesadas obligaciones; y en la consideracion de la estrecha y terrible responsabilidad de quien manda, hallaba motivos para envidiar la suerte del que obedece, Allí aprendia

día que la riqueza y el poder son los escollos más peligrosos para la inocencia: que en el tribunal supremo no hay acepcion de personas, ni más indulgencia para los príncipes que para los súbditos: que si alguna preferencia se indica, es para el humilde y el pequeñuelo, y que al poderoso culpablele aguardan poderosos tormentos. Allí aprendía que sus vasallos eran tambien sus hermanos: que, segun las miras adorables y benéficas del Padre comun, el bien de todos y no el de uno solo es el objeto de la sociedad; del gobierno y de cualquiera otra institucion política que no sea injusta y contraria á los fines de la bondad divina; y, últimamente, que los aduladores que tratan de halagar con otras máximas y lenguaje á los príncipes, son sus más pérfidos y crueles enemigos. Sencilla á un tiempo y prudente, segun el precepto evangélico, léjos de ámbos extremos, de la incredulidad y de la supersticion, no gustaba Isabel de observancias pueriles, hijas de la debilidad y de la ignorancia, sino de los ejercicios de una devocion ilustrada y sólida. Alimentaba diariamente su piedad con los salmos y preces de la Iglesia. Amaba el culto como el idioma con que la humanidad expresa su respeto y gratitud al soberano Hacedor; promovió su extension y majestad, y en los ratos que le dejaban libres los negocios acostumbraba ocuparse en labrar adornos para el santuario.

Construyó templos, fundó obispados, fomentó la propagacion del Evangelio, y coronó estas demostraciones exteriores de su religiosidad con el homenaje perpétuo que rendia á Dios de una intencion limpia, de un corazon compasivo, de unas manos puras é inocentes.

ARENGAS O DISCURSOS

De Luis de Correa

ORACION DEL DUQUE DE ALBA Á LOS DE LA LEGION VIEJA (1)

No era menester, compañeros y amigos, loar vuestro buen propósito y perseverancia en no seguir las pisadas de los del motin, que cismáticos tambien debian ser llamados por dejar nuestra hueste en tiempo que los enemigos no están del todo rematados; pues soy cierto que ántes mil veces la muerte que la rebelion hiciérades. Mas es bien que de mí, que soy vuestro capitan general, seais loados en público; pues pública es vuestra virtud. No os quiero traer ejemplo de cuántas huestes, puestas en el extremo de la necesidad, perseveraron con sus capitanes y emperadores hasta la fin, porque vuestra constancia y gran sufrimiento pasando al de todos, vosotros seréis traídos en ejemplo á los que despues de nos vinieren.

(1) *La Conquista de Navarra*: Toledo, 1513.

Porque soy cierto que Dios ordenó que, aquéllos idos, vosotros quedáseis limpios para hacerlos ejecutores de su justicia contra los cismáticos, cuya santa empresa tenemos. Más quiero con pocos y buenos espantar los franceses, con ser cierto de la victoria, que ir en peligro á buscar los amotinados, aquí estando; porque en la muchedumbre no está el poder, sino en los pocos valientes y prestos al mandamiento de su capitán. Leónidas, espartano, con cuatro mil griegos venció á Xerxes, poderoso rey del Asia, que traía novecientos mil combatientes, en el Paso de las Termópilas. Gedeon, juez del pueblo de Israel, con trescientos y diez y ocho mancebos venció á Amalech y á Madian, reyes de los Amorreos. Y otros muchos que, siendo pocos y esforzados, desbarataron á los muchos, que no los curó de traer á consecuencia. En verdad aquella audacia que los franceses han tomado en se allegar á nosotros ha de ser el lazo en que caigan. No es nuevo á las huestes padecer miseria. Cambises, rey de Persia, caminando por África, de sólo calor y sed se perdió él y los suyos: Julio César, teniendo cercada á Lérida, faltándoles el bastimento, de raíces de árboles se mantuvieron: Alejandro muchas veces tuvo su hueste casi en el extremo de la perdición por mengua de agua y de mantenimientos. Malaventurados son aquellos que miserias no saben sufrir, porque luégo tras ellas

es muy más dulce la hartura y reposo. Pues así como de la batalla ó combate vosotros habeis de ser los delanteros, así de la presa ganada vosotros llevaréis la mayor parte, y de esto os aseguro, y de sus riquezas vosotros ser los posesores. Y para mí no quiero que me deis sino la honra de la victoria, la cual espero en nuestro Señor que nos dará. Ésta alcanzada, vosotros, ricos y honrados, volveréis á vuestras casas, y demas de esto el rey os fará otras muchas mercedes, y en ella yo quiero ser el tercero; pues he visto vuestros trabajos y fatigas.

De Juan Cristóbal Calvete de Estrella

DISCURSO DEL OBISPO DE FANO AL ENTREGAR AL PRÍNCIPE D. FELIPE LA ESPADA Y EL BONETE QUE EL PAPA PAULO III ENVIÓ Á SU ALTEZA (1).

Suelen los romanos Pontífices, en la esclarecida fiesta del Nacimiento de Nuestro Señor, dar ó enviar una hermosa espada á alguno de los cristianísimos é ilustrísimos príncipes. Esto no carece de gran misterio, porque el Unigénito Hijo de Dios tuvo por bien de tomar nuestra naturaleza, hu-

(1) *Viaje del muy alto y poderoso Príncipe don Felipe II: Amberes, 1552.*

mana para reconciliarla á su Autor, porque el diablo, inventor de la muerte, fuese vencido por la misma con que él habia vencido, la cual victoria se significa bien por la espada. Allende de esto, los infieles arrianos no tuvieron vergüenza de afirmar que el Hijo de Dios era pura criatura, en contrario de lo que testifica hoy el Evangelio de haber hecho Dios por el Verbo todas las cosas. Por esta causa el Sumo Pontífice da la espada, que significa la infinita potencia de Dios, que está en Cristo, Dios verdadero, igual al Padre y verdadero hombre, por el cual todas las cosas son hechas, segun lo que dice David: «Tuyos son los cielos y tuya es la tierra; Tú fundaste la redondez de ella y su cumplimiento; Tú criaste el viento Aquilon y la mar.» La Silla, pues, de Dios, que es la Sede Apostólica, tomó sin duda su fundamento y firmeza de Cristo, y estuvo ordenada por el justo juicio, premio y justicia de Dios, con los cuales nuestro Salvador desbarató los enemigos de la misma Sede, es á saber, los herejes y tiranos de ella, segun lo que dice el Profeta: «La justicia y el juicio son el aparejo de tu Silla.» Significa esta pontifical espada la soberana potestad temporal dada por Cristo al Papa, su Vicario en la tierra, segun aquello que dice: «Dado me es el poderío en el cielo y en la tierra»; y en otro lugar: «Señoreará desde la mar hasta la mar, y desde los límites de la mar hasta los fines de la

redondez de las tierras.» Lo cual tambien declara aquella pontifical capa de seda que suelen traer los Pontífices la noche del Nacimiento del Señor. Queriendo, pues, nuestro Santísimo Padre Paulo III, por la Divina Providencia Sumo Pontífice, guardar, como es justo, las costumbres aprobadas por los Santos Padres sus predecesores, envia á vuestra alteza, como á tan católico príncipe é hijo devotísimo de la Santa Sede Apostólica, esta espada y bonete en señal de guarnicion y defensa contra los enemigos de la Fe y de la Santa Iglesia Romana. Sea, pues, firme vuestra mano derecha para defenderla de todas las hostilidades contra el nombre de Cristo, y veámosla ensalzada, quitando de la tierra los errores. Sea armada vuestra cabeza con la descension del Espíritu Santo, figurado por la paloma, contra quienes están aparejados la justicia y el juicio de Dios por la Santa Iglesia de Roma.

Del P. Juan de Mariana

ORACION DEPRECATORIA EN NOMBRE DE ARGEBAURO, METROPOLITANO DE NARBONA, IMPLORANDO LA CLEMENCIA DEL REY WAMBA PARA CON PAULO Y OTROS REBELDES YA VENCIDOS (1).

Tus vasallos, rey clementísimo, si cabe este

(1) *Historia de España*: Madrid, 1779.—Edicion de Ibarra.

nombre en los que se desnudaron del amor de la patria, y con apartarse de ella y su mudanza han perdido el derecho y privilegio de ciudadanos; éstos, digo, tienen puesta la esperanza de su remedio y reparo en sola tu clemencia. No piden perdón de sus yerros, dado que esta petición sólo para contigo, que eres tan benigno, no pareciera del todo desvergonzada. Sólo te suplican uses en el castigo que merecen de alguna templanza. Cosa de mayor dificultad es vencerse á sí mismo en la victoria que sujetar los enemigos con las armas en la mano. La grandeza del corazón y el valor en ninguna cosa más se declaran que en levantar los caídos; que del prezo de la victoria participan los soldados: la templanza y clemencia para con los vencidos es propia alabanza de grandes reyes. No puedes ver con los ojos esta miserable gente, por estar ausentes; pero debes considerar que, llenos de lágrimas y tristeza, demas desto arrojados á tus pies, se encomiendan á tu gracia y tu misericordia, como hombres, por ceguera de sus entendimientos, ó por la comun desgracia de los tiempos ó por fuerza más alta, caídos en estas maldades. Cuanto son más graves sus culpas, tanto, señor, será mayor tu alabanza en darles la mano y volver á la vida á los que por su locura están enredados en los lazos de la muerte. Vinieran aquí sin armas, con dogales á los cuellos, para moverte

á misericordia con vista tan miserable, ó poner con la muerte fin á tan triste vida y tan desgraciada: sólo se recelaron, si usaran de semejantes extremos, no pareciese ostentian por tan implacable que fuese necesario hacer tales demostraciones. Pocos quedamos y todos tuyos: no permitais perezcan por tu mano aquellos á quienes la crueldad de la guerra hasta ahora ha perdonado. Finalmente, quiero advertir que con el deseo de venganza no hagas por donde esta nobilísima ciudad, fuerte y baluarte de tu imperio, muertos sus ciudadanos, quede destruida y asolada.

Del mismo.

RAZONAMIENTO DE RETÓJENES CARABINO EN LOS PUEBLOS LLAMADOS AREVACOS, PARA LA DEFENSA DE NUMANCIA, POCOS DIAS ÁNTES DE LA DESTRUCCION DE ESTA CIUDAD (1).

Porque en tanto que las fuerzas están enteras y los romanos por tantas pérdidas rehusan la pelea, y por malas mañas y astucias pretenden apoderarse de aquella nobilísima ciudad, vos, unidos con ardor ¿no quitaréis el yugo de esta servidumbre y echaréis de vuestra tierra esta peste comun? ¿Aguardais, por ventura, hasta tanto que cunda

(1) En la obra citada.

este mal y de unos á otros pase y llegue á vuestra ciudad? Pensad que esta llama, consumido cuanto se le pone delante, será forzoso que todo lo asuele. ¿Por ventura no conocéis la ambicion de los romanos, sus robos y sus crueldades? Los cuales muchas veces habeis visto y oido que sin causa alguna, sólo con deseo de extender su señorío, ponen asechanzas á la libertad y riquezas de toda España. Diréis que teneis hecho concierto con ellos, y con esto os asegurais. Si no hubiera muchos ejemplos frescos y puestos delante los ojos de la deslealtad, codicia y fiereza de los romanos, la destruccion poco há de Caucia, y ahora la confederacion de los numantinos con Mancino, quebrantada injustamente, son bastante muestra cómo ninguna cosa tienen por santa, por el deseo de enseñorearse de todo. Mirad que si anteponeis ahora vuestro reposo particular á la salud comun, la cual en gran parte depende del valor y esfuerzo de Numancia, no seais en algun tiempo esforzados á quejaros por demas (ojalá yo me engañe) de haber perdido y desamparado lo uno y lo otro. Afuera, pues, toda tardanza y cobardía: en tanto que hay tiempo, y que las cosas están en términos que se pueden remediar, volved vuestros ánimos y pensamiento á procurar la salud de la patria. Juntad armas y fuerzas, cargad sobre el enemigo, que está descuidado, cercándole los vuestros por una par-

te y los nuestros por la otra, por frente y por las espaldas. Considerad que en nuestro peligro corren riesgo la salud, la libertad y las riquezas de toda España.

De D. Antonio de Solís

RAZONAMIENTO DE HERNAN CORTÉS Á LOS PRISIONEROS MEJICANOS EN MEDIO DE SUS CAPITANES (1)

Pudiera, según el estilo de vuestra nación, y según aquella especie de justicia en que hallan su razón las leyes de la guerra, tomar satisfacción de vuestra iniquidad, sirviéndome del cuchillo y fuego para usar con vosotros de la misma inhumanidad que usais con vuestros prisioneros; pero los españoles no hallamos culpa digna de castigo en los que se pierden sirviendo á su rey, porque sabemos diferenciar á los infelices de los delincuentes; y para que veais lo que va de vuestra crueldad á nuestra clemencia, os hago donación á un tiempo de la vida y de la libertad. Partid luego á buscar las banderas de vuestro príncipe, y decidle de mi parte (pues sois nobles y debéis observar la ley con que recibís el beneficio) que vengo á tomar satis-

(1) *Historia de la Conquista de Méjico*: Barcelona, 1611.

faccion de la mala guerra que se me hizo en mi retirada rompiendo alevosamente los pactos con que me dispuse á ejecutarla, y, sobre todo, á vengar la muerte del gran Motezuma, principal motivo de mi enojo; que me hallo con un ejército en que no sólo viene multiplicado el número de los españoles invencibles, sino alistadas cuantas naciones aborrecen el nombre mejicano; y que brevemente le pienso buscar en su corte con todos los rigores de una guerra que tiene al cielo de su parte, resuelto á no desistir de tan justa indignacion hasta dejar reducidos á polvo y ceniza todos sus dominios, y anegada en la sangre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero que si todavía, por excusar la propia ruina y la desolacion de sus pueblos, se inclinare á la paz, estoy pronto á concedérsela con aquellos partidos que fueren razonables; porque las armas de mi rey (imitando hasta en esto los rayos celestiales) hieren sólo donde hallan resistencia, más obligadas siempre á los dictámenes de la piedad que á los impulsos de la venganza.

De D. Francisco Manuel de Melo

DISCURSO DE MONSEÑOR JUAN, OBISPO DE URGEL.

FRAGMENTO (1)

Decís que la libertad de vuestros fueros os permite tomar las armas por defensa de ella. Todavía á vista de una demostracion tan contraria al uso de las gentes, ¿cómo os podréis excusar de la nota de ingratisimos, viendo que os quereis vengar de la misma magnificencia? Yo no me atrevo á afirmar que os sea ilícito; empero pregunto si os es conveniente. Lícito es al ciudadano el pasearse en dorada carroza; pero si esa excusada pompa le trajese á un costoso empeño, no le excusaria la justificacion de la imprudencia. Dos cosas son precisamente necesarias al que emprende la guerra: la primera es conocerse; la segunda conocer á su contrario. Cotejad ahora brevemente esta diferencia; quiénes somos, señores, y contra quién nos armamos. ¿Quién, como cada cual de los presentes, conoce el asiento de nuestra region ocasionada por mar y tierra á invasiones, que quizá para templarnos nos puso así naturaleza? ¿Quién mejor que vosotros ha tocado lo tenue de nuestros caudales? La moderacion, no la prosperidad,

(1) *Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*: Lisboa, 1645.

nos hace ricos: vuestra prudencia son vuestras minas. ¿No veis hasta dónde se extienden los términos de vuestra república? ¿Dónde están los comercios? ¿Dónde los tratos y navegaciones? Estos son los nervios que manejan la potencia del imperio. ¿Hacia qué parte son vuestras conquistas? ¿Cuáles son los famosos capitanes que han de gobernar vuestras huestes? No dudo yo que la sangre de los ilustres que nos acompañan rehusara cualquier peligro en obsequio de la patria; empero es menester que sepais que entre el valor y la ciencia hay grande desproporcion. ¿Cómo se llama el puerto en que asisten vuestras armadas para guardar vuestras costas? ¿En qué campañas se apacientan los briosos ginetes de que habréis de formar vuestros batallones? ¿Cuáles son entre vosotros los industriosos ingenieros que han de delinear vuestros fuertes? Pues si yo, que soy un humilde é ignorante hombre, á sólo la luz de la razon hallo tan fallidos vuestros designios, ¿cuántas más faltas podrá descubrirles la consideracion de los varones prácticos en la guerra, cuales debian ser aquellos que os aconsejasen? Mirad, señores, atentamente dónde os lleva vuestro enojo; y pues os habeis visto, volved ahora los ojos al que quereis tener por enemigo. Felipe IV se llama rey de las Españas y le podremos llamar mayorazgo de las riquezas del mundo; pocos son aquellos que le

ignoran el nombre y la grandeza. ¿Qué gentes se moverán contra vosotros á la muda voz de un despacho suyo? ¿Qué estudio le costará juntar sus fuerzas contra vuestro atrevimiento? Á porfía le ofrecerán los vasallos fieles para servir de instrumento á vuestro castigo. ¿Qué descomodidad se le seguirá á sus ejércitos en que saque de Flándes, Lombardia, Sicilia y Nápoles algunos famosos tercios de soldados veteranos? ¡Con qué voluntad vendrán éstos á libertar y vengar á sus hermanos oprimidos de nuestra furia! ¡Qué de capitanes pasearán hoy en la corte, en pretension de que les fie alguna parte de vuestra ruina! Vosotros habeis de rogar á quien os defienda; él ha de ser rogado por los que quieran vengarle. Á las armadas de uno y otro mar poco trabajo les costará de infestar vuestras costas. Suyas son todas las fuerzas marítimas de Rosellon. Cuando otros tiempos tuvisteis famosas contiendas con don Juan el II de Aragon, estaba entónces España repartida en muchos brazos: los más fuertes ayudaban á levantar al más débil cuerpo de vuestra república; hallásteis un don Enrique, en Castilla, que os ayudó con socorros; un don Pedro, en Portugal, que se puso en vuestras manos; un Renato, en Francia, que tambien no os desdeñó de vasallos, y á todos ofrecisteis nueva servidumbre, que no os salia tan barato el auxilio; ahora está el

juego del mundo y de la fortuna armado de otra suerte. Advertid que no perdais de un solo lance la justa libertad que habeis gozado hasta ahora: un solo rey es para la ofensa, y muchos os parecerá para el castigo. Mirad en qué paró una ligera inquietud de los vizcainos el año de treinta y tres; ántes estaban castigados que se entendiese en España la culpa. Volved ahora la vista á los portugueses, que teneis por hermanos, que fácilmente templaron su orgullo á la vista de las armas de Mérida, año de treinta y siete. Ved los aragoneses, nuestros vecinos y amigos, cómo se humillan al precepto, despues que don Alonso de Vargas les hizo besar el látigo: los valencianos se contentan con sólo el nombre de reino que poseen. Navarra, ni su vecindad y deudo con Francia, ni la antigua contienda de su derecho contaminó su obediencia, ni la movió la guerra, ni la alteró la fatiga. De todos los vasallos, nosotros somos los que llevamos ménos cargas, ó sea que nuestro apartamiento las desvie, ó que las modere la buena opinion en que estamos de briosos. Rey tenemos, señores, rey y padre; no sólo cristiano, sino Católico por renombre. Quanto mayor es nuestra justicia, así debe crecer nuestra confianza; representémosle postrados nuestra miseria: hable sólo nuestra fidelidad; el vasallo ó el siervo que pide inmodestamente, ya lleva la negacion escrita en el

descomedimiento. Informemos á nuestro rey con una persona llena de verdad y celo, desnuda de todos respetos humanos: justifiquemos nuestra causa con Dios, con su majestad y con las gentes. Este es el medio del sosiego de la paz y de la enmienda. Entónces podemos esperar el verdadero é infalible socorro del Omnipotente Señor Rey de los reyes, amparo de los afligidos, Dios de los ejércitos. Yo, por lo ménos, tomando su divinidad por juez de mis acciones, protesto que siempre os hablaré en este sentido y con este sentimiento.

NOVELAS

De Miguel de Cervantes Saavedra

DEFENSA DE LA ANDANTE CABALLERÍA (1)

Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; sólo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan, ántes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas tejas de que se vis-

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*: Madrid, 1790,—Edición grande de la Academia,

ten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que, saliendo deste bosque, éntre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo, y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando ménos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y, saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades de oro, y en los andantes caballeros. Si no, díganme: ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿quién más discreto que Palmerin de Inglaterra?

¿quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién más galan que Lisuarte de Grecia? ¿quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianis? ¿quién más intrépido que Perion de Guala? ó ¿quién más acometedor de peligros que Félix Marte de Ircania? ó ¿quién más sincero que Esplandian? ¿quién más arrojado que don Ceriongilio de Tracia? ¿quién más bravo que Rodamonte? ¿quién más prudente que el rey Sobrino? ¿quién más atrevido que Reinaldos? ¿quién más invencible que Roldan? y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien descenden hoy los Duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que me fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas.

Del mismo

DE LO QUE SUCEDIÓ Á D. QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA

En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote

y Sancho, con otros seis escuderos, á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de San Juan en la noche, y abrazando Roque á don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entónces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse don Quijote esperando el dia, así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, de corredores que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que un rostro mayor que el de una rodela por el más bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entónces dellos no visto, parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barriaban el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y léjos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á

hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros, que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, á quien respondían los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían. En esto llegaron corriendo con grita, lililíes y algazara los de las libreas, adonde don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á don Quijote: Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el leal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió don Quijote palabra, ni los caba-

llos esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de don Quijote, el cual, volviéndose á Sancho, dijo: Estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia, y áun la del Aragonés recién impresa.

De Cristóbal Suarez de Figueroa

DIÁLOGO ENTRE CLARISIO Y MENANDRO (1)

El sol apresuraba su curso, dejando al fin de su vida dorada la verdosa librea de la tierra. Alegraba la madre universal con la variedad de su hermosura, y tanto, que obligó á que los dos claros ingenios tratasen de sus partes, excelencias y valor. La tierra, decia Clarisio, es la que con piedad nos acoge reciennacidos, la que nos sustenta en teniendo sér, y la que nos recibe piadosamente en sus entrañas, dándonos en ellas reposo y paz, cuando nos desamparan los otros elementos, y cuando nos falta la misma naturaleza. Á menudo se enoja el aire, se embravece el mar, se altera el fuego contra nosotros; mas la tierra en todo tiempo muestra ser nuestra piadosa engendradora.

(1) *La Constante Amarilis*: Valencia, 1609.

ra. Siempre, sin mudar asiento, se mantiene firme, sirviendo á los vivientes de albergue suntuoso. Luégo que el gran Criador con palabra eterna dividió las ondas, igualó los llanos, abajó los valles, y levantó los montes, dijo: *Tierra estéril, muda tus despojos funestos en vestidos alegres. Ciña tu frente la corona de flores que tejó mi mano. Despida tu semblante suavísimo aliento. Esparce tu cabellera, y pinta de vivo color tu rostro descolorido. De aquí adelante, con envidia de los demás elementos, compañeros tuyos, producirás, liberal, frutos para los hombres y pastos para los ganados, siendo de continuo cuidadosa proveedora del sustento humano.* Apénas pronunció esto el acento poderoso, cuando el abeto, el cedro, el roble, la encina, el castaño y el pino ocuparon en escuadras las cumbres de los montes para ser combatidos de la furia de los vientos. Buscaron puestos húmedos los alisos, tarays (1), sauces, hayas, olmos y álamos. Eligieron sitios templados el ciprés, oliva, peral, manzano, guindo, ciruelo, cerezo, vid, serbal (2), granado, higuera, níspero, cedro, limon, naranjo, nogal, du-

(1) Árbol de mediana altura, y suele criarse en matas bajas. Sus hojas son largas y menudas; las flores pequeñas y arraigadas, por de fuera purpúreas y en abriéndose blancas.

(2) Peral silvestre: sus hojas se parecen á las del fresno, aunque algo más estrechas y recortadas alrededor.

razno (1) y melocoton. Acomodáronse en lugares de más calor las plantas que producen mirra, incienso, clavos, canela, pimienta, gengibre (2), nuez moscada (3) y azúcar. Adornáronse los campos de vistosos ropajes. Campeaba lo azul del lirio; deleitaba lo encarnado de la rosa; arrebatava la vista la púrpura del clavel; alegraba la blancura del jazmin y azucena; enamoraba el oro de la maravilla (4), y entretenia lo morado de la violeta; todos colores vivísimos en quien resplandecía el soberano Pintor, que no contento con haber enriquecido las plantas y yerbas de olor, frutos y flores, puso en sus raíces los remedios de las humanas enfermedades, infundiéndoles singulares propiedades y virtudes, siendo como pertrechos contra los continuos asaltos de la muerte. Admiran las riquezas de Ceres, cuyos granos misteriosamente

(1) Variedad de melocoton, algo más pequeño.

(2) Raíz medicinal de una yerba del mismo nombre que se cria en las Indias.

(3) El árbol que da el fruto de la nuez moscada es ovalado, está cubierto con una membrana fibrosa y es sumamente duro, de olor agradable y de gusto aromático y picante.

(4) Una yerba que produce una flor azul, listada de rayos rojos, de figura de una campanilla: los tallos son muy altos y de agradable vista, y las flores se marchitan inmediatamente que las da el sol; y aunque suelen volver á revivir, nunca pasa su duracion de tres dias.

se corrompen poco á poco, para renacer despues más fecundos; pues llenos á su tiempo de húmedo calor, arraigándose en la tierra que los cubre, brotan tiernos hijuelos, colmando su verdura las campañas y de esperanza á los labradores. Van creciendo los pimpollos en yerba, la yerba en cañas, las cañas en espigas, y al fin las espigas en granos, que, por salvarse de la persecucion de los pájaros, se hallan armadas de agudas aristas. Tienen tambien sus bolsillas, porque el agua no los pudra, ó los abraze el ardor del estío, y, para llevar fácilmente el trigo, sostiene nudosa corteza las cañas, que sin ella fueran fragilísimas.

Hermoso por extremo hace al mundo la variedad de sus cuerpos, cuya perfeccion y bondad usurpan las fuerzas á la imaginacion y quitarian el vigor á las plumas más doctas que intentasen describillas. Ricos tesoros son las aguas de rios, arroyos y fuentes, que humedecen, fertilizan y hermocean lo interior y superficial del terreno, si bien parece pierde aquél cada dia su antiguo resplandor, llevando escrita en la frente la culpa inmensa por quien nuestro primer padre fué desterrado del Paraiso. Va muy á las claras declinando su edad, volviéndose por instantes ménos lozano y abundoso en sus producciones.

Lastima, cierto (respondió Menandro), la memoria del diluvio pasado, destrozador de la noble-

za y hermosura del mundo y justo castigo del cielo, cuyas aguas escondidas, juntas con las de la tierra, le hubieran sin duda destruido para siempre, anegando las más altas cumbres de los montes, si Noé, triunfando de su furor, no hubiese recogido las reliquias del género humano entre pocos árboles, fabricando de ellos nave capaz, donde con mil peligrosas penas pudo salvar todas las clases de animales.

Luégo que estuvieron dentro, encerrando el sumo Rector en la caverna de Eolo al frio Bóreas y otros compañeros suyos, que destierran léjos de sí los nublados, quitó los hierros al Austro y sus adherentes, y dejándolos correr á rienda suelta, comenzaron á dilatar por todas partes sus húmedas alas. Derramaban sus cabellos copiosas fuentes. Caian de sus barbas soberbios arroyos, y, cubriendo el cielo su frente de oscuros nublados, se miraban despedazadas las nubes, y convertidos los aires en lluvias, en truenos, en relámpagos y en rayos. Hincháronse las espumosas corrientes, perdiendo en un instante sus márgenes las aguas confusas de los rios, vueltos ya tan caudalosos, que competian con el mar, cuando desenfrenados descargaban su dulce peso en los campos de su salado licor.

Tembló la tierra, y, sudando, exhaló fuera todo su humor de miedo. Abrió el cielo las zanjas de sus dilatadas lagunas para verterlas sobre su per-

versa hermana, que, viviendo sin ley ni respeto, sólo se ocupaba en desagradar al soberano Rey. Perdiase ya de vista la tierra. Ya se miraba sin riberas el mar. Ya las raudas (1) parecían océanos, cobrando todo el universo forma de profundísimo lago, que sólo deseaba unir sus ondas con las celestiales.

Paseábase el esturion (2) por las torres encubiertas y se maravillaba entre sí de ver tantos albergues bajo de su elemento. Costeaba la ballena por los collados, donde poco ántes se habían apacentado ganados diferentes. Saltaba el delfín sobre la cima de los árboles, que tenían su asiento en la mayor altura de los montes. Servían de poco al pardo, al tigre y al ciervo su natural agilidad viendo les faltaba el suelo al buscarlo sus pies con mayor ansia. El galápago y el cocodrilo, que ántes gozaban de doblada habitacion, tenían ya sólo las aguas por morada. Los corderos y lobos, los corzos y leones nadaban juntos con seguridad. La garza y el halcon, despues de haber contrastado á la muerte con la destreza de sus alas, careciendo de ramo en que poder librarse del furor del mar, fatigados, al fin, caian en él.

Pues de los miserables humanos, quién subia

(1) Riberas.

(2) Pescado grande que vive alternativamente en el mar y en los rios.

sobre la punta de excelsa torre, y quién, falto de aliento, corria al amparo de montuosa cumbre. Éste, abrazando alto pino, intentaba con pies y manos llegar á su remate, hallándose oprimido de la creciente, mientras porfiaba en vano. Aquél, sobre el frágil barquillo de una tabla, se entregaba por presa del furioso piélagos. Otro, soñoliento, hallaba sumergidas al improviso su casa y persona; y más de uno, con el compas de pies y manos, nadando sin provecho, se oponía al ímpetu del mar. Á quién hermanos, á quién padres, á quién caros hijos y mujer sorbia delante de sus ojos la orgullosa avenida, dejándose, por último alivio, morir entre ellos. Perecía, en fin, todo viviente; y las Parcas, que otras veces para robar las cosas de más lustre ponían en obra infinitas manera de armas, allí ejecutaban su rigor solamente con los airados encuentros de las ondas.

Entanto la sagrada nave, segura, aunque léjos de todo puerto, y sin remos ni velas, andaba vagando sobre las movibles espaldas del mar, respecto de tener por piloto, estrella y guía al supremo Motor de todos los movimientos. Tres veces cincuenta dias fué el tiempo en que el diluvio general destrozó el bello rostro del mundo, y, al fin, despues de tan grande y tan horrenda ruina, movido á piedad el eterno Monarca, apénas con la divina y formidable trompeta se tocó á recoger,

cúando se retiraron las aguas, haciendo huir unas olas á otras, y buscando cada cual su antigua habitacion. Bajáronse los arroyos; retrújose á su cárcel el altivo Océano; levantáronse los montes; mostraron las selvas sus lodosos ramos, y al paso que menguaron las aguas, manifestáron los campos sus semblantes llorosos; descubriéndose la tierra al cielo {y el cielo á la tierra, para que en ella viese el Criador humear olores vários sobre llamas y altares consagrados á su gran nombre.

Bien mereció (replicó Clarisio) la demasía humana esa divina indignacion; y aunque fué memorable naufragio el padecido, causa, con todo, asombro terrible saber con certeza haya de perecer para siempre con instrumento de fuego esta maravillosa máquina que tenemos delante. Porque si bien hizo Dios única la naturaleza, no dejó de ponerle término, queriendo que solamente su divina esencia se hallase exenta de cantidad: por eso el cielo no se puede decir sin medida, valuándose su curso con tiempo limitado. No asimismo el mundo se puede llamar inmortal, pues en él se muda todo por instantes; su principio publica su fin, y sus miembros se miran sujetos al rigor de la muerte. Los riscos darán un dia de alto á bajo horrendo estampido. Desasiránse los montes, estallarán los cielos; hinchándose los valles, recibirán forma de altas montañas; los rios se secarán,

y si en algun estanque quedare alguna humedad, será de prodigiosa sangre; el mar se volverá fuego, y las ballenas en la ardiente arena enviarán á los espacios espantosos bramidos; el dia en su mitad se tornará oscuro; el cielo tendrá triste velo sobre su alegre rostro; correrá el mar sobre la estrellas; usurparáse el sol el reino de la luna; caerán los astros, y predominando en todo ruido, desórden y temor, se verán sin espíritu el fuego, el aire, el agua y la tierra, puesta aparte la estéril naturaleza, como en su decrépita edad. El tiempo encogido y temblando, sentado, por haber llegado su término, sobre un seco tronco; por lo que, engañados los que escriben en sus efemérides el año, mes y dia, hallarán cerrada la puerta de Saturno á dias, meses y años.

CARTAS

De Santa Teresa de Jesus

Á LAS RELIGIOSAS CARMELITAS DESCALZAS DEL CONVENTO DE SAN JOSÉ, DE SEVILLA (1)

La gracia del Espíritu Santo sea con Vs. Caridades, hijas y hermanas mias. Sepan, que nunca tanto las amé como ahora: ni ellas jamas han tenido tanto en que servir á nuestro Señor, como ahora que las hace tan gran merced, que puedan gustar algo de su cruz, con algun desamparo del mundo, que Su Majestad tuvo en ella. ¡Dichoso el dia en que entraron en ese lugar; pues les estaba aparejado tan venturoso tiempo! Harta envidia las tengo. Y es verdad, que cuando supe todas esas mudanzas (que bien encarecidamente se me significó todo, y que las querian echar de esa casa con otras algunas particularidades), que en lugar de darme pena, me dió un gozo interior grandísimo de ver

(1) *Cartas de la Santa*; Bruselas, 1676.

que sin haber pasado la mar ha querido nuestro Señor descubrirles unas minas de tesoros eternos, con que espero en Su Majestad han de quedar muy ricas, y repartir con los que por acá estamos. Porque estoy muy confiada en su misericordia, que las ha de favorecer á que todo lo lleven sin ofenderle en nada. Que de servirle mucho no se aflijan; que querrá el Señor darles á entender, que no son para tanto como pensaban, cuando estaban tan deseosas de padecer.

Ánimo, ánimo, hijas mías. Acuérdense, que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir, y que está Su Majestad con los atribulados. Pues esto es cierto, no hay que temer, sino esperar en su misericordia, que ha de descubrir la verdad de todo y que se han de entender algunas marañas que el demonio ha tenido encubiertas para revolver: de que yo he tenido más pena, que tengo ahora de lo que pasan.

Oracion, oracion, hermanas mías, y resplandezca ahora la humildad y obediencia, en que no habrá ninguna que más la tenga á la vicaria que han puesto Vs. Caridades, en especial la madre priora pasada. ¡Oh, qué buen tiempo para que se recoja el fruto de las determinaciones que han tenido de servir á nuestro Señor! Miren que muchas veces quiere probar si conforman las obras con las palabras. Saquen con honra á los hijos de la Virgen

y hermanos suyos en esta gran persecucion; que si se ayudan, el buen Jesus las ayudará, que, aunque duerme en la mar, cuando crece la tormenta hace parar los vientos. Quiere que le pidamos y quiérenos tanto, que siempre busca en que nos aprovechar. ¡Bendito sea su nombre para siempre!

En todas estas casas las encomiendan mucho á Dios, y así espero en su bondad que lo ha de remediar presto todo. Por eso procuren estar alegres, y considerar que, bien mirado, todo es poco lo que se padece por tan buen Dios, y por quien tanto pasó por nosotras, que aún no han llegado á verter sangre por Él. Entre sus hermanas están y no en Argel. Dejen hacer á su Esposo, y verán cómo antes de mucho tiempo se traga el mar á los que nos hacen la guerra, como hizo al rey Faraon, y dejan libre á su pueblo, y á todas con deseo de volver á padecer, segun se hallarán con ganancia de lo pasado.

Quédense con la Santísima Trinidad, que sea en su guarda. Todas estas hermanas se les encomiendan mucho. Están esperando cómo cuando se acaben estos nublados, lo ha de saber relatar toda la hermana San Francisco. Es mañana víspera de Nuestra Señora de la Candelaria.

Indigna sierva de Vs. Caridades,

Teresa de Jesus,

De la misma Santa

Á SU HERMANO LORENZO DE CEPEDA (1)

Jesus sea con v. m. Gran fiesta tuvimos ayer con el nombre de Jesus. Dios se lo pague á v. m. No sé lo que le envie por tantas como me hace, sino esos villancicos que hice yo; que me mandó el confesor las regocijase, y he estado estas noches con ellos, y no supe cómo sino así. Tienen graciosa tonada, si los atinaren para cantar. Mire si ando bien aprovechada. Con todo me ha hecho el Señor hartas mercedes estos dias.

De las que hace v.m. estoy espantada. Sea bendito para siempre. Ya entiendo por lo que desea la devocion, que es bueno. Una cosa es desearlo, y otra pedirlo, mas crea es lo mejor lo que hace, el dejarlo todo á la voluntad de Dios, y poner su causa en sus manos. Él sabe lo que nos conviene. Mas siempre procure ir por el camino que le escribí, mire que es más importante de lo que entiende.

No me cansan sus cartas, que me consuelan mucho, y así me consolará poderle escribir más

(1) Edicion citada.—Se escribió en Ávila, segun nos parece por el orden que á estas cartas da el Sr. Palafox y por el contexto de la presente, que lo fué el 2 de Enero de 1578.

á menudo; mas es tanto el trabajo que tengo, que no podrá ser con más frecuencia, y áun esta noche el hacerlo me ha estorbado la oracion. Ningun escrúpulo me causa, sino es pena de no tener tiempo. Dios nos le dé para gastarle siempre en su servicio. Hoy es segundo dia del año.

Pensé que nos enviara v. m. el villancico suyo; porque éstos ni tienen piés, ni cabeza, y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno que hice una vez estando con harta oracion, y parecia que descansaba más. Eran (ya no sé si eran así), y porque vea que desde acá le quiero dar recreacion:

¡Oh Hermosura, que excedeis
Á todas las hermosuras!
Sin herir, dolor haceis;
Y sin dolor deshaceis
El amor de las criaturas.
¡Oh Ñudo, que así juntais
Dos cosas tan desiguales!
No sé por qué os desatais;
Pues atado, fuerzas dais
Á tener por bien los males.
Quien no tiene sér juntais
Con el Sér que no se acaba:
Sin acabar, acabais:
Sin tener que amar, amais:
Engrandeceis nuestra nada,

No se me acuerda más. ¡Qué seso de Fundadora! Pues yo le digo, que me parecia estaba con har- to cuando dije esto. Dios se lo perdone, que ha- ce gastar tiempo; y pienso le ha de enternecer es- ta copla, y hacelle devocion; y esto no lo diga á nadie.

Indigna sierva de v. m.,

Teresa de Jesus.

ALGUNAS OBSERVACIONES DEL EXCMO. D. JUAN DE PALA- FOX Y MENDOZA, OBISPO DE OSMA, SOBRE ESTA CARTA.

Despues de escribir divinidades en estos villan- cicos, llenos de sentimientos interiores de un es- píritu enamorado de Dios, hace sobre sí misma reflêxa, y donaire de sí misma, acusándose y di- ciendo á su hermano: ¡Mire qué seso de Fundado- ra! ¡Mire qué seso de Fundadora, que hace coplas! ¡Qué seso de Fundadora, que gasta en hacer ver- sos el tiempo que habia de gastar en hacer Cons- tituciones! ¡Qué seso de Fundadora, que el tiempo que habia de gastar en orar y gobernar, gasta en hacer versos, y coplas, y villancicos!

Pero con licencia de la Santa y de su humil- dad, debemos decir nosotros: ¡Miren qué seso de Fundadora, que no cabiendo en su pecho los sen- timientos de Dios, los pasa á la pluma y al papel, para que otros tengan estos mismos sentimientos!

¡Qué seso de Fundadora, que alaba á Dios perpétuamente, en prosa y en verso, con su pluma, con su voz y con sus obras! ¡Qué seso de Fundadora, que, como otro David, le hace versos á su Esposo y á su Dios! ¡Qué seso de Fundadora, que hace el milagro grandioso de no abrasar el papel con el fuego de su amor en estas coplas!

¿Y qué seso no tenía y manifestaba en sus cánticos Moisés? ¿Qué seso Ana, la madre de Samuel, en el cántico que hizo en el templo delante del sacerdote? ¿Qué seso David en sus inefables salmos? ¿Qué seso la Virgen Santísima, nuestra Señora, en su *Magnificat* admirable? ¿Qué seso no tenía Zacharías en el cántico del *Benedictus*? ¿Qué seso no tuvieron los santos al escribir sus himnos á Dios, de que se compone el rezo? ¿Qué seso no tuvieron San Gregorio Nacianceno, San Ambrosio y San Bernardo, y otros infinitos santos que ocupaban el tiempo en hacer himnos, y coplas, y villancicos á Dios? Este seso y este espíritu, este amor, estos vivos sentimientos tenía esta soberana Fundadora.

A SANTA TERESA DE JESUS

en la Aparición del Señor

QUE REPRESENTA UN CUADRO DE ALONSO CANO (1)

SONETO (2)

¡Es Teresa! La insigne Fundadora,
El Serafin alado del Carmelo,
Que hasta el trono de Dios remonta el vuelo,
Cuando sus gracias pródidas implora.

Es de España la mística Doctora,
Que de Elías y Stock renueva el celo,
Y activa esparce por el bajo suelo
La luz, el sacro fuego que atesora.

Aquí se eleva en éxtasis ardiente,
Viendo la faz de su divino Esposo,
Rebosando de amor y de ternura;

Y ya reluce en su virgínea frente
De ciencia y santidad el lauro hermoso,
Cual signo precursor de alma ventura.

(1) Existe en esta Ciudad, en la numerosa y escogida coleccion de D. Jacobo y D. Teodomiro Lopez Cepero.

(2) El ferviente y justo elogio que antecede nos ha movido á poner aquí este soneto, que publicamos el año de 68 en *La Cruz*, revista religiosa dirigida con tino y laudables esfuerzos por D. Leon Carbonero y Sol.

**Del Ilustre D. Fr. Antonio de Guevara,
Obispo de Mondoñedo**

LETRA PARA D. GONZALO FERNANDEZ DE CÓRDOBA,
GRAN CAPITAN, EN LA CUAL SE TOCA QUE EL CABA-
LLERO QUE ESCAPÓ DE LA GUERRA NO DEBE MÁS DE-
JAR SU CASA (1).

Escribisme, señor, que os escriba qué es lo que me parece de que el Rey, nuestro señor, os manda agora de nuevo pasar otra vez en Italia, por ocasion de la batalla que vencieron los franceses agora en Rávena; la cual será en los siglos tan nombrada, como fué sanguinolenta. Á esto, señor, respondiendo, digo: que teneis muy gran razon de dudar, y sobre ello os aconsejar, porque si no cumple lo que le mandan, enemistaráse con el Rey; y si hace lo que le ruegan, jugará con la suerte. Dos veces, señor, habeis pasado en Italia y otras tantas habeis ganado el reino de Nápoles: en las cuales dos jornadas vencisteis la batalla de Cerinola, y matásteis la mejor gente de la casa de Francia: y lo más de todo es que hicisteis ser la gente española de todo el mundo temida, y alcanzásteis para vos renombre de inmortal memoria. Pues siendo esto verdad, como lo es, no sería cuerdo ni áun cosa segura tornar otra vez de nuevo á tentar la fortuna, la cual con ninguno se muestra tan ma-

(1) *Epistolas familiares*: Valladolid, 1541.

liciosa y doblada como con los que andan mucho tiempo en la guerra. Aníbal, príncipe de los cartagineses, no contento con haber vencido á los romanos en las muy famosas batallas de Trene (1), y Trasimeno y Cánnas, como quisiese todavía forzar y luchar con la fortuna, vino á ser vencido de los que habia muchas veces humillado. Los que han de tratar con ella hánla de rogar, mas no forzar; hánla de oír, mas no de creer; hánla de esperar, mas no de ella confiar; hánla de servir, mas no enojar; hánla de conservar, mas no de tentar: porque es de tan mala condiciõn la fortuna, que cuando halaga muerde, y cuando se enoja hiere. En esta jornada que os manda, señor, hacer, ni os persuado á que vayais, ni os aconsejo que os quedeis: solamente digo y afirmo, que con esta tercera pásada en Italia tornais á poner en peligro la vida, y jugais á los dados la fama. En las dos primeras conquistas ganásteis honras con los presentes, fama para los siglos futuros y riqueza para vuestros hijos, estados para vuestros sucesores, reputacion entre los extraños, crédito entre los vuestros, gozo para vuestros amigos, dentera para vuestros enemigos; finalmente, ganásteis por excelencia este nombre de *Gran Capitan*, no sólo

(1) Trebia: á sus orillas consiguió Aníbal una señalada victoria, que le hizo dueño de toda la Galia Cisalpina y le abrió los pasos del Apenino.

para estos nuestros tiempos, mas para todos los siglos de los siglos futuros. Mirad bien, señor, lo que dejais, y lo que emprendeis: porque se tendria más por temeridad, que no por cordura, en que teniéndoos en vuestra casa todos envidia, os vais do todos tomen de vos venganza. Vencistes á los turcos en la Pannónia, á los moros en Granada, á los franceses en Cerinola, á los picardos en Italia, á los lombardos en el Garellano. Téngome por dicho, que como ya la fortuna no tiene más naciones que os dar para que venzais, quiere agora llevaros á do seais vencido. Los duques, los príncipes, los capitanes y los alférez, contra quienes peleastes, ó son muertos, ó son idos. De manera que agora con otra gente habeis de pelear, y os habeis de tomar. Dígolo, señor, porque ya podrá ser que la fortuna que os favoreció entónces favorezca á ellos agora. Aceptar la guerra, juntar gente, ordenarla y dar la batalla pertenece á los hombres: mas dar la victoria pertenece á un solo Dios (1).

No más, sino que Nuestro Señor sea en su guarda, y á mí me dé gracia para que le sirva.— De Medina del Campo á ocho de Enero de mil quinientos y doce años.

(1) No la copiamos íntegra por su demasiada extension.

ÍNDICE DE AUTORES

DE LA
PRIMERA PARTE

	<u>PÁGS.</u>
Introducción..	VII

ASUNTOS RELIGIOSOS Y MORALES

Santa Teresa de Jesus.	1
Idem.	2
San Juan de la Cruz.	4
San Pedro Alcántara.	5
El Licenciado Pedro Hernandez.	8
Fr. Pedro Malon de Chaide.	11
Fr. Francisco de Osuna.	13
Fr. Diego de Estella.	16
Fr. José de Sigüenza.	18
Fr. Hernando de Zárate.	20
D. Juan Donoso Cortés.	22
Fr. Juan Marquez.	23
El Maestro Pedro de Medina.	26
El Doctor Álvaro Pizaño de Palacios.	28
Fr. Diego de Guzman.	30
Fr. Pedro de Padilla.	34
Fr. Luis de Leon.	37
Idem.	39

D. Fr. Antonio de Guevara.	42
Fr. Luis de Granada.	45
Idem.	47
Idem.	50
El Maestro Juan de Ávila.. . . .	52
Frey Lope Félix de Vega Carpio.	53
Fr. Agustin Nuñez Delgadillo.. . . .	56
Fr. Pedro de Medina.	57
Fr. Luis de Granada.. . . .	59
Fr. Pedro de Valderrama.	60
El Licenciado Pedro Hernandez.	61
El Doctor Lúcas de Soria.. . . .	63
Fr. Francisco Ortiz.	64
P. Pedro de Ribadeneyra.. . . .	70
Fr. Pedro Manero.	73
Idem.	75
Fr. Francisco de Osuna.	77
P. Juan de Pineda.	80
Idem.	83
Fr. Diego de Yepes.	84
P. Martin de Roa.	86
P. Juan Eusebio Nieremberg.	90
Idem.	92
Francisco Cervantes de Salazar	94
Fr. Domingo de Valtanás.. . . .	96
Fr. Francisco Ortiz.	98
Fr. Gabriel de Toro.	102
El Maestro Alejo Venegas.	104
Fr. Juan Marquez.	106
Fr. Francisco Ortiz Lucio.. . . .	108
Cristóbal Acosta Africano.	109
El Maestro Fr. Juan Bernal.	112
El Maestro Fr. Hernando de Santiago.. . . .	113

ELOCUENCIA ACADÉMICA

Fr. Juan de Pineda.	118
-----------------------------	-----

	<u>PÁGS.</u>
D. Juan Pablo Forner.	120
Idem.	121
D. Juan Donoso Cortés.	128
D. Francisco Martínez de la Rosa.	132
D. Alberto Lista y Aragon.	137
D. Gaspar Melchor de Jovellanos.	142
D. Manuel José Quintana.	145
D. Félix José Reinoso.	147
D. Joaquin María Sotelo.	152
D. Félix María Hidalgo.	157

ORATORIA DEL FORO

D. Juan Melendez Valdés.	161
----------------------------------	-----

GÉNERO DIDÁCTICO

Antonio de Nebrija.	166
El Maestro Francisco de Medina.	172
El Doctor Bernardo de Aldrete.	175

GÉNERO HISTÓRICO

D. Fr. Bartolomé de las Casas.	180
El Maestro Pedro de Medina.	182
Pedro Mexía.	187
Fernando de Herrera.	190
Diego Rodríguez de Almela.	198
D. Diego Hurtado de Mendoza.	201
Mateo Aleman.	204
D. Diego Clemencin.	206

RETRATOS HISTÓRICOS

Pedro Mexía.	210
D. Diego Saavedra Fajardo.	212
Bartolomé Leonardo de Argensola.	215

Juan Perez de Moya.	217
D. Diego Clemencin.	220

ARENGAS Ó DISCURSOS

Luis de Correa.	225
Juan Cristóbal Calvete de Estrella.	227
P. Juan de Mariana.	229
Idem.	231
D. Antonio de Solís.	233
D. Francisco Manuel de Melo.	235

NOVELAS

Miguel de Cervantes Saavedra.	240
Idem.	242
Cristóbal Suarez de Figueroa.	245

CARTAS

Santa Teresa de Jesus.	254
Idem.	257
Soneto á Santa Teresa.	261
Fr. Antonio de Guevara.	262

